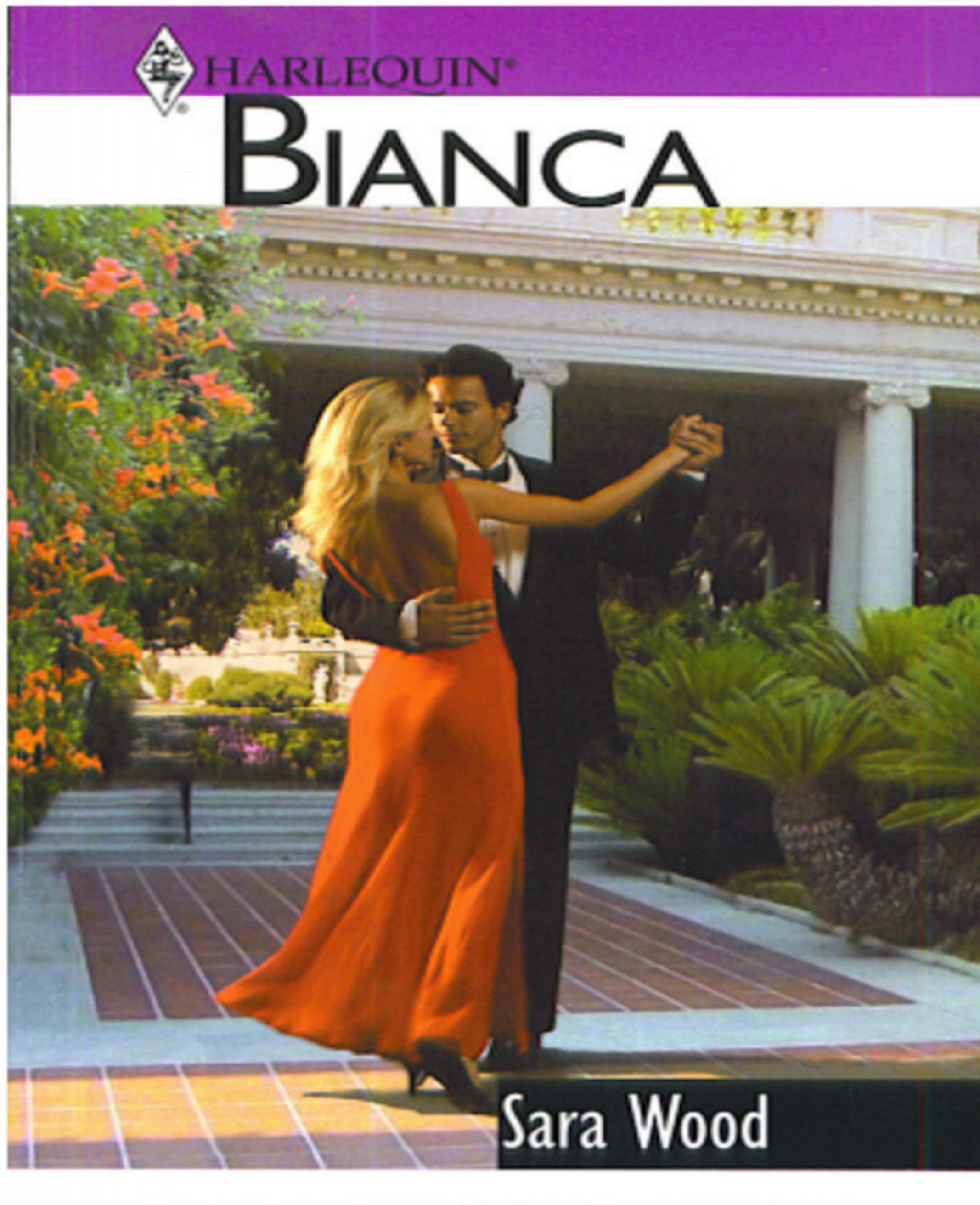


CASADA CON UN MILLONARIO

Casada con un millonario

En cuanto Olivia volvió a ver a su marido, Dimitri Angelaki, la pasión ardió de nuevo entre ellos. Ella quería el divorcio, pero el magnate griego puso una condición: durante una temporada Olivia debía fingir que era su adorada y encantadora esposa...

El acuerdo solamente beneficiaba a Dimitri, y Olivia le dejó claro que detestaría cada minuto que pasaran juntos a la fuerza. Pero en su interior aún amaba a su marido. Y cuando volvió a estar en su cama... fue como si volviera a ser su mujer.

Su marido le ponía una condición para el divorcio...

Prólogo

DIMITRI Angelaki asentó sus poderosas piernas sobre el suelo mientras su lancha avanzaba velozmente hacia el pequeño puerto pesquero de Olympos. Comenzó a tararear una antigua canción de amor griega en un tono ligeramente ronco que reflejaba su pasión por la vida y el amor.

Había sido un día extraño, lleno de contrastes y ansiedad, a lo largo del cual sus sentidos se habían visto completamente saciados a la vez que sus nervios habían sido sometidos a la máxima tensión.

Volvió la cabeza y deslizó la mirada por el increíble cuerpo de su esposa. Su dorada piel de diosa parecía destellar contra el lujoso acolchado de cuero color crema de los asientos. Su biquini era mínimo, como a él le gustaba; tres diminutos triángulos de tela azul turquesa que apenas ocultaban la esencia de su feminidad.

Su respiración se agitó ante el recuerdo de la melena rubia de su esposa deslizándose aquella mañana por las partes más sensibles de su cuerpo en una danza erótica que lo había llevado al paraíso y más allá.

Su boca se curvó sensualmente a la vez que su sexo comenzaba a palpitar. Aquel era el placer de hacer el amor con Olivia; primero llegaba la anticipación, las ardientes miradas que lo enloquecían, los mensajes de deseo reflejados en sus ojos azules. Después , con la misma certeza con que la noche seguía al día, hacían el amor sin inhibiciones, siempre abiertos a la inventiva siempre tiernos y a la vez fieros, hasta que alcanzaban la intensa satisfacción que liberaba la válvula de vapor de su mutua pasión.

Carraspeó mientras volvía a centrarse en mantener el rumbo de la lancha. Olivia lo tenía totalmente atrapado, y le encantaba que fuera así porque le hacía sentirse intensamente vivo y muy hombre.

A veces quería lanzar el puño al aire después de hacer el amor con ella y gritar «¡Sí!» como un niño que acabara de marcar un gol. Sonrió al pensar aquello. ¡Él, un magnate cuya frialdad cuando estaba sometido a presión era conocida en todo el mundo! Pero los negocios no lo excitaban tanto como aquellos exquisitos encuentros con su esposa. Era una lástima que su trabajo lo llevara tan a menudo fuera de casa y que su agenda fuera siempre demasiado ajetreada como para que mereciera la pena que Olivia lo acompañara.

Pero, de ese modo, cuando estaban juntos todo parecía más dulce. Ese día habían estado nadando desnudos en alta mar. Luego habían hecho el amor en un bosquecillo de limoneros cuyo embriagador

aroma se había sumado al placer que habían experimentado. Después habían comido langosta y uvas en la ladera de una colina desde la que se divisaba un templo dedicado a Afrodita, la diosa del amor.

-Venus -había dicho él-. Una mera segundona tuya.

Aún podía sentir el excitante contacto de los dedos de Olivia en su boca, en su garganta... y en el resto de su cuerpo. Había sido una de las experiencias sensuales más intensas de su vida.

Todo habría sido perfecto... de no ser por su creciente preocupación por Athena. Arrugó el ceño mientras rogaba para que Athena llamara del hospital para decir que estaba bien. La creciente tensión arruinó los recuerdos del día. Pero era comprensible. Quería a Athena con todo su corazón...

Olivia se puso tensa cuando sonó el móvil de Dimitri. Había sonado en demasiadas ocasiones aquel día, pero él se había negado a apagarlo.

—Los magnates griegos necesitamos estar en continuo contacto con nuestros subalternos -había dicho él con simulada pomposidad, refiriéndose a una broma que solían compartir.

-En ese caso, busca un subalterno en el que puedas delegar -había protestado Olivia, pero se distrajo en cuanto su marido la besó y comenzó a acariciarla.

Pero en aquellos momentos podía ser más objetiva. Hacía un tiempo que la obsesiva dedicación de Dimitri al trabajo se había convertido en un problema. Cuando se iba de viaje y ella se quedaba con la única compañía de su desagradable suegra, Marina, se sentía cada vez más sola e infeliz. Su inseguridad y dudas respecto a los verdaderos sentimientos de Dimitri se veían dolorosamente reforzados por las insinuaciones de Marina respecto a las largas ausencias de su hijo.

Olivia apretó los puños. Desde que se había casado con Dimitri, seis meses antes, Marina no había dejado de hostigarla.

-Todos los hombres griegos tienen queridas -solía decir-. Y no creas que mi hijo es diferente.

Una querida. ¿Explicaría aquello la falta de consideración de Dimitri? Incluso aquel día de vacaciones, que habían aprovechado para ir al antiguo teatro griego de Epidauros, se había visto estropeado por su falta de atención. Suspiró. Podría haber sido tan romántico... Dimitri le había hecho una demostración de la magnífica acústica del teatro susurrando «te quiero» desde el escenario. Ella había podido oírlo desde la fila más alejada. Encantada, se había levantado para mandarle un beso. Desafortunadamente, Dimitri había recibido otra de sus molestas llamadas y había salido del teatro para

atenderla.

Olivia recordó cómo se había enfurecido y, enfadada, se cruzó de brazos en el lujoso asiento de la lancha a la vez que lanzaba una iracunda mirada a Dimitri.

Aunque se hallaba de espaldas a ella, notó cómo se había tensado al recibir la última llamada. En aquellos momentos estaba enzarzado en una discusión y ella se preguntó por el motivo de su alivio, aparente en el modo en que se habían relajado los músculos que tan bien conocía. Algo estaba pasando.

Su corazón se encogió. Casi parecía que Dimitri estaba acunando el teléfono, y de su magnífico cuerpo emanaba una intensa ternura. Una inquietante sensación de temor se apoderó de ella. Era posible que su suegra estuviera en lo cierto...

Sin embargo, Dimitri no lograba mantener las manos alejadas de ella. Casi desde el momento en que empezó a trabajar como secretaria suya, dos años antes, se habían vuelto locos el uno por el otro. Cada vez que habían estado juntos en público había sido una experiencia deliciosamente tensa; cada segundo a solas había sido una explosión de ardiente deseo y necesidad. La razón no parecía existir y sólo eran capaces de rendirse a su volcánica pasión.

Al recordar aquello Olivia sintió una excitación inmediata y presionó las piernas para controlar el cálido latido que sintió entre ellas.

Un impotente anhelo confundió su mente y notó que la presión del sostén del biquini se estaba volviendo insoportable debido a la repentina hinchazón de sus pechos y sus protuberantes cimas.

Centró la atención en Dimitri y notó que se estaba riendo. Sus hombros dorados y desnudos se agitaron mientras murmuraba algo íntimo junto al teléfono.

Sintió una intensa punzada de celos. ¡Dimitri era suyo! ¡Su cuerpo, su alma, su corazón y su mente! De inmediato se sintió avergonzada por sus irracionales sospechas y, arrepentida, se acercó a él y lo rodeó con los brazos por la cintura.

Dimitri se sobresaltó, murmuró algo incomprensible en griego, algo que podría haber significado «hasta mañana», aunque el griego de Olivia era muy limitado, y se despidió antes de colgar.

Olivia notó los fuertes latidos de su corazón bajo la palma de la mano. ¿Se habría asustado?, se pregunto, alarmada. ¿Sería cierto que tenía una querida? ¡Sus negocios le hacían viajar tan a menudo que podía tener todo un harén disperso por el mundo!

Sin embargo, cuando Dimitri se volvió sus ojos ardían de pasión. Rodeó el esbelto cuerpo de Olivia con un brazo mientras con la mano

libre apagaba el motor de la lancha antes de quitarle la parte superior del biquini.

Estaba magnífico y totalmente excitado. Mientras disfrutaba de la sensación de su dureza, Olivia no pudo evitar preguntarse si se debía a ella o a la mujer con la que acababa de hablar.

-¿Quién era? -preguntó en tono sombrío.

Dimitri la besó en el cuello antes de responder con voz ronca.

-Un amigo.

Olivia notó que había bajado la mirada al responder.

-¿Lo conozco? -preguntó en tono desenfadado.

Dimitri apenas dudó, pero fue lo suficiente como para que Olivia sospechara que iba a ser muy escueto en su respuesta.

-No. Olvídalo, querida. Concéntrate en lo que tengo intención de hacer contigo...

Olivia tensó los labios, pero él le hizo entreabrirlos con su lengua. La tentadora magia de sus dedos mientras le soltaba los lazos de las braguitas le hizo olvidar todo. La maravillosa rendición de su cuerpo comenzó. Dimitri empezó a susurrarle y describirle lo que pensaba hacerle mientras le hacía tumbarse sobre la cubierta.

Olivia tomó su bañador por la cintura y se lo quitó. Bajo sus ávidas manos, los músculos de los glúteos de Dimitri se tensaron y ella acarició amorosamente sus firmes curvas.

Como amante, su marido era insaciable. A veces, la constancia de su deseo la sorprendía, pero ella tampoco le andaba a la zaga. Y había ocasiones, como aquélla, en que la ternura Dimitri y su afán por darle placer la conmovían intensamente.

Olivia comenzó a perder el control cuando su marido deslizó una mano entre sus piernas para acariciar el húmedo centro de su deseo. La amaba, pensó aturdida mientras una marejada de deseo recorría su cuerpo. De lo contrario, ¿por qué iba a haberse casado con ella?

Aquella tarde, mientras se ponía el sol, Olivia, Dimitri y Marina, la madre de éste, que había enviudado hacía poco, tomaban un fuerte café griego en la terraza de la mansión que daba a la bahía de Olympos.

Marina tenía el gesto amargado desde que su hijo y su nuera habían llegado a la casa abrazados como lapas. El corazón de Olivia se había encogido al verla. ¡No era fácil convivir con una suegra hostil! Pero era consciente de lo sola que se sentía Marina desde que había muerto su marido, porque ella misma había experimentado aquella clase de soledad cuando sus padres murieron en un accidente de carretera.

En un gesto amistoso, apoyó una mano en el brazo de su suegra,

pero ésta lo retiró de inmediato a la vez que le dedicaba una mirada de recelo.

-Qué puesta de sol tan maravillosa -dijo Olivia, dispuesta a seguir mostrándose afectuosa a pesar de todo.

-Siempre es maravillosa —replicó Marina con aspereza-. Supongo que mañana también me dejaréis sola, ¿no? Según recuerdo, ibais a ir de compras a Atenas...

-Ah -Dimitri se llevó una mano a la cabeza como si de pronto hubiera recordado algo.

Olivia supo de inmediato que iba a cancelar aquel viaje. Iba a ser la tercera vez que sucedía, y su marido había prometido no volver a decepcionarla.

-¡No me digas que ha surgido algún nuevo problema en el trabajo! —protestó, y le pareció que Dimitri se ponía un poco nervioso.

-Tengo una reunión que no puedo cancelar. Y me temo que después vuelo a Tokio para quedarme una semana. Lo siento. Prometo compensarte —sonrió superficialmente, como si estuviera pensando en otra cosa.

-No soy una niña a la que puedas calmar con unas chucherías -dijo Olivia, dolida.

-No, pero esa reunión es importante —Dimitri se puso en pie-. De hecho, tengo que hacer unas llamadas ahora mismo para...

—Subalternos... —murmuró Olivia, ruborizada.

Dimitri se detuvo cuando ya iba a salir. Estaba deseando llamar a Athena para comprobar si se le habían pasado los falsos dolores de parto, y no le gustó el tono resentido de su esposa.

Se volvió hacia ella y le dedicó una larga mirada. Olivia no comprendía. Lo tenía todo: dinero, un marido, seguridad... Sin embargo, la pobre Athena apenas tenía nada, aunque él se había asegurado de que viviera sin estrecheces. El mismo había conocido la pobreza y el temor que conllevaba, y no se la deseaba a nadie. Cuando naciera, el hijo de Athena llevaría la sangre de los Angelaki y, aunque no se lo hubiera prometido a su padre poco antes de que falleciera, estaba totalmente dispuesto a ocuparse de proteger tanto a la madre como al niño.

Athena había sido capaz de dar a Theo el amor y la calidez de las que éste había carecido en su matrimonio. Dimitri había sido testigo de lo feliz que había sido su padre con su joven querida y, aunque con sentimientos contradictorios, se alegró por él. Pero seguiría haciendo todo lo posible por evitar que su madre se enterara de la humillante verdad. Era una cuestión de honor... y de respeto por los sentimientos de su madre.

Estaba preocupado por Athena y la necesidad de apoyo y seguridad que tenía en aquellos momentos y le irritó la aparente insatisfacción de Olivia con su vida.

-Recuerda que gracias a mi trabajo disfrutas de todas las ventajas de mi fortuna -replicó antes de salir, sin ocultar su enfado.

Furiosa, Olivia se esforzó por mantener la compostura mientras bebía su café. Quería a Dimitri, no sus millones. Hasta que decidió casarse siempre había trabajado, y siempre había mantenido ocupada su mente. Por primera vez en su vida estaba experimentando lo que era el aburrimiento. Los días se sucedían y ella los pasaba esperando a que Dimitri volviera a casa.

Aquello no podía ser sano. No era de extrañar que se abalanzara sobre él cada vez que regresaba de uno de sus viajes. Su griego no era lo suficientemente bueno como para permitirle conseguir un trabajo... aunque, de todos modos, Dimitri no le habría permitido trabajar.

Su madre dirigía la casa y los jardineros se ocupaban del jardín, de manera que todo lo que Olivia podía hacer era ir de excursión y de compras... y anhelar el regreso de Dimitri.

Sin duda, el paraíso tenía sus desventajas. Contempló sin ninguna ilusión las magníficas vistas que se ofrecían a su mirada mientras el sol desaparecía tras el horizonte. Sintió ganas de llorar y, de pronto, anheló estar en casa con sus amigos.

-¡Querida! -exclamó Marina con ironía-. ¡Vuestra primera pelea!

-Dimitri y yo somos personas apasionadas -dijo Olivia con frialdad.

-A mi hijo no le gusta que las mujeres discutan con él.

-Ya sabía cómo era cuando se casó conmigo. Habíamos trabajado y dormido juntos dos años. A Dimitri le gusta mi independencia. Le encanta que me enfrente a él.

-Puede que entonces sí -murmuró Marina-, pero ahora que eres su esposa espera tu obediencia.

-Puede esperar lo que quiera -dijo Olivia en tono cansino.

-Entonces supongo que no te extrañará que busque a alguien más delicado y complaciente. Por ejemplo una querida. Supongo que es con ella con quien está hablando ahora.

-¿Una querida? Te aseguro que Dimitri no tendría energías para ocuparse de otra mujer -replicó Olivia con rara franqueza, dolida por la maldad de Marina.

Su suegra frunció los labios en un gesto de desaprobación.

-Mi hijo es más hombre de lo que puedas imaginar. Si quieres puedo darte sus señas. Creo que se llama Athena. Puedes comprobarlo por ti misma.

Olivia no pudo reprimir un escalofrío. Marina había dicho aquello

con tal seguridad... «No, por favor», pensó. De pronto sintió una necesidad imperiosa de alejarse de aquella arpía. Se puso en pie.

-Me voy a la cama. Buenas noches.

Temblando de aprensión, fue al dormitorio, donde encontró a Dimitri tumbado en la cama, riendo y murmurando junto a su móvil. En cuanto la vio cortó la llamada y Olivia sintió que estaba a punto de desvanecerse.

Se miraron un momento como oponentes en un cuadrilátero. Olivia captó un matiz de decepción en la expresión de su marido mientras bajaba de la cama para pasar junto a ella.

-¿A dónde vas? -preguntó, y se odió por sonar como la típica esposa irritante.

-Fuera.

-¿A esta hora? -Olivia estuvo a punto de abofetearse, pero en aquel momento comprendió por qué las esposas se ponían así. No se fiaban de sus maridos, y mucho se temía que con razón.

Dimitri contempló la temblorosa boca de su esposa y estuvo a punto de decirle la verdad, pero se contuvo.

-A esta hora -replicó, y salió antes de que su firmeza se desmoronara.

Olivia permaneció en medio de la lujosa habitación, consciente de todas las posesiones y riquezas a las que había accedido al casarse con Dimitri, pero con una angustiosa sensación de despojo, de hundimiento.

La riqueza y las posesiones no eran nada sin el amor de su marido. Si él no la quería, entonces no tenía nada. Bajó la mirada hacia sus temblorosas manos. El brillante de su sortija de compromiso destelló como burlándose de ella, y los diamantes de su collar le pesaron de pronto como las cadenas de un esclavo.

Era una esposa. Una posesión. Y, según la ceremonia de su matrimonio, se suponía que debía respetar reverencialmente a su marido.

Frunció el ceño al recordar que, según la misma ceremonia, su marido debía amarla como si fuera su propio cuerpo. Muy bien. O la amaba o no la amaba. No iba a permitir que la utilizara exclusivamente como su objeto sexual, o como un medio para perpetuar su apellido mientras él se divertía por ahí. En momentos como aquél era cuando uno se dejaba hundir o sobrevivía, y ella nunca había sido de las que se dejaba hundir.

Su boca se endureció. Si Dimitri tenía una querida, lo abandonaría. No pensaba compartirlo con ninguna mujer. Al día siguiente se tragaría su orgullo y le pediría las señas a Marina.

Ningún hombre iba a burlarse de ella. Ningún hombre iba a utilizarla para saciar su apetito sexual. Mejor vivir sin Dimitri que de aquel modo.

Cuando volvió el rostro y se vio reflejada en el espejo del tocador comprendió la escalofriante enormidad de la situación en que se encontraba. Al día siguiente a aquellas horas podía encontrarse en un avión camino de Inglaterra.

Capítulo 1

HACÍA tres años que había estado en Atenas. Tres interminables años desde que había dejado a Dimitri tras destrozar su dormitorio en un arrebato de rabia impotente que apenas sirvió para calmar su dolor.

Su marido la había estado engañando. Lo había visto con sus propios ojos. Marina la había llevado hasta un pequeño pueblo cercano a Micenas, justo a tiempo de que atestiguara la ternura con que Dimitri acompañaba a su querida hacia su coche.

Su obviamente embarazada querida. Por un momento se quedó tan conmocionada que dejó de respirar. No había duda de que la mujer parecía de parto. Aquello, y el cariño que mostraba Dimitri en su trato, fue lo que más le dolió. Habría preferido encontrarlos desnudos haciendo el amor.

-¿Me crees ahora? -preguntó Marina.

Mientras se alejaban, Olivia supo que nunca podría perdonar a Dimitri.

Cuando llegaron a la casa, una encantada Marina le recordó que Dimitri debía estar a punto de salir para Tokyo.

-Ve a casa -añadió-. Vuelve con la gente que te quiere.

-Sí -susurró Olivia-. Necesito a mis amigos.

Su nota para Dimitri fue breve pero sentida.

Cuando en un matrimonio no hay amor, no merece la pena continuar.

A pesar de todo no pudo evitar que una parte de sí misma deseara que su matrimonio pudiera salvarse y se aferró a la posibilidad de que Dimitri decidiera ir a buscarla a Inglaterra para disculparse y pedirle que lo perdonara.

Pero no se puso en contacto con ella. Fue como si alguien hubiera apagado una luz en el interior de Olivia. Los demás hombres parecían meros fantasmas comparados con Dimitri. Inglaterra era más gris de lo que recordaba, lo mismo que la vida en general. Pero tenía que seguir adelante, y el primer paso era el divorcio.

-¿Cómo te sientes? -preguntó Paul Hughes, su abogado, a la vez que tomaba solícitamente su mano.

Olivia la retiró con el pretexto de apartar un mechón de pelo de su frente.

-Dispuesta para la batalla.

-El próximo mes podrías ser una de las mujeres más ricas y poderosas de Europa.

Dinero y poder. ¿Era aquello todo lo que preocupaba a los

hombres? ¿Por qué no ponían el amor en primer lugar, como las mujeres?

Olivia se apoyó contra el respaldo del asiento mientras alisaba una arruga imaginaria de su falda. La mano le temblaba y contempló la nuca del chofer mientras recordaba el momento en que su amor por Dimitri saltó hecho pedazos.

En su yate, amarrado en el puerto del Pireo, Dimitri se comunicaba con sus agentes de la propiedad dispersos por el mundo a través del correo electrónico. Los negocios iban bien, cosa que no era de extrañar, pues durante los tres años anteriores había trabajado una media de dieciocho horas diarias.

Incapaz de concentrarse, se levantó y miró su reloj con impaciencia. En diez minutos ella estaría allí.

No había abandonado su mente desde la llamada. El aroma de su cuerpo, la mirada de sus ojos cuando lo rodeaba para atraparlo en su red de seda.

-Quiero el divorcio -había dicho con frialdad dos días antes.

-Ven por él -replicó Dimitri, y colgó.

Luego permaneció inmóvil una hora, echando humo. Se habían amontonado tantas preguntas en sus labios. ¿Dónde has estado? ¿Por qué huiste como una cobarde? ¿Por qué te casaste conmigo? ¿Por el sexo y el dinero, como todo el mundo me repitió hasta hacerme dudar? Y, sobre todo, ¿me quisiste alguna vez de verdad?

Se preguntó por qué habría esperado tanto para pedirle el divorcio. Tal vez por temor a su ira. Con motivo. Aunque su madre le había dicho que sin duda se debía a que se había quedado sin dinero y aquello le había hecho superar su miedo. Pero resultaba extraño. La cantidad que ingresaba mensualmente en su antigua cuenta de banco era más que suficiente.

A veces, sobre todo por la noche, imaginaba que la rodeaba con sus manos por el cuello y apretaba hasta estrangularla, o que la arrojaba al suelo y la...

Se daba asco a sí mismo. Olivia había despertado en él emociones que lo avergonzaban terriblemente. La furia casi animal que lo poseía ocasionalmente le horrorizaba. Se creía un caballero, pero Olivia lo había reducido a una bestia de instintos primarios.

Dejó caer el puño sobre la mesa con tal fuerza que todo rebotó en ella. Sus ojos destellaron. Estaba listo.

Subió las escaleras de tres en tres y salió a cubierta, donde lo aguardaba Eleni, la hija de un socio. Se estaba quedando más de lo debido. Había aceptado llevarla de viaje un par de días por la costa bajo la insistente presión de su madre.

Pero con Olivia ocupando su mente de forma constante no había sido buena compañía y, además, Eleni era muy irritante. Demasiado niña. Se mostraba demasiado pegajosa y lo miraba con excesivo arrobo. Y con diecinueve años era demasiado joven para él. Pobre chica.

Respiró profundamente para calmar sus nervios. Aquel encuentro con Olivia debía ser breve y efectivo.

-Es hora de que te vayas -dijo en tono autoritario-. Recuerda que debes volver con tu padre para comer.

Eleni se levantó de mala gana. Al ver su melena rubia en movimiento Dimitri no pudo evitar recordar el último día que estuvo con su esposa.

Apretó la mandíbula, irritado. ¿Cuánto tiempo habría planeado su marcha antes de irse?

Olivia le había hecho quedar en ridículo, algo imperdonable.

Para ella, su relación no había sido más que un cúmulo de mentiras, lujuria y tarjetas de crédito. El podía enfrentarse a las mentiras con su desprecio, y su cuenta bancaria podía aguantar casi cualquier envite.

Pero el deseo... Aquélla era una pérdida insoportable.

Desesperado por olvidar a Olivia había hecho el amor con varias mujeres, pero ninguna había sido comparable a ella. Y le mortificaba saber que ella no podría pasarse sin el sexo. Había pasado muchas noches terribles imaginándola en brazos de otro hombre, de otros hombres.

Eleni se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. Su boca pareció presionar con más fuerza que de costumbre y Dimitri comprendió que sus temores eran reales. Eleni se estaba poniendo en la cola para ser su próxima esposa.

Maldijo interiormente al ver que su coche se acercaba al embarcadero. Había calculado mal el tiempo que iba a tardar. El terrible tráfico de Atenas debía estar menos denso de lo habitual.

-Ha llegado mi esposa -dijo secamente-. Vístete y márchate.

Oyó la irritante risita de la joven mientras se alejaba.

Olivia había identificado la alta y elegante figura de Dimitri en su lujoso yate de inmediato. Su corazón dio un brinco al verlo.

Pero se calmó en cuanto vio a su acompañante. Una rubia con el pelo muy parecido al suyo y que vestía un diminuto biquini avanzaba hacia él contoneando las caderas. Lo besó en la mejilla y murmuró algo junto a su oído. Había algo familiar en ella. Tal vez la había conocido en alguna fiesta durante su matrimonio...

-Bonita joven -comentó Paul.

Los ojos de Olivia brillaron de desprecio. La querida de Dimitri que ella había visto era una bella mujer morena de ojos negros totalmente distinta a aquélla. ¿Cuántas mujeres necesitaba a su alrededor adulándolo?, se preguntó con desprecio. ¡Se habían citado para hablar del divorcio y Dimitri estaba haciendo desfilar a su última conquista para demostrarle que no le importaba!

Pero ella también sabía jugar a aquel juego.

-Es una de las «jovencitas» de Dimitri. Ése es su barco, ésa debe ser su última mujer y ése es él -dijo Olivia, y se sintió orgullosa al notar que no le temblaba la voz.

-¡Guau! ¿Cuántos millones valdrá ese yate? -preguntó Paul, asombrado.

-Ni idea, pero te aseguro que Dimitri ha trabajado mucho para conseguirlo. De ser hijo de un pastor pasó a convertirse en un magnate de los negocios. Trabajó día y noche sin cesar, enfrentándose a todas las dificultades que surgieron en su camino a base de empuje, fuerza y voluntad.

-Parece que lo admiras mucho. Olivia volvió su brillante mirada hacia el abogado. -¡Desprecio cada pelo de su cabeza! ¡Preferiría que me comieran las ratas a estar en la misma habitación con él!

Respiró hondo para controlar su genio. Debía mantener la calma. En la intimidad de su apartamento había repasado y repetido lo que pensaba decirle hasta quedarse ronca.

Cuando llegó a lo alto de las escaleras esperó a que Dimitri se acercara a ella, pero él permaneció donde estaba, con las piernas ligeramente separadas y su pelo negro agitado por la brisa.

Sin poder evitarlo, Olivia sintió una cálida sensación reviviendo en su interior. Al parecer, el deseo seguía allí oculto, como una enfermedad.

Lo reprimió deliberadamente, pero no pudo evitar sentirse afectada por el magnetismo que desprendía la figura de Dimitri, por la intensa masculinidad de aquella cínica boca que en otra época había deambulado libremente por su cuerpo con devastadores efectos. Dimitri era un hombre al que había que tener en cuenta, un hombre de intensa personalidad y vitalidad que atraía la atención en cualquier lugar. Un hombre entre un millón.

Olivia notó que Paul apoyaba una mano en su espalda para hacerle avanzar y se dejó llevar, reacia.

-Éste es Paul Hughes, mi abogado -dijo con frialdad, sin preámbulos.

Dimitri asintió con expresión burlona e ignoró la mano tendida de Paul mientras se volvía para tomar una toalla de la cubierta.

Irritada porque las cosas no estuvieran yendo como había planeado, Olivia contempló con expresión iracunda la parte trasera de la cabeza de Dimitri, su cuello moreno, su poderosa espalda...

De la que sin duda habrían disfrutado numerosas mujeres a lo largo de aquellos tres años... Una terrible punzada de celos laceró su pecho.

Oyó que Paul se aclaraba la garganta para hablar, pero no le dio tiempo a hacerlo. Desafortunadamente, lo que dijo no era lo que tenía planeado.

-¿Era tu secretaria la chica que acabo de ver ahora? -preguntó con aparente calma.

De inmediato, Dimitri se sintió transportado hacia atrás en el tiempo. Vio a Olivia entrando en su despacho para una entrevista en la que él iba a evaluarla como posible secretaria. Esbelta y curvilínea, emanaba sensualidad por cada poro a pesar de su discreto traje beige y su actitud totalmente recatada. Pero fueron fundamentalmente sus ojos lo que lo atrajeron, tan profundos y misteriosos como el mar. Y su boca, con su carnoso labio inferior, le había hecho imaginarla arrodillada ante él, dándole placer mientras él acariciaba su pelo rubio...

Nunca había olvidado aquella entrevista, durante la que se había acalorado tanto que había tenido que abrir las ventanas y pedir que les llevaran agua. Y supo que, fueran cuales fuesen las habilidades de Olivia como secretaria, debía poseerla.

Pero pronto comprobó que era tan eficiente como bella. Su mente se llenó de imágenes y la vio tumbada sobre su escritorio, con su fabuloso cuerpo a su disposición mientras le quitaba la ropa con dedos temblorosos.

Tensó la mandíbula. Ya era suficiente. Aquello había acabado. Se volvió y metió las manos en los bolsillos en un gesto beligerante.

«Conozco tu juego», pensó. Él mismo lo había utilizado a menudo en sus negocios como para no reconocerlo. Desconcertar al contrario. Desequilibrarlo. Encontrar su talón de Aquiles. Y Olivia sabía perfectamente que el sexo que habían compartido había sido tan increíble que recordarlo le haría encenderse en pocos segundos.

Pero lo mismo debía sucederle a ella, pensó con dureza.

-No. No es mi secretaria -murmuró a la vez que dedicaba a Olivia una mirada cargada de recuerdos.

La curva de su boca capturó la atención de ella, que apenas pudo ocultar el cosquilleo que la recorrió.

-Simplemente una mujer más, supongo -dijo despectivamente.

Dimitri creyó captar un matiz de celos en su tono. Sonrió. Olivia

no había reconocido a Eleni, pero era lógico, pues la había conocido cuando apenas era una adolescente y sus pechos aún no habían alcanzado sus generosas proporciones actuales. Además se había teñido el pelo y había gastado parte de la fortuna de su padre en una liposucción.

-La última vez que la miré lo era -dijo, sonriente y, sin dar tiempo a que Olivia reaccionara, alargó una mano, le quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo-. Necesito ver tu alma -explicó.

Ella le lanzó una mirada iracunda mientras se sentía carcomida por los celos. Dimitri era el hombre más sensual que había conocido y lo más probable era que nunca le hubiera sido fiel. Por lo que sabía, ella tan sólo debía haber sido una de las muchas mujeres de las que había disfrutado.

¿Estaría Athena al tanto de la existencia de aquella rubia, o la habría abandonado ya Dimitri para trasladarse a mejores pastos? La cabeza empezaba a darle vueltas. Aquél era el hombre con el que se había casado, un hombre que al parecer tenía la moral de un perro extraviado. Sintió que se le encogía el estómago al pensar en su traición.

-Eres un machista insoportable en todo lo referente a las mujeres -fue todo lo que pudo decir para no revelar lo afectada que se sentía bajo su helada expresión.

-Olivia... -dijo Paul, incómodo.

-Deja que diga lo que tenga que decir —Olivia se volvió hacia él con tal brusquedad que el abogado dio un paso atrás y alzó las manos en señal de rendición.

Dimitri supo de inmediato que un hombre como aquél nunca podría satisfacer a una mujer como ella. A Olivia le gustaban los hombres apasionados, capaces de manejar su ardiente naturaleza y de llevar la calma y la serenidad a su vida. Paul podía mirarla todo lo que quisiera como si fuera una auténtica diosa, pero Olivia se aburriría de él en muy poco tiempo.

Empezó a maquinar de inmediato con su mente. Necesitaba averiguar tantas cosas... y hacerlo le llevaría tiempo. Primero tenía que librarse del abogado.

Luego informaría a Olivia de que debía quedarse en Grecia mientras el proceso del divorcio se llevaba a cabo.

Sonrió. Pensaba hacer lo que fuera para lograr que contestara a sus preguntas, y después haría lo posible para evitar que volviera a poner sus garras sobre algún otro incauto. Una amenaza, tal vez. O una cláusula en el acuerdo de divorcio que le impidiera volver a casarse en varios años... Ya encontraría la forma. Siempre lo hacía.

Capítulo 2

TENGO entendido que quieres el divorcio -dijo Dimitri en tono amistoso mientras señalaba unas tumbonas con mano autoritaria.

Olivia y Paul se sentaron y ella se dio cuenta demasiado tarde de que habían quedado en desventaja respecto a él. Al ver su ufana sonrisa deseó abofetearlo.

-Tan rápido como sea posible -contestó con una sonrisa cargada de dulzura-. Y manteniendo tan poco contacto contigo como sea humanamente posible.

A continuación, poseída por un implacable afán de fastidiarlo, se quitó las sandalias ayudándose con los pies y se apoyó contra el respaldo de la tumbona con los brazos tras la cabeza.

Mientras la devoraba con la mirada, Dimitri tuvo que reconocer que Olivia estaba jugando bien sus cartas. Se agachó junto a ella de espaldas a Paul y disfrutó viendo cómo reaccionaba bajo su mirada, cómo tensaba reveladoramente sus muslos y cómo se excitaban las cimas de sus pechos contra la tela de su blusa.

Deseándola más que nunca, alzó la mirada hacia sus ojos. Por un momento olvidó dónde estaba y lo que estaba haciendo. Su corazón latió más deprisa. Olivia había dicho que quería acabar cuanto antes con su matrimonio y manteniendo el mínimo contacto posible con él. Sintió la tentación de hacerle pasar precisamente por lo contrario.

Con un esfuerzo prácticamente sobrehumano, le dedicó una deslumbrante sonrisa y apoyó una mano en su hombro.

-¿Qué estás dispuesta a hacer para persuadirme? -preguntó.

-Lo que... haga falta -replicó Olivia, indecisa, y Dimitri disfrutó al escuchar el ronco tono de su voz.

—Siempre te entregaste a tus proyectos en cuerpo y alma, ¿verdad?

-¿Podemos seguir con esta conversación en un lugar más apropiado? -preguntó el abogado en tono petulante a espaldas de Dimitri-. Vamos a necesitar una lista de sus bienes personales y...

Dimitri dejó escapar una breve risa.

-Creo que Olivia está al tanto de todo respecto a mis bienes personales.

-Algunos de ellos residen bajo tu cinturón y son propiedad de cualquier mujer que pase cerca -espetó ella.

Los ojos negros de Dimitri sonrieron maliciosamente.

-No puedo evitar ser tan viril. Nuestras relaciones sexuales eran extraordinarias, ¿no te parece? —murmuró—. Los continentes se movían, todo ardía a nuestro alrededor...

-Un momento... —dijo Paul en tono de evidente desaprobación.

—Vamos -interrumpió Dimitri, que se puso en pie y se llevó a Paul por la cubierta antes de que éste se diera cuenta de lo que estaba pasando.

-¡Dimitri! -exclamó Olivia a la vez que bajaba las piernas de la tumbona.

Lo había estropeado todo. Había pasado horas practicando lo que pensaba decir, incluyendo el tono de desprecio con que pensaba hacerlo, y todo para nada. Dimitri la había convertido en pocos minutos en un amasijo de hormonas excitadas simplemente con mirarla. Apretó los puños, furiosa.

-No te preocupes. Enseguida vuelvo -dijo él por encima del hombro.

-¿Le apetece una limonada, señora?

Sorprendida, Olivia volvió la cabeza y vio a un hombre con un inmaculado uniforme blanco que sostenía una bandeja con dos vasos y una jarra.

¡Dos vasos! Dimitri ya debía tener planeado librarse de Paul...

-¿Señora?

Olivia asintió con una sonrisa de disculpa.

-Sí, gracias.

Ella podía manejar a Dimitri. Tenía pocas necesidades: algunas verdades, el divorcio, gracias y adiós. Bebió un poco de limonada y sintió que su temperatura descendía hasta alcanzar cierta normalidad.

Inquieta, se encaminó hacia la barandilla del yate para contemplar el mar. Más allá se hallaban los cientos de bellísimas islas griegas. Una inmensa nostalgia se apoderó de su corazón mientras recordaba todas las maravillas que había visto junto a Dimitri en aquel increíble país lleno de gente cálida y amistosa...

-Disculpa por haberte abandonado, Olivia.

Ella volvió la cabeza, sobresaltada.

-¿Dónde está Paul?

Dimitri sonrió mientras se servía limonada. Luego se acercó a ella y ladeó la cabeza para escuchar. Al cabo de unos segundos se oyó el ruido de un coche que se alejaba.

-Camino de Nueva York -contestó finalmente.

-¿Nueva... York? -repitió Olivia, desconcertada.

-Parecía entusiasmado con el plan.

-Seguro que sí -replicó Olivia con dureza-. ¿Cuánto has tenido que pagarle para sobornarlo?

—No mucho -admitió Dimitri alegremente-. El precio de un billete de primera clase, el alojamiento, los gastos...

-¿Por qué? -preguntó Olivia, cuyo desprecio por él no hacía más que aumentar según transcurrían los segundos.

Dimitri abrió los ojos inocentemente.

—Mi abogado está allí.

-Comprendo. Entonces no ha sido porque crees que vas a poder hacerme caer en alguna trampa mientras está ausente, ¿no?

Por la expresión de Dimitri cualquiera habría pensado que era el hombre más sincero del mundo.

-Qué suspicaz eres. He pensado que te agradaría que tomara medidas de forma tan inmediata. Seguro que tu abogado y el mío serán capaces de elaborar una lista de mis bienes y de llegar a establecer una cantidad que nos satisfaga a ambos...

-Sólo quiero el divorcio -dijo Olivia con un gesto de impaciencia-. Nada más.

Dimitri alzó las cejas.

-¿No quieres dinero? ¿Ni propiedades? ¿Ni joyas?

-No.

-¡No insultes mi inteligencia simulando que no quieres nada! -dijo Dimitri burlonamente-. Ninguna mujer renunciaría a la posibilidad de hacerse rica. Y ningún tribunal me permitiría dejarte sin nada –su boca se curvó en un gesto de desprecio-. Después de todo, has trabajado mucho y has esperado mucho tiempo para poder hacerte con una parte de mi fortuna.

Olivia se enfureció al oírlo.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Abriste tu red y la lanzaste para atraparme. Y ahora has venido por tu recompensa. Para librarme de ti estoy dispuesto a seguirte el juego y a pagar. Sé que vas a disfrutar a raudales de tu independencia y...

-Tengo independencia de sobra con o sin tu dinero -interrumpió Olivia, ofendida-. Y soy perfectamente capaz de mantenerme a mí misma. No necesito a ningún hombre para eso.

-¿Es ésa la pauta que piensas seguir? ¿Crees que vas a impresionar al tribunal con tu falta de codicia y que te recompensarán por ello? Ambos sabemos que te debo algo por tus servicios casi profesionales en el dormitorio, en el suelo, sobre el...

-¿Profesionales? ¡No soy una de esas fulanas a las que pagas por sus servicios!

-¿No? -preguntó Dimitri con insolencia-. A eso se reduce todo, Olivia. Puedes disfrazarlo como quieras, pero casarse con un hombre por su dinero también es prostituirse.

-Estoy de acuerdo —replicó Olivia, tan enfadada que hizo caso

omiso de que unos mechones de su sedoso pelo estuvieran escapando del moño-. Pero para tu información, me casé contigo por...

—El sexo —concluyó Dimitri por ella—. Eso era todo, y no te engañes pensando lo contrario. Éramos magníficos en la cama... y en todas partes -sonrió maliciosamente-. ¿Recuerdas...?

-¡No quiero recordar nada! -espetó Olivia, ruborizada. A pesar de sí misma, su mente se había llenado de recuerdos eróticos.

Dimitri nunca la había amado. Por fin lo había admitido. «Sexo. Eso era todo». Al menos había confirmado lo que sospechaba, pero la verdad le dolió más de lo que había esperado.

-¿Nada? -la boca de Dimitri se curvó sensualmente y ella no pudo reprimir una oleada de deseo.

-¡No! De manera que todo era una mentira, ¿no? Tus declaraciones de amor, tus flores, los regalos, las notas que me dejabas por todas partes... Todo formaba parte de las tácticas de seducción que has ido perfeccionando con... ¿cuántas mujeres? Supongo que habrán sido cientos, y que habrá bastardos tuyos dispersos por toda Grecia. ¡Y supongo que en muchas otras partes del mundo! Me humillaste con tus engaños y mentiras y me produjo un gran placer desaparecer para que no pudieras atrapar a otra mujer a la que engañar. «¡Socorro!» , exclamó Olivia en silencio. ¿Qué había pasado con su firme intención de mantener la calma? Se había quedado en blanco. Dimitri la estaba volviendo loca.

-¿Engañarte? ¿Yo? -Dimitri frunció el ceño como si no supiera de qué estaba hablando. Luego asintió lentamente-. Comprendo. Te has dado cuenta que pisas un terreno legal muy resbaladizo al decir que no había amor en nuestro matrimonio. Pretendes alegar que me dejaste porque te fui infiel.

-¿Alegar? ¡No insultes mi inteligencia! Si vas a tratar de hacerles creer que eres inocente como un niño, está claro que eres aún más miserable de lo que creía.

-Si tú estás dispuesta a calumniarme para obtener tus propósitos...

-¿Calumniarte? —Olivia agitó la cabeza con energía y las pocas horquillas que aún sostenían su moño salieron volando-. ¡No podría lograr que tu carácter pareciera aún peor ni aunque lo arrojara a una alcantarilla llena de ratas!

Era típico que, incluso al límite de su enfado, Dimitri encontrara divertido el exabrupto de Olivia. Sus peleas siempre habían acabado en risas, normalmente alentadas por algún comentario exagerado por parte de ella. Y después de las risas llegaban las paces...

-Siempre con un colorido comentario en la punta de la lengua -

Dimitri trató de apartar de su mente el recuerdo de sus apasionadas reconciliaciones. La oscuridad regresó a sus ojos—. Pero te recomiendo que no hagas falsas acusaciones en contra mía.

-No lo haré -dijo Olivia, y él asintió como si acabara de obtener una victoria. Pero ella no le dio ninguna explicación. Podía necesitar la evidencia de la infidelidad de Dimitri para asegurar su divorcio. Si era así, la utilizaría—. No quiero hablar sobre tu sórdida vida. No tengo ningún interés en ella. Lo único que quiero es librarme de ti lo antes posible, ¿entendido?

-Tus ojos casi se han vuelto de color violeta a causa de tu enfado —murmuró Dimitri—. Y estás tan acalorada que casi parece...

-¡No trates de flirtear conmigo! -exclamó Olivia, furiosa.

Él sonrió inocentemente.

-No puedo evitarlo...

-No, porque no valoras a las mujeres como seres independientes -dijo ella en tono despectivo-. Las ves tan sólo como posibles conquistas, como un medio para satisfacer tus necesidades -impaciente, apartó un mechón de pelo de su frente-. Lo único que quiero es un divorcio sencillo, así que haz el favor de arreglarlo, y rápido.

-¡Pero hay tanto de qué hablar! -protestó Dimitri-. Tu abogado ha mencionado que quieres el cincuenta por ciento de mis bienes.

-¡No tenía derecho a hacerlo! -Olivia se estremeció, indignada.

-¿En serio? Lo siento, pero no creo que él haya decidido por su cuenta qué acuerdo mereces. Tú te harás la esposa inocente y traicionada y dirás al juez una cosa mientras presionas a mis abogados para conseguir todo lo posible.

Dimitri la miró con cinismo y Olivia sintió ganas de darle un puñetazo... y también a Paul. Era evidente que Dimitri no pensaba que estaba allí para conseguir una buena parte de su dinero. Y Paul había alentado aquella creencia.

Maldijo en silencio a su abogado por haber hecho aquello sin consultarle y decidió dejar que Dimitri se retorciera un poco temiendo que fuera a arruinar su imperio. Le estaba bien empleado. Cuando llegara el momento comprobaría que no le había mentido.

-Sólo quiero librarme de ti -dijo enfáticamente. —Habla claro y entonces podremos tratar el asunto. Sé que no tienes intención de irte con las manos vacías, no después de todos los esfuerzos que hiciste para volverme loco de deseo hasta que en un momento de debilidad te propuse matrimonio.

—Eras incapaz de pensar racionalmente, ¿verdad? -replicó Olivia en tono irónico.

-Como he dicho, estaba embrujado. Y tú lo sabes muy bien -sus miradas se encontraron y Olivia temió caer bajo el hechizo de la de Dimitri, como sucedió el día que entró por primera vez en su despacho y el mundo pareció detenerse—. De todos modos, siento que te debo algo -añadió él-. Me has dado una lección.

-¿Qué lección? -preguntó Olivia con el ceño fruncido.

-Que no soy un buen juez del carácter de las mujeres cuando estoy excitado.

Se produjo un silencio entre ellos. Olivia se esforzó por mantener la cabeza fría. Dimitri trataba de utilizar su antigua magia con ella y lo odió más que nunca.

-¿Qué piensas hacer cuando vuelvas a ser una mujer libre? -preguntó él finalmente.

-Comenzar una nueva vida.

-¿Con Paul?

-Eso no es asunto tuyo.

«Claro que lo es», pensó Dimitri, incapaz de dominar su odio por cualquier hombre que mirara con deseo aquellos sensuales ojos azules.

—No querría que te sintieras frustrada -dijo.

-No hay muchas probabilidades de ello -replicó Olivia, y se sorprendió ante el destello de ira que captó en la mirada de Dimitri.

-¿Ese hombre te excita? -preguntó él en tono ligeramente beligerante.

-¡Cielo santo! No he venido a discutir mi vida personal -Olivia se volvió a medias, pero él la tomó por un brazo.

—Tu abogado parece muy interesado en mi dinero... y en cuánto acabarás ganando —dijo Dimitri en tono exageradamente suave-. Necesito saber qué te impulsó a casarte conmigo. ¿La perspectiva de disfrutar de unas magníficas relaciones sexuales fue una ventaja

añadida a tus intenciones? ¿Pensaste en divertirte una temporada hasta recuperar tu independencia cuando te pareciera oportuno? Si es así, admiro tu tenacidad y paciencia por haber sido capaz de mantenerte firme en tu propósito durante tanto tiempo.

¿Cómo podía pensar aquello de ella?, se preguntó Olivia. Sin duda, Dimitri tenía un punto de vista muy cínico respecto a las mujeres en general... y a ella en particular. Era indignante que sugiriera que se había casado con él para conseguir un lucrativo divorcio. Ofendida, retiró la mano de Dimitri de su brazo mientras su boca se tensaba en un gesto de desprecio.

-No me conoces en absoluto -espetó.

-Te conozco lo suficiente como para saber que Paul es la mitad del

hombre que tú necesitas.

-Al menos no es un mujeriego.

Dimitri sonrió.

-En eso estoy de acuerdo. No tiene las pelotas necesarias para serlo, si me disculpas la expresión -la involuntaria sonrisa de Olivia al escuchar aquello le hizo comprender que ella pensaba lo mismo-. Puede que le espere una seria pelea.

Olivia frunció el ceño.

-¿Qué quieres decir?

-No te preocupes; no pienso retarlo a un duelo. No estoy interesado en tener una fulana por esposa.

-¡Yo no soy ninguna fulana! —exclamó Olivia, indignada.

-Eso es cuestión de opiniones. No. Me refería a que podría impugnar el divorcio para ponerte las cosas difíciles.

—Eso sería despreciable y estaría por debajo de ti.

-Pero podría interesarme. ¿Qué obtendré por separarme legalmente de ti... aparte de perder la mitad de mi fortuna?

-La libertad.

-Ya cuento con ella. Hago lo que quiero.

-Pero no puedes volver a casarte.

-Puede que no quiera hacerlo.

-Quieres hijos -dijo Olivia abiertamente-. Y sé que al menos querrás que alguno de ellos sea legítimo. No pretendas hacerme creer que no te interesa el divorcio.

Dimitri sonrió.

-¿Tratas de decirme que me estás haciendo un favor?

—No podemos seguir así, Dimitri. Quiero acabar definitivamente con esta relación. Quiero borrarte de mi vida y no volver a verte. Tienes influencias, así que utilízalas para agilizar el divorcio. Así podrás hacer lo que te de la gana con la conciencia libre... ya sabes, esa vocecita que hay dentro de tu cabeza que te dice cuándo estás haciendo algo éticamente incorrecto -añadió Olivia en tono mordaz.

Dimitri sonrió.

-No creo que divorciándote de mí vayas a conseguir olvidarme.

Olivia se estremeció al reconocer que aquello era cierto.

-Pues yo espero que sí -dijo con firmeza-. Y ahora, el asunto del divorcio...

-Sí. Hay un pequeño problema al respecto. Me temo que llevará bastante tiempo —dijo Dimitri con fingido pesar.

-En ese caso, utiliza tus influencias.

-Hice algunas averiguaciones cuando llamaste y averigüé que los juzgados están muy cargados de trabajo -Dimitri alzó una mano para

apartar un mechón de pelo de la frente de Olivia y, al instante, el corazón de ésta latió más deprisa-. Supongo que sabrás que tendrás que quedarte aquí mientras duren los trámites.

-¡Eso es una tontería! Vuelvo a Inglaterra mañana por la mañana.

-Como quieras. Pero entonces no habrá divorcio. Si el trabajo es un problema...

-No lo es. Simplemente no quiero verte.

Dimitri movió la cabeza con pesar.

—Tú decides, por supuesto. Hay que ver a varios funcionarios, firmar un montón de papeles... Las complicaciones son enormes. Incluso aunque te quedaras, al menos tardaríamos tres meses en entrar en las listas, y luego habría que esperar un año para...

¿Un año? ¡Eso no es posible!

-¿Supondría eso un problema? -murmuró Dimitri-. Podrías quedarte aquí para discutir conmigo cada fase del procedimiento...

Olivia sabía que no podía quedarse. Incluso en aquellos momentos la seductora voz de Dimitri la estaba afectando, y sentía que podía llegar a perder el control. Cerró los ojos. Sus sentidos se estaban apoderando de ella. Anhelaba un beso, una caricia, que la estrechara entre sus brazos...

Luchó por mantenerse a flote. Odiaba y despreciaba a Dimitri, pero era obvio que el lazo de sensualidad que los unía era tan fuerte como siempre.

-Pero supongo que podría lograr que las cosas fueran más deprisa... si quisiera.

Al abrir los ojos, Olivia vio que Dimitri estaba lo suficientemente cerca como para besarla y que parecía tener intención de hacerlo.

Apretó los dientes y se recordó que Dimitri se volvería insoportable si permitía que volviera a tocarla.

No era digno ni de limpiarle los zapatos, y mucho menos de tener acceso a su cuerpo.

-En ese caso, hazlo. Busca los medios necesarios, soborna a quien haga falta, pero hazlo -dijo en tono deliberadamente ácido.

Dimitri sonrió lentamente, le quitó el vaso de la mano y lo dejó en la mesa junto al suyo. Luego tomó sus manos y comenzó a acariciarlas rítmicamente con sus pulgares.

Impotente, Olivia se limitó a mirarlo mientras una oleada de calor recorría su cuerpo.

-Lo haré -dijo él.

-Bien.

-Por un precio -añadió Dimitri.

Olivia sintió un repentino vértigo. Si lo que quería era sexo, se dijo

en un momento de debilidad, diría que sí. Una última vez juntos antes de volverse de nuevo a su celibato...

«¡Qué horror!», pensó, avergonzada de su debilidad. ¿En qué estaba pensando?

Desesperada, trató de mostrar una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Pero Dimitri la había tomado entre sus brazos y sus cuerpos casi se estaban tocando.

-¡No pienso pagarte ningún precio! -espetó Olivia mientras sentía que la cabeza comenzaba a darle vueltas.

-Creo que sí -replico él con total certeza.

Dimitri se sentía exultante. La evidente excitación de Olivia lo había asombrado. No había duda de que Paul no la tenía satisfecha, y él sentía la imperiosa necesidad de borrar de su mente y de su cuerpo a todos sus amantes.

Olivia pagaría el precio que pensaba pedirle. Él se encargaría de que así fuera. Cuando deslizó un pulgar por la temblorosa boca de Olivia y ella dejó escapar un involuntario gemido, se excitó más allá de lo imaginable. Oh, sí. Quería volver a tener aquel delicioso cuerpo en su cama, quería que Olivia recordara cuánto habían disfrutado juntos. Sólo aquello serviría para apaciguar su dolor. Y cuando ella volviera a ser esclava de su deseo por él, la dejaría tan repentinamente que ni siquiera sabría lo que se le había venido encima.

La deseaba con locura, pero sabía que en aquellos momentos lo más sabio sería una rápida retirada.

—Ya veremos qué se me ocurre -susurró junto a su oído, y no pudo evitar acercar sus labios a los de ella con intención de darle un breve beso.

Pero en muy pocos segundos estaban abrazados como si de ello dependiera su supervivencia. El ardor casi feroz de su mutua pasión lo desconcertó. Una vocecita interior le advirtió que debía apartarse antes de que su desesperación quedara en evidencia.

-Mmm. Qué agradable... Pero me temo que tengo que hacer una llamada -murmuró, y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para apartarse de ella—. Ya veré lo que puedo hacer para acelerar las cosas.

De algún modo encontró el camino hasta la puerta de la cabina del yate, a pesar de que se sentía intoxicado como un borracho. Pero se sabía adicto a Olivia, y cuanto más tuviera, más querría. Pero en aquella ocasión sería él quien impusiera las condiciones y su desapego emocional sería completo. Era la única manera de abordar a su disoluta esposa.

De pronto se le ocurrió una idea de tal simplicidad que se quedó

sin aliento. Si tenía cuidado, podía resolver el problema de Olivia y de Eleni al mismo tiempo.

Sonrió, eufórico. Disfrutaría de Olivia hasta conseguir que le implorara seguir siendo su esposa y después le haría conocer de primera mano el dolor y la humillación que implicaba ser rechazado. Y se aseguraría de que comprendiera que la había tratado como la insensible y cruel fulana que en realidad era.

Capítulo 3

MIENTRAS Dimitri se encaminaba hacia la cabina, Olivia tuvo que aferrarse a la barandilla del yate porque sus temblorosas rodillas parecían a punto de ceder.

No era de extrañar que no hubiera sentido ningún interés por los hombres que habían tratado de salir con ella en aquellos últimos años. Había aceptado alguna invitación para tratar de olvidar a Dimitri en brazos de otro hombre, pero pronto comprobó que era inútil.

Estar con Dimitri era como saltar a una vorágine de sensaciones y emociones que colmaban de júbilo cada célula de su cuerpo.

Se puso a caminar por la cubierta, horrorizada y avergonzada por el hecho de que su deseo pudiera superar a su desprecio por Dimitri. Era evidente que éste creía que estaría dispuesta a meterse en la cama con él si surgía la oportunidad... y tal vez lo haría, pensó con un gemido.

Giró sobre sí misma al oír que se abría la puerta de la cabina. Su corazón latió más deprisa al ver que Dimitri se acercaba a ella con una sensual sonrisa en los labios.

-Puede ofrecerte uno rápido si quieres-dijo a la vez que alzaba una ceja con gesto sugerente.

Olivia contuvo el aliento y alzó una mano para abofetearlo, pero él la atrapó en el aire justo a tiempo y rió con tal calidez que ella sintió que se derretía.

-¿Cómo te atreves? -susurró.

-Lo siento. Tu lengua tiene a veces demasiados significados ambiguos. Me refería a un divorcio rápido.

Olivia entrecerró los ojos con escepticismo. Dimitri sabía perfectamente lo que había dicho. Su inglés era impecable. Si ella hubiera accedido, se la abría llevado a la cabina sin pensárselo dos veces. Aunque no sabía qué habría opinado la rubia que había visto antes de aquello. ¡Era increíble que Dimitri tuviera tan poca ética como para dedicarse a hacer malabarismos con dos mujeres a al vez!

-En ese caso, hazlo -dijo a la vez que liberaba su mano de un tirón.

-¿Y aceptarás lo que quiero?

-No si se trata de algo ilegal o inmoral.

-Por supuesto -dijo Dimitri en tono casi ofendido-. ¿Y bien?

-Depende. Se me ocurren unas cuantas cosas que no haría por ti.

—No te preocupes. Lo que quiero es algo para lo que sin duda estás capacitada -las palabras de Dimitri no sirvieron para calmar las sospechas de Olivia-, Te lo explicaré mientras comemos —añadió a la vez que señalaba la puerta de la cabina.

-¿Estás buscando un pretexto para meterme en la cabina y luego en

tu cama? -preguntó Olivia con aparente indiferencia.

-¿Es ésa una forma de sugerir que quieres que lo haga? -replicó Dimitri.

Olivia se puso roja como la grana.

-¡Desde luego que no!

-Oh, oh -Dimitri no parecía muy convencido.

-Eres despreciable. ¿De verdad crees que quiero meterme en la cama contigo?

Dimitri se encogió de hombros.

-No tiene por qué ser en la cama. La cubierta del yate es magnífica... pero parece que me voy a tener que conformar con comer y hablar. ¿Tienes hambre? —preguntó.

Olivia parpadeó. Hacía horas que no comía nada. Ni siquiera había podido desayunar a causa de los nervios. No tenía sentido pasar hambre, y Dimitri siempre comía bien. Su cocinero le preparaba exquisitas comidas para llevar cuando iba a su yate.

-Podría comerme un caballo -admitió.

-Creo que podremos encontrar algo más adecuado.

Olivia estuvo a punto de sonreír, pero no lo hizo al recordar que la rubia aún debía andar por allí y que probablemente no iban a comer solos.

Dimitri se agachó para recoger sus sandalias y se las entregó antes de guiarla hacia la cabina.

-¿Va a comer con nosotros tu... amiga? -preguntó Olivia, nerviosa.

-No si puedo evitarlo -contestó Dimitri.

-De manera que no te gustan los tríos, ¿no? -dijo ella en tono sarcástico.

-No. ¿Y a ti?

-No estoy especialmente interesada en conocer a una de tus... queridas. Pero me parecería un poco grosero comer sin ella.

-Te aseguro que quiero mantenerme alejado de mi... querida -dijo Dimitri mientras entraban en el comedor-. Ella es el motivo por el que necesito tu ayuda. Uno de los miembros de la tripulación la está llevando discretamente a tierra ahora que estamos en el comedor.

«Despreciable bruto», pensó Olivia, que no pudo evitar sentir cierta lástima por la otra mujer.

Durante la comida, Dimitri fue encantador y se dedicó a hablar de las delicias de la gastronomía griega. Olivia escuchó pacientemente mientras comía y bebía champán, pero no pudo evitar sentirse afectada por su cercanía.

-Tengo que ir a registrarme al hotel antes de que se haga demasiado tarde -dijo cuando estaban a punto de terminar, pues temía

que Dimitri tuviera planeado pasar de la comida a otras cosas-. Dime lo que quieres que haga a cambio de un divorcio rápido. Y no sugieras el sexo. Eso puedes encontrarlo en otro sitio.

Dimitri se apoyó contra el respaldó de su asiento y la miró por encima del borde de su copa. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

-Podrías ayudarme a salir de una situación difícil -dijo en tono desenfadado-. Es mi madre.

Olivia parpadeó, sorprendida. Pensaba que el problema era la rubia.

—Continúa.

Dimitri trató de parecer preocupado, cosa que no fue fácil, pues el plan que había elaborado le parecía cada vez más ingenioso. Frunció el ceño y suspiró.

—Mi madre quiere que me case con una mujer adecuada en cuanto sea libre para hacerlo…

-No como yo -dijo Olivia en tono irónico.

-Nunca entendí por qué no os llevabais bien. Lo cierto es que mi madre no ha dejado de darme la lata para que te buscara, me divorciara de ti y volviera a casarme para que el imperio de los Angelaki tenga herederos.

-¿Y no trataste de buscarme? -Olivia pareció sorprendida y decepcionada.

Dimitri frunció el ceño, pues no quería recordar aquella época. Claro que no lo había hecho. Ella había dejado bien claro que no lo amaba. ¿Qué habría conseguido yendo detrás de ella aparte de más dolor?

La arrancó de su corazón con toda la frialdad que pudo y selló la herida. Poco a poco, su frustración y su enfado se fueron calmando. Pronto descubrió que su situación de hombre casado mantenía a raya a las maquinadoras mujeres que pretendían atraparlo y a sus madres, y pudo centrarse totalmente en su trabajo.

—No vi motivo para hacerlo.

Olivia se estremeció. Dimitri ni siquiera se había molestado en buscarla para tratar de salvar su matrimonio. Aquello confirmó lo que temía. Consternada, bajó la cabeza. Todo lo que podía hacer era irse de allí cuanto antes y olvidar que alguna vez había compartido su vida con él.

-No sabes hasta qué punto te desprecio, Dimitri. Cuanto antes pueda irme de aquí, mejor -lo miró a los ojos—. Dime cuál es tu precio.

Los labios de Dimitri se distendieron en una sonrisa de triunfo.

-Interpreta el papel que interpretabas antes.

Olivia no pudo controlar el temblor de sus labios. Que el cielo la ayudara. ¡Dimitri quería que consintiera en acostarse con él y ella encontraba la propuesta estimulante!

De algún modo, logró dedicarle una mirada desdeñosa.

-¿Cómo secretaria?

La sonrisa de Dimitri fue deliberadamente lasciva.

-Así que después de todo sí quieres volver a probar mi escritorio, ¿no? -antes de que Olivia pudiera protestar, añadió-: La idea es muy sugerente, pero no es eso lo que quiero de ti... de momento.

A Olivia no le hizo ninguna gracia aquel último comentario.

-Entonces, ¿de qué se trata?

-Desafortunadamente, mi madre ha encontrado una mujer a la que considera adecuada para ser mi próxima esposa. Una joven heredera griega.

Olivia se sintió momentáneamente conmocionada. ¿Sería aquél el motivo por el que necesitaba ayuda con la rubia?

¿La que has ocultado en algún armario cuando he llegado?

-Sí, Eleni. ¿No la recuerdas? Es la hija de Nikos Kaloyirou, que ya fue socio de mi padre y sigue siéndolo mío.

-¡Claro que la recuerdo! -dijo Olivia, sorprendida-. Y recuerdo a su padre, un hombre muy aristocrático pero encantador.

Dimitri sonrió.

-Él también solía hablar muy bien de ti.

-¿Me estás diciendo que la mujer que he visto es la pequeña Eleni? —Olivia recordaba la larga nariz y la prolongada barbilla de la joven y cómo solía merodear en torno a Dimitri como si fuera un regalo de los dioses para las mujeres-. ¡Ha cambiado mucho! -dijo, asombrada.

-Cortesía de un buen cirujano y de un padre que la adora. Pero... —Dimitri hizo una pausa y movió la cabeza.

-No me digas que no te atrae -dijo Olivia, que no pudo evitar tensarse a causa de los celos.

-No hay duda de que es físicamente atractiva, pero eso no es suficiente, como aprendí a través de mi experiencia contigo -Dimitri dedicó a Olivia una encantadora sonrisa a la que ella respondió con una mueca de sarcasmo.

-Si es tan atractiva, ¿qué tendría de malo que te casaras con ella y siguieras con tus queridas?

-Todo. Es una chica tonta y superficial y acabaría estrangulándola. No me gustaría que mis hijos heredaran su cerebro de mosquito. Mis hijos tendrán que ser espabilados para dirigir el imperio Angelaki... y para alejar a las cazadoras de fortunas. Ahora comprenderás la incómoda situación en que me encuentro.

Volvió a dedicar una sonrisa encantadora a Olivia, que se sintió desconcertada. No era sólo que Dimitri no dejara de sonreírle, sino algo más, algo que no conseguía interpretar.

-¿Y qué ha pasado con tu conocida habilidad para la persuasión? —sugirió cínicamente.

-Pienso utilizarla... a través de ti -contestó Dimitri-. Dejemos nuestros prejuicios a un lado. Tú necesitas algo y yo también. Podemos hacernos un favor mutuo. Quiero dejar a Eleni poco a poco, sin insultar a mi amigo y socio para que no se produzca una ruptura que podría afectar al negocio y mucha gente que depende de él. El honor de la familia es algo muy valorado en Grecia. No puedo permitirme rechazar a Eleni así como así.

-¿Y cómo intervendría yo? —preguntó Olivia con suspicacia.

El brillo de la mirada de Dimitri se intensificó.

-Ya que vas a tener que quedarte aquí durante los procedimientos del divorcio, podrías aprovechar el tiempo para hacer algo útil.

¿Qué pretendes? ¿Que la espante? Podría contarle lo terrible que fuiste como marido, cómo me dejaste a merced de la lengua viperina de tu madre y cómo te dedicaste a viajar por el mundo probando las camas de otras mujeres...

Dimitri rió.

-No, gracias. Creo que preferiría algo que dejara intacta mi reputación.

Olivia lo miró sin ocultar su incredulidad.

¿Tu buena reputación? ¿Y qué querrías que hiciera?

-Quiero que simules que nos hemos vuelto a enamorar.

Olivia se quedó momentáneamente boquiabierta.

¿Bromeas?

—Nunca he hablado más en serio.

-Pero... pero eso es lo más ridículo que he oído...

-La gente lo creerá. Podrías montar un buen espectáculo y...

-¡No! —Olivia se puso pálida al imaginar la clase de «espectáculo» que tendría en mente Dimitri.

—Podrías arrojarme cosas en privado -dijo él, y le dedicó una de sus sonrisas más atractivas.

-Me costaría mucho no hacerlo en público.

Dimitri rió.

-Merecería la pena que lo intentaras. Así conseguirías el divorcio más rápido de la historia de Grecia.

-Eso resulta sugerente... ¡Pero simular que te quiero...!

-Es una idea extraña, ¿verdad? -dijo él animadamente-. Pero piensa en los resultados. Si yo estoy dispuesto a aguantarte a ti, no veo por

qué no ibas a poder aguantarme a mí.

-Odiaría cada momento -incluso mientras decía aquello, Olivia supo que no estaba siendo totalmente sincera consigo misma.

-Podríamos hacernos un favor mutuo -insistió Dimitri en su tono más seductor, y ella se odió por sentirse afectada-. Tal vez incluso podríamos separarnos sin rencor. Necesito que aceptes para librarme de Eleni. Si la gente cree que volvemos a estar juntos, Eleni, su padre y mi madre tendrían que aceptarlo.

-¿Tú crees?

Dimitri se inclinó hacia Olivia.

-No podrían oponerse a una reconciliación entre marido y mujer. Buscarían de inmediato otro hombre en el que poner sus miras. Como resultado, Eleni no sufriría ningún desprestigio y se alejaría de mí sin enfrentamientos. En el fondo es una chica encantadora; sólo es un poco joven y está demasiado consentida. Sus sentimientos no sufrirían demasiado y el trabajo de mis empleados no correría peligro. Supongo que no te gustaría que unos honrados trabajadores perdieran sus puestos por tu negativa a echarme una mano, ¿no?

-¡No trates de chantajearme emocionalmente! -espetó Olivia, indignada-. Lo próximo que me dirás es que si no acepto miles de personas tendrán que dedicarse a comer hierba.

Dimitri rió, encantado, y Olivia se sintió hipnotizada por su boca. Él debió notarlo, porque se inclinó un poco más hacia ella

-Eso sería un poco exagerado. De todos, estoy convencido de que surgirían serios problemas si insultara a Eleni y a su padre rechazándola como prometida. Lo mínimo que haría mi socio sería romper sus relaciones comerciales conmigo, lo que podría suponer un desastre para el imperio Angelaki. Puedes hacerlo, Olivia...¡Estás equivocado! ¡No puedo! —protestó ella, asustada de tenerlo tan cerca.

Una perversa vocecilla la estaba impulsando ya a aceptar para que pudiera estar con él. Pero no se fiaba de sus oscilantes emociones y no tenía intención de volver a enamorarse de Dimitri.

—Sí puedes —dijo él en tono zalamero—. No durará mucho. Cuando Eleni deje de darme la lata, podrás irte y no tendrás que volver a verme. No te costará tanto simular que me amas -añadió con cinismo-. A fin de cuentas, lo lograste durante los seis meses que estuvimos casados.

La mente de Olivia apenas registró aquel comentario.

-Es... una manipulación horrible.

-¡Gracias! Me siento halagado -Dimitri le dedicó una nueva sonrisa a la vez que alzaba su vaso antes de vaciarlo.

Su boca estaba húmeda y relajada. Olivia la contempló como

hipnotizada mientras imaginaba volver con él.

Tomó su vaso y bebió un largo trago para aliviar la sequedad que sentía en la boca.

-¿Cuánto tiempo crees que podría durar tu plan?

-Espero que, como mucho, un par de semanas. Tómate unos días libres en tu trabajo...

-No estoy trabajando -dijo Olivia, y podría haberse abofeteado al ver la radiante expresión de Dimitri.

-En ese caso no hay mayor problema, ¿no? Ni siquiera tendrás que mentir respecto a tus sentimientos. Bastará con alguna mirada, algún suspiro… -Dimitri tomó en su tenedor un trozo de pescado que mojó en la exquisita salsa que lo acompañaba. Luego cerró los ojos con expresión extasiada-. Qué delicia -murmuró antes de abrir los ojos.

Olivia tuvo la impresión de que no se refería a la comida, sino a la perspectiva de tenerla danzando a su son.

-No creo -murmuró.

-Te aseguro que está buenísimo. Pruébalo.

Sin dar tiempo a que Olivia reaccionara, Dimitri acercó el tenedor a sus labios y ella los entreabrió instintivamente. El pescado se derritió en su boca y la aterciopelada salsa estimuló su sentido del gusto. La mirada de Dimitri se ocupó de estimular el resto de sus sentidos.

El aire estaba tan cargado de electricidad entre ellos que parecía conectar sus cuerpos en un circuito fatídico. Frenética, Olivia tomó su vaso y le dio un largo trago.

La cabeza le daba vueltas, aunque no sabía si se debía al alcohol o a la proximidad de Dimitri. Pero debía interrumpir de algún modo aquello o...

-Olivia... -murmuró Dimitri, y el ronco tono de su voz resonó en el interior de Olivia como la música más dulce. En un gesto exasperadamente tierno, alzó una mano para acariciarle la mejilla y ella cerró los ojos -. ¿Tienes miedo de que acabemos en la cama?

Olivia abrió los ojos de par en par.

-¡No! -mintió.

-En ese caso, no tienes motivo para negarte.

La retadora sonrisa de Dimitri hizo que la sangre de Olivia hirviera. ¡El muy arrogante! Le habría producido una enorme satisfacción demostrarle que no era tan irresistible como creía. Pero lo único que tenía que hacer era recordar que ya tenía al menos un hijo ilegítimo, y que consideraba a las mujeres meros objetos para su satisfacción. Así evitaría hacer el tonto por un hombre que muy bien podía ser un adúltero en serie.

Además, lo odiaba.

Asqueada, se estremeció como si le repeliera la idea de pasar con él más tiempo del imprescindible.

—Lo único que me hace dudar es que tendré que simular que me gustas -dijo a la vez que pinchaba un trozo de pescado con tanta energía como si fuera el cuerpo de Dimitri-. ¿Y qué me dices de tu madre? No creo que vaya a hacerle mucha gracia.

—No le gustas porque me dejaste, pero debe comprender que soy yo quien dirige mi vida. Puede que un día me enamore, y debe estar preparada para aceptar a la mujer con la que desee casarme, sea quien sea.

Olivia se estremeció y sintió que su pecho se encogía. Supuso que se debía a los celos. Era como el perro del hortelano, que ni comía ni dejaba comer. No quería a Dimitri pero no podía soportar la idea de que se enamorara de otra mujer. Se preguntó si querría casarse con Athena para legitimar a su hijo, o si ya se habría cansado de ella hacía tiempo.

—No sé...

—Hazlo o me haré cargo de que el proceso de divorcio dure años -dijo Dimitri en tono acerado.

El corazón de Olivia se encogió. Sabía que Dimitri había hablado en serio y que tenía el dinero y el poder necesario para cumplir con su amenaza.

-¡Eres un miserable oportunista!

-Así es.

Olivia sintió ganas de golpear algo. Preferiblemente a él. Quería conseguir el divorcio cuanto antes para poder seguir adelante con su vida. Dadas las circunstancias, dos semanas no suponían tanto.

-Necesito pensarlo un poco.

-Por supuesto.

Dimitri asintió y siguieron comiendo en silencio. Al menos él. Olivia jugueteó con la comida en su plato mientras pensaba en lo que debía hacer.

Todo conspiraba para que dijera «sí». La comida le había recordado los exóticos sabores de los que tanto solía disfrutar, y volver a ver aquel maravilloso país la había conmovido más de lo que esperaba.

Si debía quedarse en Grecia una temporada, sería una delicia poder hacerlo en la mansión de Dimitri, aunque tuviera que interpretar el papel de amante esposa. Había echado terriblemente de menos la casa y las espectaculares vistas que se divisaban desde ella. Podría visitar los lugares que tanto le gustaban, las playas casi blancas, las espectaculares ruinas que hablaban de la antiquísima historia de aquel país.

Era la tierra de Agamenón y Helena de Troya, de Hércules, de los dioses y las diosas. Era una tierra mágica.

Había perdido todo aquello a causa de la infidelidad de Dimitri, pero durante dos semanas podía volver a ser suyo.

-Vamos -Dimitri la tomó del brazo y ella se levantó obedientemente-. Creo que ambos necesitamos un café -murmuró mientras la guiaba hacia el cuarto de estar.

Habló brevemente en griego con un camarero que estaba dejando una bandeja con el café sobre una mesa baja. De fondo sonaba María Callas, que cantaba sobre la traición de su amado en Madame Butterfly. La impresionante voz y sensibilidad de la cantante conmovieron de inmediato el dolido corazón de Olivia.

-No tenemos mucho tiempo, Olivia. ¿Has tomado ya una decisión? -preguntó Dimitri con delicadeza.

Ella apartó la mirada. Estaba demasiado cerca y notaba la energía masculina que emanaba de él. En cualquier momento alzaría el rostro para que la besara... Un intenso pánico se apoderó de ella.

-Sí. Lo haré -dijo, ansiosa por sentarse-. Pero no por ti, sino por mí —añadió en tono desafiante.

Él sonrió.

-¿Por ti?

Consciente del peligro que corría si seguía mirándolo, Olivia centró la mirada en el tercer botón de su camisa.

-¿Por qué no? -preguntó en tono desenfadado-. Serán unas vacaciones muy agradables. Supongo que contaré con un coche a mi disposición y podré visitar los lugares que más me gustan de tu país.

—No repararé en gastos para que te diviertas —dijo Dimitri mientras pensaba que no se había equivocado. Olivia podía ser comprada. Al parecer, casi todas las mujeres tenían su precio. La decepción que le produjo aquello rebajó considerablemente el placer de tenerla en su poder—. A cambio debes darme tu palabra de que harás lo que te he pedido y de que no te echarás atrás. Debo estar totalmente seguro de que mi plan tiene todas posibilidades de salir bien -ofreció su mano a Olivia con más dureza de la que pretendía-. Promete que llegarás hasta el fin.

-Lo prometo.

Indecisa, Olivia puso su mano en la de Dimitri.

Aquello no era lo que él pretendía, al menos de momento, pero de pronto se encontró atrayéndola hasta que la tuvo encerrada en el círculo de sus brazos. Una voz interior le advirtió que podía asustarla, pero comprobó sorprendido que no era capaz de contenerse.

De pronto se estaban besando. Besos frenéticos, ardientes, que

quemaban y abrasaban. Sus cuerpos se unieron en su desesperado afán por acariciar y ser acariciados.

Dimitri sintió que sus sentimientos se estaban apoderando de él, que estaban anulando su capacidad de razonar. Su boca buscó la calidez de la garganta de Olivia, que echó atrás la cabeza con un gemido de puro placer. Su belleza lo conmocionó como siempre lo había hecho. Era tan preciosa que casi dolía mirarla.

La empujó contra la pared y deslizó una mano bajo su falda para acariciar la delicada piel de sus muslos. Con un pequeño estremecimiento, Olivia alzó la pierna y lo rodeó con ella por la cadera. Apenas capaz de contener su excitación, Dimitri se concentró en quitarle la camiseta.

Al ver que ella alzaba lánguidamente los brazos y los dejaba alzados en un gesto de inconfundible invitación, su corazón se desbocó.

-Eres increíblemente bella -susurró, e inclinó la cabeza para besar la deliciosa parte de sus pechos que asomaba por el borde de su sujetador de encaje.

Ante el empuje de las caderas de Olivia, él respondió con una ardiente serie de besos que lo dejaron sin aliento...y más frenético que nunca por poseerla.

Aunque lo hubiera utilizado... Casi con enfado, le arrancó las braguitas y se estremeció de deseo cuando ella suspiró como si aquello hubiera supuesto un gran alivio a la vez que comenzaba a besarlo en la garganta, en la mandíbula...

Aquello era sexo puro en su estado más crudo. Y sin embargo, mientras ella tiraba de su camisa y los botones salían disparados en todas direcciones, sentía que su corazón anhelaba algo más.

El roce del pelo de Olivia en su pecho mientras lo besaba le recordó otras épocas en que imaginó que hacían el amor como una pareja que se adoraba mutuamente.

Atormentado y torturado por su traición, tomó una mata de pelo en su mano y le hizo echar atrás la cabeza. Sus ojos ardían cuando miró los de Olivia. Algo se quebró en su interior. Su corazón, su control, cualquier contacto con la realidad...

Olivia sabía que aquello era una locura, pero no podía hacer nada por impedirlo. Todos sus solemnes propósitos se habían ido al traste en cuanto Dimitri la había tomado entre sus brazos. Sentía tal júbilo en su corazón mientras él la miraba y acariciaba que supo con escalofriante certeza que aún lo amaba y que siempre lo amaría. Sin él sólo era un ser a medias.

Con una mezcla de consternación e intenso placer, empezó a

quitarse el sujetador y casi se puso a llorar cuando el cierre se negó a abrirse entre sus temblorosos dedos. Dimitri la rodeó con sus brazos y se ocupó de hacerlo por ella. Los pechos desnudos de Olivia rozaron su piel y sus oscuras cimas se endurecieron al instante.

Iban a hacer el amor. Sus mutuos sentimientos habían revivido y Olivia soñó con que volvería a ser como en los viejos tiempos.

Entretanto, los dedos de Dimitri se deslizaban entre sus muslos, entrando y saliendo en un ritmo que casi resultaba insoportable.

Cuando rodeó con su mano el palpitante y poderoso sexo de Dimitri, él gimió y un instante después la estaba penetrando con una urgencia que dejó a Olivia sin aliento.

Nunca había sido así antes. Nunca habían hecho el amor de forma tan descontrolada, primitiva y salvaje. Lo rodeó con los brazos por el cuello mientras sentía cómo la penetraba una y otra vez mientras en su corazón parecían mantener una batalla la desesperación y el éxtasis.

Todos los años de anhelo y rabia parecieron acumularse en su interior mientras lo besaba casi con fiereza. Pronunció su nombre y Dimitri murmuró el de ella una y otra vez mientras sus empujones se volvían más rápidos y vigorosos.

Jadeante, Olivia sintió las crecientes oleadas de un increíble orgasmo, acrecentadas por los hábiles dedos de Dimitri.

Apenas se dio cuenta de que la tumbaba sobre la alfombra y se fundían en un apasionado abrazo hasta que alcanzaron juntos el orgasmo.

Poco a poco, la locura se fue desvaneciendo y Olivia sintió que empezaba a calmarse. Permaneció entre los brazos de Dimitri, soñando en su renovado amor. Nunca había estado tan segura de nada en su vida. Dimitri se había mostrado tan desesperado por poseerla, le había murmurado tales palabras de adoración...

Con una larga exhalación, Dimitri se apartó de su lado. Con los ojos aún cerrados, Olivia sonrió y se estiró con la convicción que le daba sentirse adorada.

Pero cuando abrió los ojos de nuevo, en lugar de encontrar a Dimitri sonriéndole, vio que se encaminaba hacia la puerta. Había algo en la actitud de su cuerpo que le dijo que estaba controlando unas emociones muy intensas. Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

¿Dimitri? -susurró a la vez que un pánico repentino se apoderaba de ella. Él se detuvo. -No esperaba que fueras a interpretar el papel de amante esposa con tal entusiasmo -murmuró con voz ronca y casi temblorosa.

Olivia se sintió como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Pero luchó contra su sentimiento de horror. Dimitri no debía enterarse jamás de lo que sentía por él.

-Siempre me ha gustado mantener una actitud saludable en lo referente al sexo -dijo temerariamente.

—Puede que ése sea el motivo por el que se disfruta tanto contigo. Sexo sin ataduras. El sueño de todo hombre. Dúchate. Ya sabes dónde está el baño.

Sin añadir nada más, Dimitri salió y cerró de un portazo.

Capítulo 4

TEMBLANDO de un modo incontrolable, Olivia recogió su ropa que, para su bochorno, se hallaba dispersa por toda la habitación.

Sintió una extraña sensación de mareo mientras se movía y un momento después se dio cuenta de que el yate estaba navegando. Cuando miró por la ventana vio que se habían alejado de la costa.

De pronto se le despejó por completo la mente. Irritada, comprendió que había estado tan concentrada en las maravillosas sensaciones que le había producido ser amada que no había notado que el barco se ponía en movimiento.

«¡Amada!» ¡Qué ilusa!

Unos minutos antes todos sus instintos le habían asegurado que Dimitri la estaba tratando con auténtico afecto. Pero se había equivocado. Había sido sólo su técnica lo que había utilizado con ella. Había tomado lo que había querido y luego se había burlado de ella por su desenfreno.

La realidad atravesó su pecho como una lanza. No había ningún futuro para ellos. Había estado fantaseando. Y había malinterpretado el entusiasmo de Dimitri. En lo referente a las mujeres, se guiaba por su bragueta. No había habido ternura. Sólo sexo. Y ella se había dejado embaucar. Se preguntó con amargura si alguna vez podría volver a sentirse a gusto consigo misma.

Se negó a seguir pensando en lo sucedido y se encaminó a la ducha más cercana. Permaneció largo rato bajo el agua con la esperanza de relajarse. Su mente era tal caos que no sabía qué pensar, de manera que se concentró en enjabonarse con auténtico vigor.

-¡Olivia!

Olivia frunció el ceño al oír la voz de Dimitri y abrió el agua al máximo con la esperanza de no volver a oírlo.

-¡Dame un poco de intimidad! -gritó.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas y no quería que la viera así.

Oyó que la puerta se abría. Le molestó que Dimitri entrara como si tuviera derecho a hacerlo, pero lo cierto era que siempre había hecho lo que le había dado la gana sin importarle nadie más.

Dimitri entró en el baño con una toalla en torno a sus caderas. No se había secado del todo y su magnífico y moreno cuerpo parecía relucir.

Parecía tranquilo, aunque la mirada de sus ojos, negros como el azabache, no era precisamente delicada. La expresión de su boca y su actitud física en general sugería que aún se estaba esforzando por controlar alguna emoción tempestuosa.

Nerviosa, Olivia se preguntó de qué se trataría.

Estuvo a punto de preguntárselo, pero el orgullo se lo impidió. Cerró la ducha, tomó la toalla más cercana y rodeó con ella su cuerpo.

-¿Qué es tan urgente que no puedes esperar a que esté vestida? -espetó.

-Quiero aclararte que nada ha cambiado. Con o sin sexo, debes mantener tu promesa -dijo Dimitri en un tono peligrosamente suave.

Olivia se encogió de hombros con indiferencia, como si lo sucedido le diera igual.

-No querría abochornarte con mi entusiasmo -dijo con aspereza.

-No me quejo. Entusiásmate todo lo que quieras -murmuró él.

-No, gracias. No creo que vaya a querer repetir la experiencia.

-Eso carece de importancia —replicó él en tono insultante-. Pero quiero que me reiteres tu promesa.

Pensar en pasar dos semanas con Dimitri hizo que un temblor recorriera el aún encendido cuerpo de Olivia, electrizando las partes de su cuerpo que él había tocado con tan devastadores efectos.

Aunque quisiera negarlo, sabía que si llevaban adelante el plan de Dimitri no podrían mantener las manos quietas. Habría noches de increíble placer. Y luego llegaría la sensación de vacío que producía el sexo sin amor.

Pero tal vez podría superarlo. A fin de cuentas, ya sabía que Dimitri no la amaba.

Por mucho que le pesara reconocerlo, aún lo deseaba... y con una intensidad que la asombraba. Pero no quería el dolor. Se mordió el labio. La elección era muy clara: dos semanas con él, o años luchando por liberarse de las cadenas que lo ataban a él.

Y había hecho una promesa. Contempló el arrogante e implacable gesto de Dimitri y sintió un arrebato de rabia. Así era como se desenvolvía en el mundo de los negocios... y con las mujeres.

Cerró su corazón a él. No había nada malo en que una mujer disfrutara del sexo con su marido.

Tomaría lo que tuviera que ofrecerle, si le apetecía, y se despediría de él con total indiferencia cuando tuviera el divorcio en sus manos. Eso asombraría a Dimitri. Su ego se sentiría dolido. Sonrió para sí.

Dos semanas. Podría hacerlo porque lo odiaba y lo amaba con igual intensidad. Dimitri era incapaz de ser fiel y ella nunca podría amar a un hombre que no la considerara el centro de su universo. Sintiera lo que sintiera por él, no era amor. Obsesión, tal vez. Encaprichamiento. Pero nada profundo y espiritual.

Se saciaría de él hasta hartarse. Ya que la distancia no le había ayudado a olvidarlo, tal vez aquello funcionara.

Consciente de la tensión de Dimitri mientras aguardaba su

respuesta, sonrió.

-De acuerdo -dijo en tono despreocupado-. No me iré.

-Así que estaremos juntos.

-Por supuesto. Habíamos acordado superar nuestro mutuo desagrado como un medio para alcanzar un fin, ¿no? -dijo Olivia a la vez que alzaba sus esbeltos hombros.

Se produjo una larga pausa durante la que Dimitri no apartó sus ojos de ella.

De pronto, el barco se balanceó con brusquedad hacia delante para de inmediato hacerlo hacia atrás y Olivia acabó en brazos de Dimitri. Aunque trató de apartarse, él la retuvo contra sí. Lo miró con cautela a la vez que notaba que su cuerpo empezaba a reaccionar al contacto.

-¡Yooo hooh! -exclamó alguien en cubierta-. ¡yinete!

Dimitri se quedó paralizado mientras escuchaban ruido de pasos en cubierta.

-Alguien ha subido a bordo -explicó precipitadamente.

-¿Pero quién...? -Olivia no terminó de formular su pregunta.

-Pedhi mou...

Olivia reconoció la voz de inmediato. La madre de Dimitri apareció en el umbral de la puerta del baño. Su expresión de júbilo se transformó en otra de horror cuando Olivia se volvió hacia ella entre los brazos de su hijo.

-¡Tú! -graznó.

Olivia se ruborizó.

-Sí, yo -dijo, y entrecerró los ojos al ver la evidente decepción que reflejó el rostro de Marina-. Pensabas que era otra, ¿verdad? ¿A quién esperabas encontrar?

El tono de Marina cuando había hablado en griego había sido indulgente, casi juguetón. No le había sorprendido ni horrorizado ver a su hijo abrazado a una rubia semidesnuda. Probablemente, la relación de Dimitri con Eleni había ido más lejos de lo que él había reconocido.

-¡A Eleni! Creía... que eras ella -balbuceó Marina, confirmando las sospechas de Olivia.

-Ha ido a reunirse con su padre -explicó Dimitri-. Buenas tardes, madre. Siento que hayas pasado por un momento tan embarazoso. No esperábamos que viniera nadie sin avisar.

Fue una pequeña reprimenda, aunque afectuosamente expresada.

-¿Qué está sucediendo? -preguntó Marina con voz temblorosa-. ¿Por qué está ella aquí?

-Te lo explicaré en privado. Tiene que ver con el divorcio. Ya hablaremos al respecto en casa -Dimitri se volvió hacia Olivia-.

Sugiero que te vistas. Ya sabes dónde están los dormitorios.

A continuación la hizo volverse y le dio una juguetona palmada en el trasero.

Olivia se volvió como una exhalación, dispuesta a hacer un comentario mordaz, pero él apoyó un dedo sobre sus labios para acallarla.

-Recuerda tu promesa -susurró junto a su oído—. Y deja que yo decida cuál es el mejor momento para decírselo a mi madre. Captará el mensaje muy pronto.

Olivia lo miró con suspicacia, sin poder evitar preguntarse si habría preparado aquella escena. Había resultado muy conveniente para sus planes que su madre hubiera aparecido cuando aún no habían tenido tiempo de vestirse.

«Muy bien», se dijo, dispuesta a enfrentarse al reto. Si Dimitri quería una esposa que lo adorara, que se prepara, porque sus deseos se iban a cumplir con creces.

Rodeó lánguidamente su cuello con los brazos y lo besó en los labios. Contaba con un arma. Su cuerpo. Y pensaba utilizarlo.

-Lo que tu digas... cariño -murmuró, y disfrutó al sentir que Dimitri se estremecía.

-¡Dimitri! -exclamó su madre, asustada.

-No te preocupes, mamá. Olivia es una picara. Yo sé manejarla.

Tras dedicar una amorosa sonrisa a su marido, Olivia se volvió hacia la mujer que había ayudado a destrozar su matrimonio. Parecía casi asustada y sintió compasión por ella. Marina iba a pasar por un auténtico infierno durante las dos semanas que se avecinaban.

-Discúlpame mientras me seco el pelo y me visto -dijo agradablemente-. Nos vemos enseguida, querida.

A continuación, palmeó el trasero de Dimitri, recogió su ropa y salió.

¡Trata de reconquistarte! —dijo Marina ansiosamente en cuanto oyó que se cerraba la puerta.

Dimitri sonrió. Olivia había interpretado su papel con alarmante sinceridad. No era posible fiarse de una mujer que mentía tan convincentemente.

—Debo vestirme -dijo, y se acercó a su madre para abrazarla. Luego la besó en la mejilla y simuló no haberse fijado en las lágrimas que asomaron a sus ojos-. No tienes por qué preocuparte. Lo prometo. Todo acabará bien. Tengo un plan —el rostro de Marina se animó al oír aquello-. Ya hablaremos en casa.

-¡No tenemos tiempo ¡¡Estoy muy ocupada! Tenía planeada una fiesta sorpresa para ti esta noche -dijo Marina, angustiada-. Para

celebrar tu cercano divorcio. Vendrás, ¿verdad?

Dimitri sabía que no podía negarse.

-Por supuesto -dijo, y palmeó cariñosamente la mano de su madre-. Gracias.

Incluso con su carísimo vestido de diseño y su perfecto peinado, Marina parecía insegura. Era como si nunca hubiera llegado a sentirse realmente cómoda con su riqueza. Si hubiera seguido siendo la esposa de un pastor pobre, probablemente habría sido más feliz.

Dimitri sintió compasión por ella. Su padre se adaptó sin problemas a su nueva vida y nunca dejó de trabajar para sacar adelante el imperio Angelaki, pero su madre se sintió muy insegura desde el principio. Le aterrorizaba decir o hacer algo incorrecto en las ocasiones sociales en que se esperaba que actuara como anfitriona. Poco a poco se fue ocultando tras una actitud de altiva frialdad para disimular la falta de confianza en sí misma, y casi nunca bajaba la guardia.

Quería reencontrar a la madre sonriente y tierna que recordaba de su infancia, la mujer que le cocinaba hombrecitos de pan, que salía descalza con él al jardín para ver las puestas de sol. Sabía que estaba allí... y la encontraría.

Tomó su mano y la besó con ternura.

-Enseguida estoy contigo -dijo antes de entrar al camarote a vestirse.

Veinte minutos después, cuando subió a cubierta, Olivia comprobó que habían atracado en el pequeño puerto pesquero de Olympos. Dimitri estaba apoyado en la barandilla, contemplando la vista.

-¿Se ha ido ya tu madre? -preguntó ella.

-Sí.

-¿Qué le has dicho?

-Que te ibas a quedar con nosotros para evitar complicaciones y rumores.

-¿Y cómo se lo ha tomado?

-Mal. Creo que teme que vuelva a encontrarte irresistible.

Olivia ladeó la cabeza y agitó las pestañas.

-Puede que sea así.

Dimitri la acarició de arriba abajo con la mirada.

-Creo que ambos vamos a disfrutar de nuestra farsa. Porque supongo que sabrás que no es más que eso, ¿no?

Olivia rió despectivamente.

-Desde luego. Pero ya sabes que quiero librarme de ti cuanto antes.

Por un momento, Dimitri pareció vacilar, algo nada habitual en él.

-No quiero decirle a mi madre de forma inmediata que volvemos a

estar juntos -dijo finalmente-. Quiero que vea por sí misma lo que está sucediendo y que lo acepte voluntariamente.

—Eso no sucederá jamás.

-Te equivocas. Lo hará si cree que es lo que yo deseo. Acabó aceptando nuestro matrimonio.

—Te equivocas. Nunca lo aceptó.

-Eso es ridículo. Sé lo que piensas de ella. Ya me has dicho suficientes veces...

-Todo lo que te he dicho es cierto -interrumpió Olivia con obstinación-. Nunca me creíste porque tu madre se cuidaba mucho de hacer determinados comentarios en tu presencia. Pero me amargaba la vida todo lo posible mientras tu estabas de viaje...

Dimitri alzó la mano con gesto impaciente para interrumpirla.

-No quiero volver sobre eso. El pasado es el pasado. Aunque tuvo sus reservas, mi madre no dijo una palabra en tu contra después de nuestra boda. Y tú tampoco te esforzarte demasiado por mostrarte amistosa con ella.

-¡Eso no es cierto! Traté de adaptarme, de ser una buena nuera... ¿Pero qué más da eso ahora? Ya da igual.

—Sí, pero no quiero hacerle daño -espetó Dimitri-. Es imposible que no sea consciente de la química sexual que hay entre nosotros, pero se supone que nuestro reencuentro debe ser algo más. Necesitamos convencer a todo el mundo de que nos estamos enamorando. ¿Comprendido?

-Comprendido -repentinamente nerviosa, Olivia se volvió a contemplar las vistas del puerto.

-¿Crees que podrás manejar la situación?

—Merecerá la pena a cambio de un rápido divorcio. Además, así podré pasar aquí unos días -murmuró Olivia con un suspiro de placer. No había lugar como aquél en la tierra-. ¿Qué te parece si nos vamos yendo? Estoy deseando volver a ver la casa y nadar en esa magnífica piscina.

-No voy a negarte el placer de esos lujos -Dimitri parecía decepcionado mientras se encaminaban hacia la plataforma de desembarco-. Pero más vale que te advierta que mi madre ha organizado una fiesta en casa esta noche para celebrar mi cercano divorcio.

—No pierde el tiempo, desde luego -murmuró Olivia-. Pero no te preocupes. Me esconderé en mi cuarto.

-Quiero que asistas.

-¿No le extrañará a la gente que esté presente en la fiesta de celebración de tu divorcio?

-Puede que les parezca inusitadamente civilizado. Pero la fiesta puede ser una ocasión ideal para nuestro propósito. Tengo la impresión de que Eleni asistirá.

Olivia hizo una mueca.

-¿Qué se supone que debemos hacer?

-Mirarnos. Bailar arrimados. Tocarnos.

Olivia pensó que no tendría problemas con aquello, sobre todo porque lo haría espontáneamente. Sólo debía recordar todo el rato que los sentimientos de Dimitri se hallaban centrados bajo su cinturón.

-De acuerdo -dijo en tono displicente.

-¿No te supondrá ningún problema? -preguntó él, claramente sorprendido.

-Sí. Uno -dijo Olivia con una sonrisa de sirena, y sus ojos sonrieron divertidos al ver que Dimitri interpretaba aquello como un tributo a su irresistible atractivo-. No tengo nada que ponerme.

El rió burlonamente.

-Si mis problemas fueran tan triviales como ése...

Pero te comunico que toda la ropa que dejaste atrás al irte sigue colgada en tus armarios.

-¿En serio? Suponía que la habrías tirado hacía tiempo —dijo Olivia, sorprendida.

-La habitación quedó clausurada el día que te fuiste -dijo él con brusquedad-. Y ahora, vámonos de una vez.

La música llegaba hasta la habitación de Olivia mientras trataba de decidir qué ropa ponerse. Sus ventanales daban a la piscina, en torno a la que deambulaban varios camareros con bandejas mientras una pequeña orquesta griega interpretaba música popular salteada con sentimentales baladas.

Olivia estaba convencida de que aquélla era una fiesta organizada para allanar el terreno a Eleni. Le parecía terrible que Marina prácticamente quisiera vender a su hijo para mejorar la posición de su familia entre la aristocracia griega.

La gente ya había empezado a llegar y Olivia se sentía cada más nerviosa.

¿Aún no estás vestida?

Olivia giró sobre sí misma y se ruborizó al ver a Dimitri. Éste deslizó la mirada a lo largo de sus medias y la detuvo unos momentos en el liguero negro y en sus diminutas braguitas antes de alzarla hasta sus pechos, apenas cubiertos por un sujetador diseñado para alzarlos.

-Magnífica deducción -dijo ella cuando recuperó el aliento-. ¿No llamas nunca antes de entrar?

-Estoy en mi casa.

¡Pero yo no soy tu mujer!

-Según nuestro plan, es como si lo fueras.

-Ésta es una habitación privada. Dijiste que podía tirar cosas en ella si quería -porfió Olivia a la vez que miraba una figurilla de mármol que se hallaba en una mesa baja.

-Puedes tirar lo que quieras, pero la gente debe verme entrando y saliendo de esta habitación libremente. Los rumores tienen que empezar a ponerse en marcha.

-Supongo -dijo Olivia, que tomó rápidamente uno de los vestidos que tenía sobre la cama.

-Ése no -Dimitri avanzó hacia ella y lo retiró de sus manos-. Podría llevarlo una monja sin sentirse avergonzada. Éste está mejor.

Tomó el vestido tubo escarlata que Olivia había desestimado sin siquiera probárselo. Siempre había sido su favorito, y también el de ella. Pero Olivia no se había atrevido a elegir algo tan ostensible.

-¿No te parece un poco descarado?

-No al precio que pagué por él -replicó Dimitri-. Es sensacional. Atraerás todas las miradas. A nadie le sorprenderá que pase la mayor parte de la tarde a tu lado.

-¿No te preocupa que Eleni y su padre se sientan ofendidos?

—Todo el resto de los presentes estará deseando que volvamos a estar juntos. En el fondo, casi todo el mundo es muy sentimental. Mi socio no podrá mostrar abiertamente su desaprobación. El matrimonio es algo sagrado en nuestra tierra.

Sagrado. Olivia no pudo evitar que sus labios temblaran. Si era así, ¿por qué había destruido Dimitri el suyo?

-Pero tu madre se pondrá hecha una furia.

-No en público. Y le consolará el hecho de que la familia no tenga que pasar por la vergüenza de un divorcio.

-Hasta que reveles la verdad -dijo Olivia.

Él sonrió con una seguridad exasperante.

-Estoy seguro de que entonces podré convencerla de que la única solución es el divorcio.

-Seguro que estará de acuerdo contigo -dijo Olivia con ironía.

-De manera que hagamos nuestra apuesta por la libertad -murmuró Dimitri a la vez que la animaba con un gesto a ponerse el vestido-. Cuanto antes empecemos antes podremos librarnos el uno del otro.

-Sólo he llevado este vestido en una ocasión —dijo ella, indecisa.

-En Nueva York, en el Starlight Ball los ojos de Dimitri brillaron como chocolate derretido mientras se detenían en los labios de Olivia-. Eclipsaste a todas las celebridades que asistieron. Todos hablaban de ti. Y yo me sentí inmensamente orgulloso de tenerte a mi lado.

Olivia bajó la mirada para ocultar su tristeza. Había sido un accesorio para que Dimitri se sintiera orgulloso. Y además era buena en la cama.

Aquello la hizo decidirse. Se pondría el vestido y le demostraría lo que se había perdido. Toda una mujer que lo había amado más que a la vida misma y que lo habría hecho feliz si él no hubiera necesitado el constante halago de otras mujeres.

El vestido se deslizó por su cuerpo siguiendo sus curvas y ciñéndolas posesivamente.

Dimitri apenas podía respirar. Reaccionó obedientemente cuando Olivia se volvió para que le subiera la cremallera.

-Veamos -dijo.

Los ojos de Olivia brillaban cuando se volvió y él no pudo contenerse. Inclinó lentamente la cabeza hasta su escote y deslizó los labios por la parte superior de sus pechos. Cuando gimió, Dimitri dejó un rastro ascendente de besos en su cuello, camino de su boca.

-¡Dimitri! -susurró Olivia.

Aquello hizo que él se contuviera. Se irguió y la miró burlonamente para ocultar su deseo.

-¿No es eso prueba suficiente? Me excitas con ese vestido -dijo, tenso-. Seguro que todos los hombres que asistan a la fiesta se preguntarán por qué no te echo sobre uno de mis hombros para llevarte al dormitorio. Nadie me culparía por desearte.

-Qué gente tan superficial -espetó Olivia mientras se ajustaba el vestido-. Sólo soy un cuerpo para ti, ¿verdad? A nadie parece importarle si tengo cerebro.

-A mí sí me importó -dijo Dimitri, que se acercó a la ventana para poder mantener las manos quietas—. En otra época -añadió-. ¿Ya estás lista?

-Casi.

Dimitri contempló la noche a través de los ventanales abiertos y respiró profundamente para calmarse. Oyó que Olivia jugueteaba con unas joyas. Tal vez había elegido el collar de rubíes que dejó atrás en la caja fuerte cuando se fue y que él había puesto en el tocador junto con el resto de joyas que habían escapado a sus voraces manos.

-Dimitri...

Él se puso tenso al percibir la suavidad del tono de Olivia.

-¿Qué?

Ella tragó saliva. Tenía los nervios a flor de piel y Dimitri le estaba ladrando.

-Necesito tu opinión. Esta noche es importante para ambos.

Con un irritado suspiro, Dimitri se volvió. Por un momento, su

expresión de enfado se esfumó y Olivia percibió la admiración que manifestó su mirada. Pero ésta volvió a enfriarse de inmediato.

-Así estás bien.

-Oh, gracias -murmuró ella, decepcionada.

Dimitri apoyó las manos en sus hombros y ella trató de mirarlo con indiferencia.

-Tienes un aspecto maravilloso y hueles muy bien. ¿Acaso necesitas más halagos?

Olivia frunció el ceño. Odiaba el modo en que la estaba tratando Dimitri. Cuando quería sexo ronroneaba y sonreía persuasivamente. El resto del tiempo la pisoteaba.

-Sólo quería saber si los rubíes me quedaban bien...

-Te quedan bien. Es hora de bajar.

Olivia sintió ganas de estrangularlo. Pero se vengaría de otro modo. Deliberadamente, tiró de la falda de su vestido hacia arriba para dejar expuesta una pierna. Mientras él la miraba como hipnotizado metió los pies en un fabuloso par de sandalias antes de dejar que la falda cayera de nuevo.

-Estoy lista -dijo con una dulce sonrisa.

Él la fulminó con la mirada.

-Yo bajaré primero. Tú sígueme dentro de diez minutos.

-Pero...

-No podemos llegar juntos. Tu entrada tiene que llamar la atención. Estoy seguro de que será memorable -el abierto deseo que reflejó la mirada de Dimitri hizo que a Olivia se le encogiera el estómago-. De todos modos, nos iremos juntos y disfrutaremos de la noche. Te rendirás a mí como nunca lo habías hecho y te daré tanto placer que creerás morir. No lo olvides. Piensa en ello durante la fiesta -murmuró, y se fue antes de que Olivia hubiera recuperado el aliento.

Capítulo 5

DESDE su estratégico punto de vista en la planta de arriba, Olivia vio que Eleni se apartaba del grupo de amigas con que se encontraba y prácticamente corría hacia Dimitri mientras éste bajaba las escaleras. Él se echó atrás pero no pudo evitar que la joven lo manoseara.

A pesar de todo, Olivia no pudo evitar sentirse como si estuvieran invadiendo su territorio.

Pero debía recordar que su misión aquella tarde consistía en interpretar el papel de esposa enamorada, no en sentirlo.

Aún ardiendo a causa de la promesa de Dimitri, se dijo que sus últimas palabras no habían sido más que parte del juego que pretendía jugar. Quería que su pasión pareciera verdadera. Suspiró. Tal vez lo fuera. Pero tenía intención de que también lo fuera la de él. Aquella iba a ser una tarde que Dimitri no iba a olvidar. Ella también tenía sus armas. Y él se iba a ir a la cama frustrado.

Había llegado el momento de la batalla, se dijo con firmeza, pero no pudo evitar que el estómago se le encogiera al preguntarse si también acudiría Athena con su hijo a la fiesta. Aunque supuso que, dado que Marina había organizado la fiesta, no se le habría ocurrido invitarla estando Eleni presente. ¿Seguiría viéndola Dimitri? Necesitaba saberlo.

Su bajada por las escaleras de mármol de la mansión fue la más larga de su vida. Casi le dolía el cuerpo a causa de la tensión mientras contemplaba con aparente interés a los invitados, que fueron quedándose poco a poco en silencio según ella descendía.

Para su alivio, Dimitri se acercó hasta los pies de la escalera y le ofreció una mano. Eleni contempló la escena con los ojos abiertos de par en par.

-Bienvenida, Olivia -dijo Dimitri tras besarla en ambas mejillas.

—Hola, querido -ella lo rodeó con los brazos por el cuello para que no pudiera escapar y agitó sus pestañas coquetamente-. Qué fiesta tan encantadora. Creo que me voy a divertir mucho.

Dimitri asintió y se apartó a un lado.

-Vamos a saludar a mi madre.

Olivia sonrió automáticamente y cuando estuvo ante Marina besó su fría mejilla.

-Buenas tardes, Marina -notó que la mujer estaba temblando y sintió lástima por ella. Dimitri las había puesto en una situación realmente incómoda-. Tienes un aspecto estupendo, y veo que has organizado la fiesta con tu habitual eficiencia.

-Gracias -dijo Marina con un breve asentimiento de cabeza-. ¿Sabes

por qué he organizado esta fiesta?

-Claro -Olivia sonrió-. Para celebrar nuestro cercano divorcio. Me ha parecido una idea estupenda.

Marina, parpadeó, desconcertada.

-No... no esperaba que vinieras -dijo, ruborizada.

-Dimitri ha insistido.

-No podía permitir que se quedara en su dormitorio mientras celebrábamos la fiesta -explicó Dimitri-. Todo el mundo pensará que te estás enfrentando a mi divorcio con gran tolerancia, mamá. Imaginarán que has invitado personalmente a Olivia y aplaudirán tu generoso espíritu.

-Supongo que no importa que Eleni esté aquí -dijo Marina, más relajada tras escuchar las palabras de su hijo-. Dimitri y ella han estado muy unidos estos últimos meses -susurró.

-¿Quieres decir que son amantes? -dijo Olivia con una franqueza que sorprendió a madre e hijo.

-¡Oh! ¡Eso no puedo saberlo con certeza! -replicó Marina, aunque su expresión evidenció que creía que así era-. Pero Dimitri tiene las necesidades lógicas de un hombre y...

-¡Mamá! -interrumpió Dimitri rápidamente, y Olivia notó que estaba conteniendo las ganas de reír—. No queremos mantenerte alejada de tus invitados, y nosotros también tenemos que mezclarnos con ellos. Discúlpanos.

-De manera que las necesidades lógicas de un hombre -murmuró Olivia mientras se alejaban-. Tu madre te da carta blanca para hacer lo que quieras, ¿no?

-Sí, y si no, lo hago de todos modos.

-No me extraña que creas que el mundo gira a tu alrededor.

—No frunzas el ceño o pensarán que estamos discutiendo. Sonríe con dulzura y adórame.

-Te refieres a que simule adorarte -corrigió Olivia, y parpadeó tontamente sin cesar hasta que Dimitri rompió a reír.

-¡Menuda noche vamos a pasar! -dijo animadamente.

-Supongo que te refieres a la tarde que vamos a pasar -Olivia no quería que se sintiera demasiado seguro de sí mismo-. Cenicienta se irá a medianoche y el príncipe volverá a convertirse en una fea rata.

-He dicho «noche» y me refería precisamente a eso -murmuró Dimitri junto a su oído-. Y creo que tienes un poco liado el argumento del cuento. El príncipe siempre ha sido el héroe que...

-Desde mi punto de vista, el príncipe tiene todas las características de un roedor de primera clase -interrumpió Olivia, divertida.

-Pero no puedes acusarme de tener la sangre fría.

-Lo que tienes frío es el corazón. Y eres capaz de lanzarte sobre cualquier mujer con la que te cruzas...

Dimitri rió.

-Tenemos obligaciones sociales, Cenicienta. Seguiremos con esta charla en la cama.

-¡Desde luego que no! -protestó Olivia, pero Dimitri ya estaba saludando a unos amigos y tuvo que contenerse.

-Creo que ya conoces a casi todo el mundo, Olivia, pero no a mis asociados más recientes. Mi esposa, Olivia -ella sonrió nerviosamente-. Ha venido para que podamos llevar adelante nuestro divorcio.

Hubo un momento de tenso silencio y luego todo el mundo comenzó a presentarse.

La relajada actitud de Dimitri hizo que todo fuera sobre ruedas a partir de entonces y Olivia fue pasando de un grupo a otro cada vez más tranquila. Se limitó a seguirle la corriente y a dejar que él hablara mientras ella sonreía y lo miraba con arrobo. Pronto acabó apoyada contra su costado mientras él la rodeaba con un brazo por la cintura, como en los viejos tiempos.

Poco a poco fue aumentando su audacia y comenzó a flirtear abiertamente, recordándole cosas que habían hecho en el pasado. Aunque Dimitri reía sus ocurrencias con sus amigos, en más de una ocasión captó una expresión de advertencia en su mirada, pero aquello sólo sirvió para alentarla.

-Ya conocías a mi socio Nikos Kaloyirou -murmuró Dimitri mientras se alejaban de un grupo de amigos fascinados por la familiaridad con que se trataban.

Olivia se puso seria de inmediato. Se trataba del padre de Eleni, un distinguido caballero de pelo blanco y ojos negros.

-Sí -dijo cálidamente cuando Nikos tomó su mano y la besó-. Recuerdo que fue a Londres un par de veces cuando yo trabajaba de secretaria para Dimitri, y también asistió a nuestra boda con su hija Eleni. Pero nuestros caminos no volvieron a encontrarse a partir de entonces.

Nikos asintió amistosamente.

-Probablemente sabrá que me fui inmediatamente después a Nueva York con Eleni para ocuparme de nuestros negocios en los Estados Unidos. Ahora pasamos la mayor parte del tiempo allí -alzó su copa en un brindis silencioso-. Recuerdo lo amable que fue conmigo cuando caí enfermo con la gripe en Londres. Me visitó a diario para charlar un rato y me surtió de libros y revistas para que no me aburriera. Y también llevó a mi querida Eleni de compras.

Olivia había olvidado aquello, pero recordó al instante que Eleni le

había parecido la adolescente más mimada, grosera y petulante que había conocido en su vida.

—Fue divertido -dijo, y trató de centrarse en la gripe de Nikos-. Recuerdo la cara de asombro del vendedor cuando me llevé todas las revistas que tenía de pesca.

Nikos rió.

-Disfruté tanto leyéndolas que casi lamenté ponerme bueno.

Mientras hablaban, Dimitri no dejó de sonreír, pero Olivia notó que se sentía incómodo, y lamentó estar engañando a aquel hombre tan encantador. Estaba a punto de poner una excusa para irse cuando el tono excesivamente elevado de la voz de Eleni la hizo volverse. Al parecer, estaba reprendiendo a uno de los camareros. Dimitri frunció el ceño y se apartó de Olivia, pero Nikos apoyó una mano en su brazo para detenerlo.

-¡Mi hija es una mujer apasionada! -dijo cariñosamente-. ¡Te va a hacer sudar tinta, Dimitri!

-Estoy seguro de ello.

Nikos sonrió, le guiñó un ojo y luego fue a aplacar a su hija.

-Está claro que la adora -dijo Olivia. -Y no es capaz de ver sus defectos.

-¿Sabe que te acuestas con ella?

Dimitri estuvo a punto de atragantarse.

¡Es la segunda vez que me acusas de eso! ¿De dónde te has sacado esa idea?

-Has dicho que era preciosa, y ya que eso es lo único que parece interesarte de las mujeres, he supuesto...

-Sonríe -murmuró Dimitri-. Se te están viendo las uñas.

Olivia puso cara de que se le caía la baba por él y Dimitri rió y la besó en la punta de la nariz.

-No me has confirmado si te acuestas o no con Eleni -insistió ella.

-No tengo por qué hacerlo. Lo único que necesitas saber es que no quiero ofender a Nikos. Y que estoy decidido a que no me obliguen a casarme. Necesito meterle a mi madre en la cabeza que no estoy interesado en jovencitas de diecinueve años predispuestas a enrabietarse por cualquier cosa. Como ése -añadió en tono sombrío.

Por un momento observaron el ruborizado rostro de Eleni, que no paraba de dar con el pie en el suelo mientras su padre la reprendía sin ningún éxito.

Olivia rió.

-Casi lo siento por ti. Si fuera realmente vengativa, consideraría la posibilidad de dejarte a merced de Eleni.

-Sería capaz de conseguir que me suicidara en menos de una

semana.

-Amas demasiado la vida como para eso. Vamos —Olivia pasó una mano por la cintura de Dimitri con expresión animada. Había algo maravillosamente licencioso en ser «la otra»-. Vamos a actuar un poco más, querido.

-Bruja perversa -murmuró Dimitri, y le mordisqueó la oreja.

Consciente de que eran observados y escuchados, Olivia dejó que se notara su estremecimiento de placer.

-Malo -dijo en tono juguetón-. ¿Qué diría tu abogado de un comportamiento como ése?

-En este momento me da igual -murmuró Dimitri sensualmente-. Está noche eres mi esposa y tengo intención de reclamar mis derechos -añadió a la vez que la estrechaba casi con aspereza contra su cuerpo.

Olivia tuvo que recordarse que sólo estaban interpretando un papel y arqueó una ceja.

-¡Ohhh! -ronroneó-. Me encanta que seas tan dominante.

La boca de Dimitri se contrajo ante el dudoso cumplido.

-Cuidado -murmuró-. Puede que para la hora del desayuno lamentes haber dicho eso.

-¡Pero si suena muy emocionante!

-Te prometo que lo será.

Olivia rió y lo arrastró hacia un grupo de amigos varones de Dimitri que parecían incapaces de apartar la mirada de su escote.

De inmediato, Dimitri se volvió más posesivo, y Olivia se encontró mirándolo con auténtica adoración cada vez que olvidaba que sólo estaba simulando sus celos.

Por su parte, Dimitri estaba consternado a causa de la facilidad con que ella coqueteaba. Supuso que se debía a los años de práctica. Y entre medias le dedicaba unas miradas tan cargadas de amor que sintió ganas de zarandearla allí mismo hasta que le rogara que parara. Incluso sus ojos podían mentir convincentemente.

-¿Piensas quedarte en Grecia después del divorcio? -preguntó Vangelis, uno de sus amigos.

—Serías muy bien recibida -añadió un divertido Andros, que aún no había logrado apartar la mirada del escote de Olivia-. Sobre todo en mi casa.

-¿Toda yo, o sólo alguna parte en particular de mi anatomía? -preguntó Olivia, y la irritación de Dimitri se transformó momentáneamente en una sonrisa.

¡Toda tú, por supuesto! -dijo Andros con auténtico fervor.

-Eres muy amable -dijo Olivia con una dulce sonrisa—. Gracias.

—Hora de ponernos en marcha —gruñó Dimitri, y sus amigos lo

miraron con cautela-. Y más vale que os advierta que Olivia no está muy segura respecto a su futuro ahora que nos hemos reencontrado. Y yo empiezo a estar más y más inseguro respecto al mío.

¿Significa eso que vais a...? —Vangelis dejó la frase sin terminar.

Dimitri acarició el hombro desnudo de Olivia y ella lo miró con adoración antes de agitar las pestañas.

« ¡Mentirosa bromista!», pensó él, apenas capaz de controlar su genio.

-Ahora no puedo comentar nada -dijo, y a continuación se encaminó con Olivia hacia un rincón apartado.

Le habría encantado poder tumbarla sobre sus rodillas para darle unos cuantos azotes. Pero, ¿por qué estaba celoso?

—Sabía que tu presencia impactaría a los invitados -dijo sin dejar de sonreír-, pero no esperaba que mis intelectuales amigos perdieran las neuronas con tanta rapidez.

—Ése es el problema que hay a veces con los hombres y los pechos -replicó Olivia con desenfado-. Su cerebro se nubla mientras los miran y no son capaces de pensar en otra cosa.

-Tú los has alentado.

-Sólo estaba haciendo lo que hemos acordado -se defendió Olivia.

-Y muy bien, por cierto -se burló Dimitri-. Pero no recuerdo que tu papel incluyera hacer ojitos con todo lo que lleva pantalones.

-Es bueno que la gente vea que puedes ponerte celoso —replicó Olivia en tono sospechosamente recatado.

Dimitri la sujetó por un brazo con impaciencia.

-No me gusta que los hombres piensen que estás libre. Sigues siendo mi esposa. Compórtate con más decoro y no utilices aquí tu moral inglesa.

-¿Hablas en serio, o también forma parte del espectáculo que te hagas el marido celoso?

Dimitri comprendió que estaba a punto de delatarse, de manera que trató de sonreír.

-¿Celoso? ¿Yo? Si te deseara podría tenerte. Y nadie podría competir conmigo.

Olivia le acarició la mejilla.

-Qué increíblemente engreído eres. Y qué equivocado estás -añadió tras un suspiro.

-¡De eso nada!

Presionado hasta el límite, Dimitri la besó. Primero con dureza, y luego con más suavidad cuando los labios de Olivia se ablandaron bajo los suyos.

-Menuda exhibición estamos dando -dijo ella, desesperada porque

no se notara su tristeza. Le ardían los labios, y también el corazón, pero no pensaba permitir que Dimitri supiera cómo se sentía.

-Creo que mis intenciones son muy claras -dijo él con voz ronca-. ¿No te parece? -añadió a la vez que apoyaba una mano sobre las nalgas de Olivia.

-Desde luego -replicó Olivia con dulzura-. ¿Y las mías? -dijo, y también apoyó una mano en el trasero de Dimitri a la vez que lo besaba, aunque se apartó en cuanto él trató de prolongar el beso.

-Transparentes como el agua -dijo él, molesto-. Parece que tenemos el mismo propósito.

«No», pensó ella. «El tuyo es la dominación en la cama. El mío, escapar de esta obsesiva relación que me está destruyendo».

-Esto va a ser interesante -murmuró Dimitri-. Eleni se acerca hacia aquí. ¿Crees que podrás enfrentarte a ella a solas?

-Cobarde.

-Con motivo. Trato de impedir que me embadurne con sus dos kilos de maquillaje.

—En ese caso, desaparece -Olivia le dio un suave empujón. Ella tampoco quería que Eleni empezara a manosearlo.

-Sería buena idea que nos lanzáramos algunas miraditas de vez en cuando, ¿de acuerdo? -dijo Dimitri antes de alejarse.

Olivia asintió obedientemente. Un momento después era abordada por Eleni, que prácticamente tuvo que apartar de su camino a dos adolescentes que no hacían más que mirar a Dimitri.

-Hola, Eleni -saludó animadamente Olivia-. Hace años que no nos vemos. Recuerdo que una vez fuimos de compras y...

-Entonces era una niña. Eso fue antes de esto -para asombro de Olivia, Eleni irguió ostensiblemente sus generosos pechos—. Debo admitir que tienes valor para ponerte a flirtear con Dimitri de esa manera. ¿Acaso no sabes que es mío? ¡Es mi amante, así que no te pases o te saco los ojos!

Amantes. ¿Quién decía la verdad? ¿Eleni o Dimitri? Después de todas las mentiras de éste, Olivia supuso que no le quedaba más remedio que creer a Eleni. Al parecer, Dimitri aceptaba el sexo de cualquier manera, incluso cuando despreciaba a la mujer con que se iba a acostar.

Se estremeció. Dimitri la despreciaba a ella y sin embargo quería hacerle el amor. Tal vez sentía lo mismo por todas las mujeres.

Miró a Eleni con seriedad. Parecía muy segura de sí misma, pero cuando Olivia miró más de cerca vio que bajo la capa de maquillaje había una mujer muy joven y probablemente muy insegura. No podía culpar a Eleni por adorar a Dimitri.

De manera que sonrió compasivamente y no hizo ninguna referencia al tema a pesar de los celos que sentía.

-Han pasado tres años desde la última vez que nos vimos Dimitri y yo. Sólo estamos divirtiéndonos un poco recordando.

-¿Es así como lo llamas?

Olivia se encogió de hombros.

-Me divierte burlarme de él un rato. Todo el mundo lo trata con demasiada seriedad. Necesita bajar un poco a tierra.

¡Eso puedes hacerlo sin necesidad de manosearlo! —protestó Eleni. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

-Lo necesario para conseguir el divorcio.

-En ese caso, ¿por qué le estás lanzando esas miradas? ¡Tú no lo amas! ¡Nunca lo amaste!

Olivia sintió que se le erizaba el vello de la nuca y volvió la cabeza. Su mirada se encontró de inmediato con la de Dimitri, y el impacto de la pasión que reflejaba la de él la impulsó a moverse en su dirección como atraída por un imán.

De pronto recordó sus modales y se volvió a mirar a Eleni por encima del hombro.

-Discúlpame, pero debo irme. Así están las cosas

Eleni se quedó mirándola con cara de asombro mientras ella veía que Dimitri se encaminaba hacia el jardín.

Mientras avanzaba, los crecientes rumores a su alrededor le confirmaron que hablaban sobre ellos.

Pero aquello era lo que habían planeado. Querían un reconocimiento público de que las chispas no habían muerto entre ellos. Y era muy cierto.

Antes de entrar al jardín, Olivia se quitó las sandalias mientras sentía que su cuerpo fluía hacia Dimitri con la misma inevitabilidad que un río fluía hacia el mar.

Cuando se encontraron, el deseo de Dimitri se hizo patente en la tensión de su cuerpo.

-Quiero hacerte el amor aquí y ahora -murmuró con voz apasionada-. Quiero verte desnuda sobre la hierba, alargando los brazos hacia mí...

Una oleada de añoranza recorrió el cuerpo de Olivia.

-Sería una forma un tanto extrema de indicar a todo el mundo que volvemos a estar juntos -logró decir.

Dimitri sonrió con pesar.

-Desafortunadamente, yo he llegado a la misma conclusión.

Olivia sintió que sus piernas se debilitaban. Siempre se había dado aquella increíble química entre ellos. Ningún hombre la afectaría

jamás tan profundamente como aquél. De manera que dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

-Tenía que alejarme y... me ha parecido buena idea venir aquí -mintió. No podía permitir que Dimitri supiera que la había atrapado en su red-. Eleni parecía a punto de arrojarme su bebida encima y no quería que me estropeara el vestido.

-Habría sido una pena, porque te sienta de maravilla -dijo él, que hizo amago de acariciarla pero se contuvo y acabó metiendo la mano en el bolsillo-. Me temo que me considera propiedad suya.

-Con motivo -dijo Olivia.

-Nadie me posee.

—No. Pero algunas personas tienen derechos en lo que a ti concierne —replicó Olivia con aspereza.

Era terrible que Dimitri creyera que podía tratar con tal desprecio a su querida. Primero Athena, luego Eleni. Y sólo el cielo sabía cuántas más había habido entre medias.

-¿Se ha portado como una bruja? -preguntó Dimitri, que decidió ignorar el comentario.

—Desde luego no era una conversación que me apeteciera continuar.

Dimitri suspiró.

-Sé que es una chica difícil, pero no se ha criado de un modo muy normal. Su madre murió cuando ella era pequeña y una serie de niñeras se dedicaron a mimarla a partir de entonces -dijo con suavidad-. Y no ha sido posible evitar que gracias a mi madre creyera que esta fiesta era su gran oportunidad para lucirse y brillar, cuando lo cierto es que todo el mundo está hablando de ti.

-Oh -Olivia se ruborizó-. No creo...

-Te aseguro que es así. Los invitados están maravillados con tu belleza, tu elegancia y tu actitud relajada. No paran de recordarme lo tonto que he sido.

Olivia se ruborizó aún más.

-No me extraña que cotilleen sobre nosotros. No es muy habitual que un hombre invite a su esposa y a su futura esposa a la misma fiesta.

Dimitri rió.

—Con un poco de suerte, la que se irá será la futura esposa.

-Se quedará desolada -Olivia frunció el ceño, preocupada por la chica. Había perdido su virginidad con un monstruo-. No deberías haberte acostado con ella.

-¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? ¡No lo he hecho! —replicó él, enfadado.

-No es eso lo que ella dice.

-Entonces está mintiendo. Te lo juro. Se ha encaprichado de mí y sólo trata de espantarte. Soy demasiado mayor para ella -Olivia sintió que Dimitri estaba diciendo la verdad y se animó de inmediato. Tal vez no era tan canalla como creía—. Hay varios jóvenes de su edad que darían lo que fuera por estar en mi lugar y que le convienen mucho más que yo. Con ellos, Eleni no tendría por qué tratar de parecer tan sofisticada y su comportamiento sería más natural.

-Espero que tengas razón. No me gusta hacer daño a la gente -dijo Olivia.

-¿En serio?

Olivia parpadeó.

-Contigo hago una excepción -murmuró.

Dimitri sonrió.

-Eso imaginaba. Y ahora, para escandalizar un poco más a todo el mundo, sugiero que nos paseemos un rato ante todos. Toma mi brazo y háblame.

Mientras paseaban por el jardín, Olivia se sintió agobiada por la tensión que los rodeaba. Se alegró cuando se detuvieron a contemplar las luces del puerto de Olympos reflejadas en el agua. El aroma que llegaba hasta ellos desde unos cercanos limoneros fue tan intenso y penetrante que de pronto se puso a temblar a causa de los recuerdos que despertó en ella.

-Quiero volver a la fiesta -dijo, frenética por irse de allí antes de que su debilitado estado de ánimo la impulsara a decir algo de lo que acabaría por arrepentirse, como «te quiero y siempre te querré».

-Puedes irte cuando quieras -murmuró Dimitri, como si hubiera comprendido el motivo de su repentina inquietud-. Estoy seguro de que la gente ya ha captado el mensaje.

En un momento de locura, Olivia alzó una mano hacia su rostro y lo besó con ternura. Luego se apartó casi con brusquedad para no delatar sus verdaderos sentimientos.

-Espero que esto baste si no lo han hecho ya -dijo tan animadamente como pudo, y se encaminó rápidamente hacia la fascinada muchedumbre como si estuviera huyendo de algún animal peligroso.

-¿Qué te propones exactamente? -espetó Eleni, que la abordó sin contemplaciones.

-No lo sé -contestó ella con sinceridad-. Ojalá lo supiera.

Rodeando a ciegas a los invitados, sin saber bien a dónde se dirigía, estaba cruzando la pista de baile cuando Dimitri la alcanzó.

-Baila conmigo -dijo en un tono que no admitía réplica.

Olivia se encontró entre sus brazos antes de tener tiempo para reaccionar. Y le encantó sentir su cuerpo pegado al de Dimitri, que la rodeara con sus brazos y la estrechara contra sí.

-Mírame -murmuró él a la vez que su excitación se evidenciaba contra la pelvis de Olivia.

Impotente, ella hizo lo que decía. Dimitri dejó de bailar, tomó su rostro entre las manos y la miró con auténtica pasión durante lo que pareció una eternidad. Después volvió a rodearla con sus brazos y siguieron bailando. Al cabo de un rato murmuró junto a su oído, reacio:

-Debo bailar un poco con mi madre.

Olivia suspiró.

-En ese caso, voy a ofrecerme un rato por ahí -dijo, con intención de mostrarse desenfadada.

Dimitri la estrechó casi con violencia contra sí.

-Pero no lo hagas con demasiado entusiasmo -murmuró antes de añadir-: Se supone que te estás enamorando de mí.

-Oh, no te preocupes. No dejaré de lanzarte miraditas -dijo Olivia a la vez que lo palmeaba como si fuera un perrito.

Dimitri apretó los dientes y se dedicó a vigilarla de lejos el resto de la tarde. En su opinión, se estaba divirtiendo más de lo que debía. Sus amigos la fueron reclamando uno tras otro y no bailaron con ella de un modo precisamente recatado.

Junto al bar, con Eleni colgada de su brazo, Dimitri fue testigo de la admiración que despertaba en todos ellos. De vez en cuando asentía mientras Eleni continuaba con su insustancial charla.

¡Dimitri! ¡No me estás escuchando! -protestó la joven, enfadada.

-Lo siento. ¿Qué estabas diciendo?

-Da igual. Está claro que no eres capaz de apartar la vista de ella. Y esa bruja está tratando de ponerte celoso. ¿No te das cuenta?

Al ver el dolor que reflejaba la mirada de Eleni, Dimitri tomó sus manos con ternura.

-Olivia y yo...

-¡Está coqueteando a propósito! ¡Sabe que soy una rival para ella! —Eleni fue incapaz de contener un sollozo.

-¡Eleni! -exclamó Dimitri, consternado.

Olivia mordisqueaba un canapé junto al bufé dispuesto en la terraza cuando vio que Eleni entraba rápidamente en la casa seguida de Dimitri.

Su estómago se encogió al instante. Dejó el plato en la mesa con manos temblorosas. No era posible. Dimitri le había jurado que no eran amantes. Sin embargo, el modo en que había seguido a la hija de

su socio, como anhelando alcanzarla para tomarla entre sus brazos y besarla, sugería otra cosa.

Y ella pensaba averiguar si era así. Murmuró una excusa a Andros, su acompañante en aquellos momentos, y subió por unas escaleras laterales que llevaban a la casa.

Y allí vio a Eleni en brazos de Dimitri.

Capítulo 6

OLIVIA se alejó discretamente antes de ser vista. El corazón latía con fuerza en su pecho y su mente se llenó de confusos pensamientos. ¿Cómo podía ser tan estúpida como para querer a un hombre como aquél?

Y lo más estúpido era que sabía que sólo estaban interpretando un papel. Dimitri acababa de dejar bien claro que ella era un mero cuerpo que estaba utilizando para librase de Eleni y su afán por casarse con él.

Pero no le quedó más remedio que reconocer con auténtica vergüenza que había estado alimentando la vana esperanza de que tal vez...

Estaba claro que había sido increíblemente crédula. Dimitri sólo había necesitado murmurarle algunas dulzuras para volver a atraparla en sus redes. Pero la experiencia debería haberle hecho comprender que lo único que quería era sexo sin ataduras con cualquier mujer bella y dispuesta que tuviera a su alrededor.

Estaba segura de que la encontraba deseable, pero por lo visto le sucedía lo mismo con montones de mujeres. ¿Qué le había hecho pensar que ella podía ser especial?

Apoyada contra una columna de mármol de la terraza, bajó la mirada hacia su fabuloso vestido. En aquellos momentos lo habría cambiado todo por una casita y un hombre al que pudiera amar, un hombre que la respetara y le fuera fiel.

Asqueada, entró en la mansión por una puerta trasera y subió a su dormitorio sin ser vista. Al recordar la promesa de Dimitri sobre la apasionada noche que pensaba pasar con ella, apoyó una silla bajo el pomo de la puerta para evitar que entrara.

Que se las arreglara con Eleni, pensó mientras bajaba con violencia la cremallera del vestido, que acabó en el suelo. Esperaba que se pasara la noche riendo junto a su oído y aturdiendo su cerebro con estupideces.

Demasiado cansada como para pensar, se puso su camisón de seda negro y se metió en la cama con un suspiro de alivio. Pero mientras esperaba que el sueño se apoderara de ella, su mente comenzó a repasar todos los acontecimientos de la tarde a pleno color.

Apoyó una mano en su frente, desesperada por sacarse a Dimitri de la cabeza. Al ver que le resultaba imposible, se levantó y se sirvió un vaso de vino de la garrafa que había junto a la cama con la esperanza de que un buen trago la aturdiera lo suficiente. Pero no bastó.

Mascullando una maldición, bajó de la cama y se asomó a la

ventana. No vio a Eleni entre los pocos invitados que aún deambulaban por el jardín.

Sorprendentemente, Marina seguía allí, bailando con Nikos. Olivia se preguntó si su suegra estaría un poco bebida, porque parecía estar derritiéndose entre los brazos de su pareja y su expresión era tan relajada que incluso parecía un ser humano agradable.

Olivia se puso tensa al ver que Dimitri también estaba allí, charlando amistosamente con un grupo de amigos.

De pronto se quedó muy quieto y volvió lentamente la cabeza hacia la ventana, como si hubiera intuido que ella estaba allí. Olivia se apartó de inmediato, molesta porque la hubiera visto. Con su desmesurado ego, probablemente Dimitri habría creído que estaba pensando en él y que lo echaba de menos, ¡cuando lo que en realidad habría querido hacer habría sido estrangularlo!

La mente de Dimitri se puso en marcha de inmediato. El decaimiento de los hombros de Olivia y la actitud general de su cuerpo le habían advertido que algo no iba bien. Tenía que acudir junto a ella. No sabía por qué, pero debía hacerlo.

Con su tacto y habilidad, logró persuadir al resto de invitados para que se fueran. Luego abrazó a su madre, que no había hecho ningún comentario respecto a su sorprendente actitud durante la tarde.

-No te preocupes por mí, mamá. Todo está bajo control -dijo, ansioso por tranquilizarla.

-No lo haré -contestó Marina, que sonrió con cálidamente a Nikos cuando éste se acercó a ellos con dos copas de coñac en la mano-. Sé que te traes algo entre manos. Además, he decidido que debo ocuparme de vivir mi propia vida y tú debes cometer tus propios errores.

Dimitri miró a su madre y a Nikos sin ocultar su asombro. Su socio le dedicó una mirada avergonzada a la vez que se encogía de hombros. Un tanto aturdido, Dimitri se despidió de ellos y se fue.

En aquellos momentos sólo era capaz de pensar en Olivia. Subió las escaleras a toda prisa, pero cuando trató de abrir la puerta no lo logró.

—Soy yo, Oliva.

-¡No esperaba a nadie más! -espetó ella sin ocultar su enfado.

Dimitri frunció el ceño.

-Abre la puerta.

¡Si crees que voy a entretenerte un rato después de que has estado besuqueando a otra mujer te equivocas!

¿De qué estaba hablando? Irritado, Dimitri empujó la puerta con fuerza, pero no logró abrirla.

-¡Abre ahora mismo o tiro la puerta abajo!

-Me parece que has visto demasiadas películas yankis. ¡Vuelve con tu amante y déjame en paz!

Dimitri no estaba dispuesto a hablar a través de la puerta, de manera que dio unos pasos atrás y se abalanzó contra ella con el hombro por delante. La puerta cedió con un sonoro crujido.

-¡Sal de aquí! -exclamó Olivia, conmocionada.

Dimitri apartó a un lado los restos de la silla rota, cerró la puerta y se apoyó contra ella con expresión inofensiva para no asustarla.

-¿A quién se supone que he estado besuqueando? -preguntó, divertido.

-¿Acaso no lo sabes? -preguntó ella con desdén.

-No. Y creo que lo habría notado -replicó él con una sonrisa.

-¡No tiene ninguna gracia! Voy a refrescarte la memoria. Se trata de una rubia curvilínea con un cuerpo espectacular y que no deja de reír tontamente.

-¿Eleni? -Dimitri rompió a reír-. Que el cielo me ayude. Ya te he dicho varias veces que es la última mujer de la tierra a la que abordaría. ¿Cómo iba a acariciar a una mujer con unos pechos sólidos como el mármol?

-¿Cómo sabes eso?

-No lo sé -contestó Dimitri pacientemente-. Lo deduzco porque nunca parecen moverse -añadió a la vez que miraba atentamente los de Olivia.

-Pero no niegas haberlos mirado, ¿no?

Dimitri suspiró.

—Es difícil pasarlos por alto porque parecen dos balas de cañón colocadas bajo su vestido. Pero ya te he dicho que no estoy interesado en ella...

-¡Entonces debía ser su doble la que tenías entre tus brazos cuando os he visto!

-Ahh. Es eso.

-No irás a negarlo, ¿no?

Por algún motivo, a Dimitri le encantó comprobar hasta qué punto estaba celosa Olivia. ¿Vanidad? No. Se trataba de algo más en lo que se atrevía a detenerse.

-Es cierto que Eleni estaba entre mis brazos, pero según recuerdo estábamos completamente vestidos, y así hemos seguido hasta que he terminado de consolarla.

-Sí, claro -murmuró Olivia, enfurruñada.

—He visto que estaba muy disgustada y he tratado de reclutarla como aliado.

-¡Eso es ridículo! ¡Me estás mintiendo!

-No es cierto. Soy consciente de que Eleni necesita que la gente piense bien de ella. Por eso he insistido en recordarle que siempre hemos sido buenos amigos y que sabía que sólo quería lo mejor para mí. Le he dicho que siempre ha sido para mí como una hermana pequeña...

-Seguro que eso no le ha gustado.

—Lo cierto es que eso le ha hecho enmudecer -dijo Dimitri con una sonrisa divertida-, y yo he aprovechado el momento para hablarle de lo sagrada que es la unión del matrimonio...

-¡Menudo mentiroso!

—He conseguido que estuviera de acuerdo conmigo respecto a la santidad del matrimonio antes de comunicarle que tú y yo volvíamos a estar juntos-continuo él-. Cuando se ha puesto a llorar le he dicho que sabía lo sentimental que era y que me conmovía mucho ver que lloraba de felicidad por mí. Supongo que debe haber sido en ese momento cuando nos has visto, porque se ha apartado de mí de inmediato y se ha ido a bailar con Vangelis.

Dimitri quería que Olivia lo creyera, pero no le contó qué más le había dicho a Eleni.

-¿No habéis hecho... nada más? ¿No las has... besado?

-Te juro por mi padre que lo que digo es cierto -dijo Dimitri con firmeza.

No había forma de discutir aquello. Dimitri jamás habría utilizado a su padre para apoyar una mentira.

Olivia se maldijo en silencio por haber sacado conclusiones precipitadas. Dimitri sólo había tratado de dejar a Eleni con delicadeza.

-Lo siento -murmuró.

-Ha sido una confusión comprensible.

-Sí, sobre todo teniendo en cuenta tu reputación.

-¿Qué reputación?

-De mujeriego.

-Ah.

Olivia notó de inmediato que Dimitri no había negado su acusación.

-Eres muy poco de fiar en lo referente a las mujeres.

-¿Lo soy?

-¡No me digas que has permanecido célibe desde que nos separamos!

-No. No he permanecido célibe.

Olivia se sobresaltó interiormente ante la sinceridad de Dimitri y

no pudo evitar preguntarse con cuántas mujeres habría estado a lo largo de aquellos años.

Supongo que debería alegrarme de que ya hayas persuadido a Eleni para que abandone sus esperanzas de casarse contigo. Así podremos dar esta farsa por concluida...

Olivia se quedó consternada al pensar en su cercano divorcio. Debería sentirse feliz, pero no era así. Volvió la mirada hacia la ventana y trató de reprimir su tristeza.

Cuando Dimitri se acercó a ella y apoyó las manos en sus brazos desnudos, sintió como si un rayo la atravesara.

-Ahora somos libres para hacer lo que queramos -dijo él.

Todo lo que quería Olivia era amarlo, confiar en él, ser la única mujer de su vida...

Cuando Dimitri trató de que se volviera hacia él se resistió.

-Quiero que te vayas -susurró.

-No es cierto.

La arrogancia de Dimitri hizo que lo mirara con gesto de desafío. Cuando él sonrió y se inclinó hacia ella, tomó el vaso de vino que tenía sobre la mesilla de noche y se lo arrojó.

-¡Sí lo es! -espetó a la vez que casi todo el vino caía al suelo.

Imperturbable, Dimitri se quitó la chaqueta y la camisa y las dejó caer al suelo.

—Eso no es cierto -dijo con calma.

Asustada por la determinación que captó en su mirada, Olivia tomó la garrafa y empezó a arrojarle el contenido a la vez que reculaba mientras él avanzaba implacablemente hacia ella.

-Voy a hacerte recoger todo ese vino con la lengua -murmuró él a la vez que comenzaba soltarse el cinturón.

-Dimitri... ¡no! -exclamó Olivia, que no pudo evitar imaginarse a sí misma deslizando la lengua por el poderoso pecho de su marido hasta alcanzar...

-Podría ser una forma deliciosa de emborracharse...

La sensual mirada de Dimitri hizo que Olivia sintiera una descarga en cada terminación nerviosa de su cuerpo.

-¿Y por qué iba a querer hacerlo? -preguntó en un intento de aferrarse a la poca cordura que sentía que le quedaba.

-Para liberarte de las peculiares inhibiciones que parecen haberse apoderado de ti desde la última vez que hemos hecho el amor. Deja la garrafa, Olivia. Es de cristal y podrías cortarte los pies si se cae. Y no quiero que les pase nada a tus maravillosos pies. Ya sabes lo que me solía gustar hacer con ellos...

La mente de Olivia se llenó de imágenes eróticas. Dimitri tomando

sus pies por turnos y llevándoselos a la boca para enloquecerla con su lengua...

Temblorosa, dejó la garrafa sobre una mesa de mármol.

-Esto no es lo que tenía pensado -susurró.

-¿No?

-No. Dijiste que íbamos a simular estar locos el uno por el otro mientras estuviéramos en público. Pero ahora no hay nadie aquí, así que podemos comportarnos normalmente...

-Yo me estoy comportando normalmente -dijo Dimitri con expresión inocente.

Ella le dedicó una mirada iracunda.

-Estoy segura de ello. Abordarías a cualquier mujer que pareciera mínimamente dispuesta...

-De eso nada. Soy muy exigente. Sólo me gustan las mujeres que hacen que me excite con una sola mirada, que son tan conscientes de su sensualidad que se percibe en cada uno de sus movimientos, que son capaces de abandonarse a sus sentidos y de atraer a un hombre hasta volverlo loco. Mujeres que responden a mis caricias, que tiemblan y se estremecen y adoran sentirme...

-¡Basta! -exclamó Olivia, horrorizada por lo que estaba haciendo Dimitri. Estaba hablando de «mujeres». ¿Con cuántas habría hecho el amor? ¿Y... cómo había llegado a acercarse tanto a ella?

Dio un paso atrás y su espalda chocó contra la pared. Estaba atrapada. Sólo contaba con su fuerza de voluntad para mantenerlo a raya, y ésta parecía empeñada en abandonarla.

-Pues ve a buscar a una de esas mujeres -dijo con expresión desafiante-. Yo sólo estoy aquí como un medio para conseguir un fin... ¡nuestro divorcio! Estoy dispuesta a seguir con nuestra farsa y nuestras miraditas en público, pero no creas que vas a poder utilizarme para un ligero jugueteo sexual en privado...

-No será ligero, ni será un jugueteo.

La ronca voz de Dimitri recorrió el cuerpo de Olivia como una cálida oleada, que de pronto se encontró contemplando con autentica fascinación la sensual curva de sus labios. Estuvo a punto de besarlo para que se callara, para imponerse a él y recordarle que él podría ser su esclavo en lo referente al sexo. Porque no quería que buscara otra mujer. Lo quería para ella sola. En exclusiva.

Pero era un sueño imposible, y lo sabía.

¡Tienes que irte!

Dimitri sonrió.

-Sería una pena teniéndote aquí y con esos maravillosos ojos azules enviándome tentadores mensajes que no puedo ignorar...

-¡Te están diciendo que te vayas! -exclamó Olivia, pero bajó las pestañas y detuvo la mirada en la boca intensamente masculina de Dimitri.

-Sé sincera -murmuró él-. Admite lo que sientes. Tu cuerpo te delata. Recuerda que somos libres para hacer lo que queramos, y en estos momentos te deseo con cada latido de mi corazón.

Aquello fue como un cubo de agua fría para Olivia.

-¿En estos momentos? -espetó-. ¡Oh, gracias! Me alegra que me consideres un objeto para tu diversión en «estos momentos». ¿Y con quién querrías juguetear en cualquier otro momento? ¡No soy alguien a quien puedas utilizar a tu antojo! Puede que no quisieras pasar la noche con Eleni soltando risitas tontas junto a tu oído, pero eso no quiere decir que puedas acudir a mí para tu desahogo sexual.

Dimitri pensó que nunca había estado más bella que en aquellos momentos, con la cabeza echada hacia atrás y su encantador cuello totalmente expuesto. Nunca la había deseado más.

-No te estoy tratando como sustituto de nada -dijo con voz ronca-. He pasado toda la tarde deseando que llegara este momento.

Alzó una mano y la apoyó con delicadeza en un hombro de Olivia mientras deslizaba la otra en su perfumado pelo.

-Puede que el amor haya muerto entre nosotros -murmuró-, pero la mutua atracción sexual que sentimos es más intensa que nunca, ¿verdad?

Ella no dijo nada, pero lo miró, consternada, y aquello bastó para Dimitri. Pero quería que dijera que sí. De manera que se inclinó y la besó con delicadeza en los labios.

-¿Verdad? -insistió.

Ella cerró los ojos, desesperada.

—Sí -contestó al cabo de un momento.

-Olivia... -Dimitri la tomó entre sus brazos. Al principió permaneció rígida y tensa, pero como él se limitó a abrazarla, se fue relajando lentamente.

Y entonces sonó su móvil.

Dimitri gruñó.

-Déjalo -murmuró mientras se inclinaba a besarla en la garganta.

—No... -Olivia se apartó y tomó su bolso. Sentada en al cama, evitó la mirada de Dimitri y cubrió su desnudez con el edredón.

Aquélla era su oportunidad para enfriarse, para controlar su deseo.

¿Hola? -dijo, y se encogió al notar cómo le temblaba la voz.

-¿Olivia? -Paul parecía desconcertado.

-¡Oh, sí! -exclamó ella, aliviada-. ¡Paul! ¡Cuánto me alegro de oírte! —Dimitri se sentó en la cama junto a ella. Olivia cubrió el auricular

con la mano y le dedicó una sonrisa forzada -. Es Paul -dijo, y al ver que éste la miraba burlonamente, volvió la cabeza para escuchar lo que estaba diciendo el abogado.

—... es increíble. Angelaki tiene un rascacielos en exclusiva para su empresa. Hemos conseguido un acuerdo brillante...

-Pero...

-Muy pronto te vas a ver libre de él -continuó Paul-. ¡Y vas a ser multimillonaria! ¿Qué te parece? ¿No crees que lo he hecho bien?

-Paul, yo... -Olivia apartó de un manotazo la mano de Dimitri, que éste había deslizado bajo el edredón para acariciarle la pierna.

-Tranquila, no hace falta que me des las gracias.

Espero que vengas a Nueva York -dijo Paul, ufano-. Tengo una noticia estupenda. ¿Adivina qué?

Olivia sujetó el edredón y lanzó una iracunda mirada a Dimitri.

-¿Qué? -espetó junto al teléfono.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Paul a la vez que Dimitri apoyaba su peso contra Olivia y le hacía tumbarse de espaldas en la cama-. Espero que no sea demasiado tarde... He tratado de deducir la diferencia de horarios, pero con tantas emociones...

-Estoy bien -murmuró Olivia, y cuando Dimitri comenzó a besarla en el cuello sintió que comenzaba a rendirse.

-Pues ahí va mi noticia -dijo Paul-: Me han ofrecido trabajar para Angelaki en sus oficinas de Nueva York.

-¿Te han ofrecido un trabajo? -repitió Olivia, incrédula. Repentinamente rígida, lanzó una iracunda mirada a Dimitri, que estaba escuchando con total descaro la conversación mientras le besaba la mandíbula.

-Eso es. Y ya sabes lo que pueden llegar a ganar los abogados en los Estados Unidos. ¡Ésta es mi gran oportunidad, Olivia! Y... bueno, no necesito decirte esto, pero juntos podríamos formar un gran equipo...

Dimitri retiró el móvil de la mano de Olivia y lo acercó a su oreja.

-Acepta el trabajo y siéntete agradecido, Paul -dijo-. Pero no te vas a quedar también con Olivia, ¿verdad, cariño? -añadió a la vez que se volvía a mirarla.

-¡Devuélveme el teléfono! -exclamó ella a la vez que trataba de recuperar el móvil, pero Dimitri la retuvo con su cuerpo y se lo impidió.

-Y otra cosa, Paul -añadió-. Aprende la diferencia de horarios si quieres conservar el puesto. Aquí es de noche y estamos en la cama.

-¿En la cama? -oyó Olivia que repetía Paul.

-Afortunadamente no estábamos durmiendo... si sabes a qué me

refiero -dijo Dimitri, que a continuación colgó y dejó caer el móvil al suelo-. Y ahora, ¿por dónde íbamos? Ah, sí...

Olivia apartó la cabeza a un lado y él acabó besando la almohada.

¡No me toques! —exclamó, furiosa.

Dimitri la obligó a mirarlo. Sus ojos brillaban peligrosamente.

-¿Tienes problemas de conciencia? -murmuró-. Ya sabes, esa vocecita que te dice que no es decente hablar con tu ex amante por teléfono mientras tu marido está a punto de tomarte...

Olivia apretó los dientes.

-¿Por qué has hecho que le den un trabajo a Paul? -preguntó, furiosa-. Sé que tienes alguna intención oculta...

-Correcto. Me estoy asegurando de que desaparezca -Dimitri inclinó la cabeza y la besó con dureza-. Es evidente lo que tiene pensado tu abogado. Quiere casarse contigo, y no pienso permitirlo.

-¿Por qué? -preguntó Olivia en tono desafiante.

—Porque no es lo suficientemente hombre para el trabajo.

-¿Y tú sí lo eres?

-Desde luego. Y pienso recordártelo ahora mismo.

Capítulo 7

EL SOL calentaba agradablemente la piel de Olivia. Sabía que debería volverse, pero no se sentía con energías para hacerlo... gracias a Dimitri.

Alzó el ala de su sombrero para mirarlo. Él también había estado muy quieto en su tumbona durante la pasada hora.

Olivia dejó caer el ala de su sombrero con un estremecimiento de placer. La sensual boca de Dimitri parecía no encajar con su fuerte perfil masculino, y se preguntó si estaría recordando las muchas horas que habían pasado en la cama... y no precisamente durmiendo.

Se sentía tan saciada que el recuerdo de lo sucedido no hizo que se excitara de inmediato.

Casi parecía que el tiempo había quedado en suspenso. La quietud que reinaba en el jardín sólo se veía parcialmente interrumpida por el ligero balanceo de unas palmeras cercanas.

Olivia oyó que María, la doncella, les ofrecía limonada.

—Olivia -dijo Dimitri unos segundos después.

—Mmm -murmuró ella a modo de gracias y sin abrir los ojos cuando sintió que la tomaba de la mano y se la besaba antes de poner en ella un vaso.

Lo amaba. No por las increíbles relaciones sexuales que habían mantenido, sino porque también habían hablado y reído y ella se había sentido totalmente feliz y cómoda con él.

Dimitri la había acariciado y amado hasta hacerle sentir que estaba a punto de morir de placer. Un delicado gemido escapó de entre sus labios al recordar las horas de gozo que habían compartido. Pero para ella el sexo formaba parte de algo más grande que implicaba emociones muy profundas. Dimitri era algo más que una droga; era esencial para su felicidad.

Aquel pensamiento resultó preocupante. Se irguió casi con brusquedad y tomó un sorbo de limonada con la esperanza de tranquilizar su mente. Porque si aquello era cierto, iba a tener que pelear por él. Debía lograr que llegara a amarla más que a su libertad para disfrutar de otras mujeres. ¿Pero cómo iba a conseguirlo?

Dimitri alargó la mano y le acarició un brazo.

-Nunca olvidaré la noche pasada -murmuró.

-Ni yo.

Olivia estuvo a punto de abrirle su corazón, de arriesgarse a que Dimitri le dijera que, a pesar de lo bien que se lo habían pasado, las cosas no iban a seguir así. Pero la voz de Eleni a sus espaldas le hizo cerrar la boca con firmeza.

-¿Conseguí sacar a Paul de tu cabeza? -preguntó Dimitri.

-Sí...

-¡Dimitri! -con una camiseta corta y casi transparente que apenas ocultaba un brevísimo biquini, Eleni rodeó el cuello de Dimitri con sus brazos y prácticamente se tumbó sobre él-. La fiesta de ayer fue magnífica —murmuró.

-¡Quita de encima, niña traviesa! -protestó él.

Olivia dejó su vaso a un lado y decidió meterse en la piscina, aunque lo único que le apetecía era flotar boca arriba.

Unos momentos después oyó que Eleni y Dimitri también se metían en el agua. Alzó la cabeza para mirarlos. Estaban jugueteando y haciéndose ahogadillas como si fueran grandes amigos. Aunque por el modo en que Eleni se frotaba contra el cuerpo de Dimitri más bien parecían amantes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Cada vez que empezaba a creer que Dimitri aún sentía algo por ella, descubría que tan sólo formaba parte de sus técnicas de seducción. Si ella le importara de verdad, no se dedicaría a juguetear de aquel modo con Eleni.

Se volvió para nadar en dirección opuesta, pero de pronto notó que una mano la atrapaba por las piernas y tiraba de ella hacia abajo. Cuando logró salir, tosiendo copiosamente, vio el sonriente rostro de Eleni a escasos centímetros del suyo.

-¡Te he pillado!

-Desde luego -dijo Olivia, nada divertida.

-¿Celosa? -se burló Eleni.

Olivia buscó a Dimitri con la mirada, pero había desaparecido.

-¿Debería estarlo?

-Desde luego. Además de griega, soy la hija de su socio. Y acepto que los hombres de mi país son muy apasionados y tienen muchas aventuras.

Olivia parpadeó, asombrada.

-¿Dejarías que Dimitri tuviera aventuras?

-Sí, si siguiera casado conmigo. Se rumorea que su padre tuvo una querida, y yo tendría que aceptar que él también la tuviera.

Olivia sabía que Dimitri había adorado a su padre. Cuando Theo murió ella tuvo que pasar hablándole y consolándolo. Cuando Dimitri volvió a Inglaterra después del funeral hizo todo lo posible por aliviar su pena. Una semana después él le propuso matrimonio.

Tal vez fue un error casarse con él de forma tan inmediata después de la tragedia. Era posible que Dimitri hubiera pensado en el matrimonio porque en aquellos momentos necesitaba apoyo emocional.

Pero había una cosa que estaba clara; si su querido padre había

mantenido a una querida, Dimitri habría aceptado aquello como algo normal.

—No comprendo cómo puedes plantearte la posibilidad de compartirlo -dijo.

Eleni se encogió de hombros.

-Mejor eso que nada, mientras sea algo discreto. Aunque si me ofende una vez que estemos casados, o si me toca un solo pelo de la cabeza, mi padre se ocupará personalmente de que el imperio Angelaki se hunda.

Olivia se quedó consternada al oír la dureza con que dijo aquello Eleni. Estaba claro que tenía sus miras puestas en él y que no pensaba echarse atrás.

-Yo preferiría contar con la devoción de un hombre porque me quisiera, no porque se viera amenazado por la ruina.

Olivia se alejó nadando y salió de la piscina. No había duda de que había sido terriblemente mimada por su padre. Era posible que adorara a Dimitri, y que creyera que vivir casada con él iba a ser un jardín de rosas, pero no lo amaba. El amor era algo más... y ella lo sabía muy bien

Los intensos latidos de su corazón resultaron casi dolorosos mientras se secaba el pelo con la toalla. Tal vez estaba renunciando con demasiada facilidad a Dimitri, se dijo. Al menos Eleni estaba luchando por el hombre al que creía amar.

Tal vez merecía la pena arriesgarse a sufrir. Podía tratar de convencer a Dimitri de que era mucho más satisfactorio amar profundamente a una persona que tener aventuras superficiales con varias...

Frunció el ceño. ¿Estaba pensando como una mujer y olvidando que los hombres sentían de un modo totalmente distinto?

Dimitri contempló a Olivia desde el interior de la casa, tenso. No había duda de que estaba pensando en algo que lo preocupaba, porque llevaba varios minutos secando insistentemente la misma zona de su firme y bonito trasero.

Apartó su atención con dificultad de aquellas tentadoras curvas, irritado consigo mismo. Esperaba que no estuviera preocupada por el comportamiento de Olivia. Aquella chica necesitaba mano firme. Si no se hubiera ido de la piscina a tiempo, sabía que Eleni habría hecho algo vergonzoso y él se habría visto obligado a darle una bofetada... cosa que habría tenido consecuencias terribles. Sabía muy bien lo vengativa que podía ser Eleni.

Olivia volvió la cabeza en aquel momento y lo vio. Tras dejar la toalla sobre la tumbona, se ciñó un colorido albornoz y se encaminó

hacia el salón.

Dimitri sonrió al anticipar el beso que iban a compartir. Abrió las puertas correderas que daban a la terraza mientras ella se acercaba.

-Tu pequeña charla de ayer con Eleni no parece haber servido de nada. Aún tiene intenciones de casarse contigo -dijo Olivia nada más entrar.

Dimitri tuvo que hacer un esfuerzo para apartar de su mente los encendidos recuerdos de la noche pasada.

-Lo sé -dijo, y tuvo que carraspear para que su voz no lo delatara —. Eso me ha dicho hace unos momentos. Yo he tratado de quitarle importancia riendo, pero me temo que no he tenido ningún éxito-. Vamos a tener que esforzarnos para convencerla de que volvemos a estar juntos y de que no tiene la más mínima posibilidad.

Olivia frunció el ceño.

-Sí, o nunca... -se mordió el labio inferior-. O nunca obtendré mi divorcio, ¿verdad?

Dimitri notó en ella una reticencia que encajaba a la perfección con sus propósitos. Si jugaba bien sus cartas, podría prolongar aquella situación hasta verse libre de su adicción por Olivia. Tal vez un año. Sintió que su deseo renacía mientras contemplaba los enormes ojos azules de Olivia y sus largas pestañas. Mientras deslizaba la mirada por su cuerpo comenzó a planear el día para dedicarlo a hacerle el amor sin restricciones.

-Olivia —murmuró.

-¿Sí?

Dimitri apoyó una mano bajo su barbilla para hacerle alzar el rostro. Los sentimientos que despertaba en él eran tan intensos que casi le temblaban las manos. Sentimientos sexuales, por supuesto. Nada más. Había sellado su corazón tres años atrás y Olivia era la última persona a la que permitiría romper el precinto. Pero aquella mujer era capaz de hacer revivir cada célula de su cuerpo y no pensaba dejar que se fuera hasta que se hubiera saciado de ella.

-Más pasión -ordenó.

-¿Qué? -preguntó ella, desconcertada.

-Eleni nos está observando -dijo Dimitri antes de besarla-. ¡Tenemos que convencerla!

-¡Desde luego!

Aturdida a causa del amor, Olivia se aferró a él, hambrienta. Sabía que estaba corriendo un riesgo muy serio, pero no le importaba. Si existía la posibilidad de que Dimitri comprendiera lo bien que podían llevarse, tal vez podría aprender a amarla.

Alzó una pierna y la deslizó seductoramente por su muslo.

Dimitri gimió, odiándola a la vez que la deseaba.

Tenía que decírselo. Debía convencerla para que se quedara. De lo contrario, la incertidumbre iba a hacerle perder la cabeza.

-Sabes que me vuelves loco -murmuró.

-¿En serio? -dijo ella con una lánguida sonrisa.

Dimitri tomó la cabeza de Olivia en ambas manos para que centrara su atención en lo que iba a decirle.

-No quiero que te vayas. Quédate conmigo.

Olivia se quedó boquiabierta.

-Pero...

-Quédate.

Dimitri vio que los ojos de Olivia se llenaban de lágrimas. El resplandor que pareció irradiar su rostro hizo que se le encogiera el estómago. Aquello era lo que ella quería, pensó, impotente. Creía que lo había recuperado. Pero no sabía que todo acabaría en cuanto él se sintiera saciado. Jamás permitiría que la madre de sus hijos fuera una cazafortunas.

-¿Durante... cuánto tiempo? -preguntó Olivia.

Dimitri la besó y se perdió en el sabor de su boca durante unos momentos.

-No lo sé -contestó con sinceridad.

-Tengo miedo.

-¿De qué? -preguntó él mientras tomaba en una mano uno de los pechos de Olivia para acariciárselo.

-De... -ella gimió a la vez que tomaba la mano de Dimitri para trasladarla a su otro pecho y comenzó a respirar agriadamente-. De ser... compartida.

Él contempló un momento su cabeza echada atrás, sus labios entreabiertos... Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para conseguir que se quedara. Pensaba en ella día y noche. En algún momento tendría que volver a centrar su mente en el trabajo, pero sería inútil intentarlo en aquellas circunstancias.

De manera que dio un paso atrás y dijo:

-No me interesaría por otras mujeres si volviéramos a ser amantes. Tampoco soy un semental -añadió con una sonrisa, y se sintió extrañamente halagado al ver la duda que manifestó la expresión de Olivia-. No habrá otras mujeres mientras estemos juntos. Lo prometo.

¿Ni siquiera con las que... has estado desde que me fui? -preguntó Olivia, ansiosa.

-¡Desde luego que no! -Dimitri rió-. Lo cierto es que fueron una decepción. Comparadas contigo no tienen nada que hacer.

-¿No hay ninguna... especial?

Dimitri volvió a tomar a Olivia entre sus brazos.

-No. Tú serás la única. Lo juro por mi padre. Quédate, por favor -dijo, y esperó con el aliento contenido.

Olivia apenas respiraba. Tal vez merecería la pena intentarlo. Debía dejar atrás el pasado y pensar en el futuro. Nunca se lo perdonaría si al menos no lo intentaba.

Al ver que sonreía, el pecho de Dimitri se colmó de esperanza. Y cuando oyó que decía «sí», una extraña sensación de auténtico delirio recorrió su cuerpo.

«Tranquilo», se dijo cuando Olivia alzó una mano y comenzó a acariciarle el pecho, pero fue incapaz de controlarse cuando se inclinó hacia él y tomó entre los labios uno de sus pezones para succionarlo. Olivia sería suya y sólo suya. Exultante, la besó a la vez que la rodeaba con ambas manos para soltarle el biquini.

Ella lo sujetó por los brazos.

-Aquí no -murmuró-. No con Eleni por los alrededores. Quiero que vayamos a algún sitio romántico.

Él sonrió y la besó en el rostro.

-Conozco el lugar ideal. Recoge tus cosas mientras voy a decirle que nos vamos a dar un paseo en barco.

Olivia pensó que aquélla podía ser su oportunidad para demostrarle cuánto lo amaba. Pasarían el día juntos, como solían hacer. Quería que Dimitri recordara lo a gusto que estaban juntos. Si lograba revivir la profunda convicción que habían sentido en el pasado de que estaban hechos el uno para el otro, tal vez Dimitri se haría consciente de lo que podía perder si volvía a engañarla.

-Me encanta tu plan -dijo, y lo rodeó por el cuello con los brazos sin ocultar su adoración. Hablarían. Harían el amor. Se olvidarían de todo menos del futuro-. Podemos ir a algún lugar íntimo, donde podamos bañarnos, tomar el sol y...

-Más vale que te vayas ya -dijo él, tenso-. No puedo esperar.

Olivia lo miró a los ojos amorosamente.

-Enseguida vuelvo -dijo, feliz.

Caminaron hasta el puerto tomados de la mano y Olivia no pudo evitar sonreír mientras pensaba en los muchos años de felicidad que podían aguardarles.

Sintió que su corazón se expandía. Allí era donde quería estar. Aquél era el hombre con el que quería compartir el resto de su vida... si se comprometía con ella, por supuesto.

Una repentina duda hizo mella en su confianza, pero cuando miró a Dimitri y él sonrió y le estrechó la mano con ternura, recordó su promesa y se dijo que estaba siendo innecesariamente neurótica.

-¿A dónde vamos a ir? —preguntó cuando ya estaban a bordo y mientras Dimitri sacaba el barco del puerto.

-Espera y verás.

Con un brazo en torno a su cintura, Olivia notó cómo se tensaban los músculos de la espalda de Dimitri mientras maniobraba en torno a los arrecifes antes de salir a mar abierto.

Al cabo de un rato pasaron junto a la isla volcánica de Methana. Tras cruzar el estrecho canal entre Poros y tierra firme comenzaron a rodear la costa. Olivia supo entonces a dónde se dirigían y no pudo evitar una sonrisa. Dimitri no lo había olvidado.

Veinte minutos después Dimitri detenía el barco en una pequeña cala y se llevaba a Olivia en brazos como si fuera una recién casada que estuviera a punto de entrar en su nueva casa.

Una vez en tierra la dejó sobre la arena y volvió por una cesta que había llenado con cosas de comer.

-Puedo oler las flores de los limoneros -dijo Olivia.

Él sonrió.

-He pensado que éste sería un buen lugar para un picnic.

—Es un lugar perfecto —asintió ella mientras se alejaban de la playa y caminaban por un campo lleno de amapolas y margaritas.

Subieron a lo alto de una pequeña colina desde la que se divisaba unas fabulosas vistas y se sentaron con la espalda apoyada contra un cálido muro en el que unas lagartijas tomaban el sol. Olivia apoyó la cabeza contra el hombro de Dimitri y permanecieron largo rato en silencio, abrazados.

Reinaba tal paz que casi parecía que eran los únicos habitantes del mundo. Olivia pensó soñadoramente que Dimitri era la única persona del mundo para ella. Y le bastaba estar con él.

-He pensado tanto en este lugar mientras estaba en Inglaterra -murmuró.

Un rato después, mientras charlaban apaciblemente, comieron las aceitunas, el queso y el pan que había metido Dimitri en la cesta junto con una botella de vino.

-Dijiste que estabas entre dos trabajos. Espero que en el último no tuvieras un jefe varón.

Olivia rió.

-Sí lo tenía. Pero ya había cumplido los setenta años y nunca lograba atraparme cuando me perseguía alrededor del escritorio -Dimitri se inclinó hacia ella con el ceño fruncido y le mordió el hombro. Olivia volvió a reír-. Estaba bromeando. Su hijo ocupó su puesto cuando se retiró, y como no me gustaban sus comentarios ni las miradas que me dirigía, dejé el trabajo. Entonces fue cuando decidí

que era un buen momento para llamarte y decirte que quería el divorcio.

Dimitri miró hacia el mar cuando una sospecha cruzó su mente.

-Así que ahora no tienes trabajo, ¿no?

-No. Lo que significa que puedo quedarme.

Dimitri permaneció en silencio. ¿Habría planeado todo aquello Olivia? ¿Ha renunciado a su trabajo para volver a atraparlo? , .

Cuando ella empezó a darle besitos en la mejilla se volvió a mirarla

-Qué afortunado soy dijo a la vez que la hacia tumbarse de espaldas contra el suelo-

Olivia se sentía aturdida a causa del aroma de los limoneros, del vino y de los besos que empezó a darle Dimitri. Lo rodeó con los brazos el cuello y lo tentó con la mirada

-Vamos a nadar -dijo y se puso de pie antes de que Olivia pudiera hacer algún comentario.

Pero ella lo amaba de manera 1ue se lo consintió. El agua estaba tan cálida como la de una bañera y Olivia estaba demasiado relajada como para hacer otra cosa que flotar en el agua , pero Dimitrius se puso a nadar casi con furia como si su vida dependiera de ello. Divertida, Olivia espero a que se cansara para acompañarlo a la playa.

Mientras se secaban sintió por él que temió que su corazón fuera a estallar , caminaron hasta un extremo de la playa para contemplar contemplar la puesta de sol. Mientras el cielo carmesí comenzaba a oscurecerse, las cigarras comenzaron a entonar su ruidosa e insistente canción. las luciérnagas iluminaron de motas de luz la noche mientras volvían a la lancha-Olivia se arrellanó en uno de los sillones de cuero del yate, extasiada Dimitri ni siquiera le había hecho el amor. El sexo había sido iterado por algo más profundo: el placer de estar Juntos-Suspiró mientras echaba la cabeza atrás par*1 contemplar las estrellas. Quería que aquél fuera su destino y anhelaba que lo fuera para siempre.

Capítulo 8

ADORMECIDA, consciente de la luz de la mañana, Olivia alargó una mano hacia el lado de la cama de Dimitri. Al notar que no estaba allí abrió los ojos. Escuchó atentamente pero no oyó el ruido de la ducha. Sin embargó, sí escuchó un murmullo de voces procedente de la terraza.

Salió de la cama con el cuerpo aún vibrante después de haber hecho el amor con Dimitri y fue a asomarse a la ventana.

Allí estaba, desayunando y charlando animadamente con su madre. Sonrió al pensar que tai vez le estaba diciendo que su matrimonio se

había salvado.

Tras tomar una rápida ducha y vestirse con un sencillo vestido blanco, se puso rápidamente unos pendientes de perlas y bajó a la terraza.

-¡Olivia!

Dimitri se puso en pie en cuanto la vio aparecer.

-Hola, cariño -dijo ella, radiante-. Hola, Marina -se inclinó para besar a su suegra-. ¿Cómo estás?

-Muy bien -Marina sonrió, cosa que sorprendió a Olivia, aunque enseguida comprendió el motivo de su sonrisa. Nikos apareció en aquel momento y dedicó un saludo general a todos, aunque sin apartar la mirada de Marina.

Dimitri y Olivia intercambiaron una mirada divertida. Nikos se había quedado a pasar la noche... ¿Y en la cama de quién?

-Quiero que seas el primero en saberlo, Nikos -dijo Dimitri-. Olivia y yo volvemos a estar juntos. Supongo que te alegrará saberlo, porque sé lo que piensas sobre los votos del matrimonio.

Nikos pareció momentáneamente desconcertado, pero su innata educación lo rescató.

—Por supuesto. Felicidades -dijo con cierta rigidez.

—Supongo que muy pronto estarás organizando la boda de Eleni -continuó Dimitri con tacto-. Merodean tantos hombres a su alrededor que seguro que va a poder elegir a su gusto.

Nikos sonrió, orgulloso.

-Es todo un partido.

Cuando vio cómo miraba a Marina, Olivia pensó que a lo mejor se casaba antes que su hija. Cada vez más relajada, se lanzó con entusiasmo sobre su desayuno de yogur, fruta y miel mientras Marina y Nikos se ponían a charlar como si fueran dos jovencitos.

—Creo que ni siquiera se han dado cuenta de que nos hemos ido -dijo cuando Dimitri y ella se fueron.

-Mamá es una persona diferente -asintió él-. Estar enamorado lo cambia todo.

-Sí. Es cierto.

Olivia esperó a que Dimitri le hiciera alguna especie de declaración, o que sugiriera que fueran a algún otro lugar romántico en el que le diría lo profundamente unido que se hallaba a ella. Pero esperó en vano y se mordió el labio, decepcionada.

Habían llegado al vestíbulo y Dimitri permanecía en silencio, pensativo. En aquel momento sonó su móvil. Olivia sintió que su corazón se encogía al oírlo. En el pasado, aquel maldito aparato había cambiado demasiado a menudo y a última hora sus planes, y no

quería que sucediera en aquellos momentos, cuando tenían tantas cosas de las que hablar sobre su futuro.

-Sólo será un momento -Dimitri miró la pantalla del móvil y se puso serio-. Sube. Yo iré enseguida -preocupado, acarició rápidamente la mejilla de Olivia y entró en su despacho.

Ella ya se estaba volviendo cuando notó que uno de sus pendientes se desprendía y caía al suelo. Cuando se agachó a recogerlo se encontró frente a la puerta entreabierta del estudio. Su estómago se encogió al ver a Dimitri. Era evidente que pensaba que había subido y que ya no estaba por allí.

Se quedó paralizada. Notó el modo en que se suavizó su voz mientras hablaba, el placer que reflejó su rostro.

Se apoyó contra una estantería, relajado y satisfecho y se volvió de espaldas a la puerta. Pero Olivia oyó la palabra que pronunció.

-Athena.

Por un momento, dejó de respirar. El nombre había sido pronunciado con una ternura que desgarró su corazón.

-Avrio -añadió Dimitri. Mañana.

Olivia entró en el despacho con intención de preguntarle qué estaba pasando. Entonces fue cuando vio la tarjeta de felicitación de cumpleaños. Incrédula, se fijó en el colorido elefante que sostenía en una mano tres globos. Frente a él había un pastel con tres velas. Podía ser para cualquier niño que conociera Dimitri, se dijo mientras trataba de contener los desbocados latidos de su corazón.

O tal vez era para el hijo de Athena. Después de todo, habían pasado tres años desde que vio a Dimitri acompañando amorosamente a ésta cuando estaba a punto de dar a luz.

Recordó el horror que sintió al verlos. Ella sólo llevaba seis meses casada con Dimitri, lo que significaba que éste había acudido al altar sabiendo que su querida estaba embarazada. Aquello la destrozó y fue lo que la impulsó a dejarlo.

Pero, al parecer, Dimitri seguía viéndola. Había vuelto a mentirle.

Se estremeció al pensar que había estado a punto de declararle su amor, lo que le habría hecho enfrentarse sin saberlo a la humillación del rechazo de Dimitri.

Sin decir nada, salió sigilosamente del despacho. Notó el escozor de las lágrimas mientras se dirigía rápidamente hacia las escaleras.

-¡Olivia!

Olivia gimió en silencio al escuchar el tono autoritario de Marina. Era la última persona que quería ver en aquellos momentos. Incapaz de hablar, hizo un gesto de rechazo con la mano y siguió avanzando.

-¿Estás bebida? ¿Qué te sucede? —insistió Marina.

—¿Qué me sucede? ¡Dimitri! ¿Qué va a ser, si no? -exclamó Olivia, desconsolada.

-Espera -Marina la tomó del brazo y la hizo volverse.

-¡No! ¡Déjame sola! -Olivia trató de apartarse, pero su suegra no se lo permitió.

-Quiero saber qué ha hecho -dijo con firmeza.

-¿Para regodearte con mi sufrimiento? -espetó Olivia.

—No. Porque quiero que mi hijo sea tan feliz como lo soy yo.

¿Por qué no contárselo?, se preguntó Olivia, desolada. ¿Qué más daba ya?

-Aquí no -dijo a la vez que lanzaba una mirada fulminante a la puerta del estudio-. Tal y como me siento, si aparece por aquí en estos momentos podría desfigurarlo.

Marina frunció el ceño.

-En ese caso, vamos al salón -ordenó precipitadamente-. Tengo que saber qué está pasando.

Olivia sabía que debía tener cuidado con lo que decía, pero también sabía que Dimitri y ella no podían seguir con aquella ridícula farsa.

-Estoy esperando -dijo Marina en cuanto estuvieron sentadas en el salón.

Decidida a mantener las lágrimas a raya, Olivia alzó la barbilla.

-Había llegado a creer que Dimitri y yo podríamos dejar a un lado el pasado para empezar de nuevo...

-Eso ha dicho él durante el desayuno. ¿Pero qué sucede? ¿Acaso no lo amas?

-No. No lo amo.

Marina abrió los ojos de par en par.

-¡De manera que siempre he tenido razón!

-No exactamente. Creía que Dimitri había cambiado, pero ya no lo creo. A veces pienso que tiene la moral de un gato callejero.

-Da la sensación de que lo odias.

-¡Y así es! -dijo Olivia enfáticamente.

-Si es así, ¿por qué estás tan disgustada? ¿Acaso se debe a que has vuelto a perder tu oportunidad de llevar una vida de lujo?

-¡No! -protestó Olivia-. ¡Se debe a que lo quiero con locura!

-Me confundes, querida. La nota que dejaste cuando desapareciste decía exactamente lo contrario.

Olivia frunció el ceño.

-No es cierto. Lo que decía en esa nota era que no tenía sentido que siguiéramos juntos si no me amaba. ¡Tú fuiste testigo de lo destrozada que me quedé cuando vi a Dimitri con su amante! Soy tan estúpida

que no he dejado de amarlo. Sé que siempre has pensado que fui tras él porque era rico pero, para tu información, tardé bastante en enterarme de que tenía mucho dinero. Al principio solíamos ir a restaurantes pequeños e íntimos y el apartamento de Dimitri era más funcional que lujoso. Conducía un coche caro, pero muchos hombres son capaces de endeudarse por conducir un coche que les gusta. Para cuando averigüé que era dueño del imperio Angelaki ya estaba perdidamente enamorada de él y me daba todo igual mientras pudiéramos estar juntos. Desde entonces, Dimitri me ha utilizado como si fuera una marioneta, ¡pero yo también tengo sentimientos, Marina! Lo quiero y lo odio a la vez porque puede hacerme tanto daño que a veces ni siquiera me apetece seguir viviendo —se llevó una mano a la frente, angustiada-. Tengo que irme -murmuró-. No puedo seguir cerca de él. Me está destrozando poco a poco. Te agradecería que me ayudaras a encontrar algún lugar en que vivir en Grecia mientras espero a que se resuelva el asunto del divorcio. Estoy segura de que te agradará que me vaya de aquí -añadió con amargura.

Marina parecía totalmente asombrada por lo que acababa de oír.

-No... no sabía que te sentías así-dijo.

¿Y me crees? —preguntó Olivia con cautela.

-Sí -contestó Marina-. Reconozco lo que estás diciendo porque yo sentí lo mismo por mi Theo -sonrió con tristeza al ver que Olivia parpadeaba, sorprendida-. Sí, los hombres Angelaki tienen la costumbre de rechazar el amor de sus esposas. Tú dejaste a mi hijo porque te dolió comprobar por ti misma que tenía una querida...

-Creo que sigue viéndola -Olivia trató de ocultar inútilmente su dolor-. Tal vez a causa del hijo que tuvo con ella. O tal vez por... -no se atrevió a seguir expresando en alto sus temores.

Marina frunció el ceño.

-Voy a darte un consejo que puede que te sorprenda.

-Quiero ayuda, no consejos -murmuró Olivia.

Sorprendentemente, la mirada de su suegra se suavizó.

-Tendrás mi ayuda, pero antes quiero decirte algo que puede que te asombre. No sabes lo mal que ha estado Dimitri desde que lo dejaste. De mal humor, imposible de complacer, sin apenas tiempo para su familia o amigos...

-¿Por qué me cuentas eso?

-Porque Nikos me ha estado hablando de ti. Te tiene en gran estima y yo me fío de su criterio. Por eso te estoy diciendo que Dimitri se sintió muy afectado por tu marcha.

Olivia se encogió de hombros.

-Supongo que se resintió su orgullo.

-O puede que quisiera que volvieras -Marina suspiró-. ¿Quién sabe? Todo lo que puedo decirte es que no era feliz y que, obviamente, su querida no le daba lo que necesitaba. Sin embargo parece feliz desde que has vuelto. Éste es mi consejo: si de verdad lo quieres, debes aceptarlo tal como es.

-¿Y permitir que me engañe?

—No serías la primera en hacer ojos ciegos a un adulterio -dijo Marina con tristeza—. Sé que mi Theo tenía una querida en algún lugar -añadió, insegura-, pero no vi motivo para dejarlo porque hubiera encontrado una mujer más joven y más sexy que yo.

Olivia la miró, asombrada.

¿No te importaba?

-Claro que sí. Pero lo quería.

Olivia se preguntó si aquél sería el motivo por el que Marina le había parecido siempre tan amargada.

-¿Eras mínimamente feliz? -preguntó con delicadeza, aún asombrada por las revelaciones que le estaba haciendo su suegra.

-No -admitió Marina-. Y confieso que probablemente también le hice infeliz a él con mis comentarios mordaces, cosa que sólo sirvió para que se alejara aún más de mí. Pero no podía evitarlo. Puede que incluso fuera yo la que lo impulsara a buscar refugio en los brazos de otra mujer. Era demasiado posesiva.

Siguiendo un impulso, Olivia abrazó comprensivamente a su suegra.

-Yo no habría podido hacer lo que hiciste -murmuró-. Eres mucho más fuerte que yo.

-O más testaruda -dijo Marina con un suspiro a la vez que se apartaba de Olivia. En un gesto casi maternal, la miró y apartó de su frente un mechón de pelo que colocó tras su oreja-. No quería que me apartara de su lado y simulé no saber la verdad. Al parecer Dimitri es como su padre. Debes decidir si vas a divorciarte de él o si vas a seguir casada ignorando sus ausencias.

Olivia miró a su suegra con expresión de impotencia.

-No puedo vivir sin él -admitió-. Pero tampoco podría vivir con él si no va a serme fiel. No soportaría estar en casa preguntándome si va a venir o con quién estará. Pero sin él tampoco me siento viva. ¡Oh, Marina! Debo encontrar las fuerzas necesarias para irme. Ayúdame, por favor...

-¡Ahí estáis! -ambas mujeres se sobresaltaron al oír la poderosa voz de Dimitri, que contempló con asombro la amistosa actitud que parecían mantener en aquellos momentos-. ¿Qué diablo está pasando?

La boca de Olivia se tensó en una dura línea.

-Yo estaba planeando un asesinato -espetó.

Dimitri no ocultó su desconcierto.

-Pero... pensaba que íbamos a salir juntos...

-¿Así que el plan sigue en pie? -preguntó Olivia con frialdad-. Suponía que tenías mejores cosas que hacer, u otras personas a las que ver.

Dimitri se puso tenso y lanzó una penetrante mirada a su madre. Olivia pensó que parecía sorprendido y avergonzado. Si necesitaba alguna prueba, aquello demostraba su culpabilidad.

-¡La llamada de teléfono, por supuesto! Siento haber tenido que dejarte -Dimitri sonrió con tal ternura que Olivia sintió que su corazón se ablandaba al instante. Pero la rabia que sentía en su mente comenzaba a resultar incontrolable-. Pero ya estoy aquí y tenemos todo el día por delante para nosotros. Elige dónde quieres ir y...

-No vamos a ningún sitio. Me voy de esta casa y de tu vida definitivamente -dijo Olivia en tono gélido.

La expresión de Dimitri se endureció al instante.

-¿Que te vas? Lo dudo mucho.

Marina murmuró algo y salió discretamente del salón.

-¿Quieres comprobarlo? -espetó Olivia.

Dimitri se cruzó de brazos amenazadoramente.

-¿Te importa explicarme a qué viene ese repentino cambio de opinión?

-Por supuesto. ¡Ya estoy cansada de que me utilices a tu antojo!

-No me extraña que estés cansada después de lo entusiasta que te mostraste anoche.

-Eso no tiene nada que ver. ¡Me gusta el sexo!

Dimitri entrecerró los ojos. Olivia acababa de reducir lo que él consideraba un día y una noche memorables a mera lujuria. Había sido un tonto al creer que Olivia lo amaba. Nunca lo había amado.

Pero no estaba dispuesto a permitir que ninguna mujer lo tratara con tal desprecio.

-No hace falta que me digas que te gusta el sexo. Eso ya lo he notado.

Olivia se ruborizó.

-Reacciono como lo hago contigo porque el sexo se te da muy bien. He oído que eso se consigue con la práctica continuada. Pero lo que hicimos anoche no significa que me gustes como persona, ni que acepte tu peculiar moralidad...

¿Qué te ha dicho mi madre? —Dimitri avanzó hasta detenerse a escasos centímetros de ella. Olivia había cambiado radicalmente de opinión y sólo podía haber un motivo-. Creía que le había alegrado

que volviéramos a estar juntos, pero... ¿Te ha ofrecido dinero para que te vayas?

Sin poder contenerse, Olivia lo abofeteó. Dimitri le sujetó la mano demasiado tarde y, por unos momentos, ella se sintió aterrorizada al ver el mortal brillo de sus ojos. Entonces él hizo algo totalmente desconcertante. La atrajo hacia sí, le hizo echar atrás la cabeza y la besó con dureza.

Olivia luchó contra él... y contra sí misma, pues no pudo contener la reacción de su cuerpo cuando Dimitri empezó a acariciarla posesivamente.

-Es evidente que me deseas -murmuró él entre dientes-. De acuerdo. Haremos un trato. ¿Cuánto tengo que ofrecerte para que te quedes?

-¡No puedes comprarme ni sobornarme! -espetó Olivia-. ¡No quiero tu dinero ni el de tu madre!

-Pues bien que has aceptado la pensión que te he estado enviando.

El rostro de Olivia manifestó un claro desconcierto.

-¿Qué pensión?

-La que ingresaba en la cuenta que teníamos juntos. ¿O era tan poco que sólo te servía para cambio? -preguntó Dimitri en tono sarcástico.

-Hace tiempo que no uso esa cuenta. Utilizo un banco distinto en... —Olivia se interrumpió porque no quería decirle dónde había estado durante aquellos tres años-. Si metiste dinero en nuestra vieja cuenta, allí seguirá. Probablemente tendrás montones de cartas esperándote en tu apartamento en Londres. ¿No has ido por allí últimamente?

-No. He evitado por todos los medios volver allí -murmuró Dimitri-. ¿Me estás diciendo que no has tocado ese dinero?

Olivia aplaudió con gesto irónico.

-Parece que lo has captado.

Dimitri frunció el ceño. . -Creía...

-Ya sé lo que crees -espetó ella-. Crees que adoro el dinero.

-¿Y no es así?

-No más que a cualquier otro. Claro que me gustaba la ropa buena, los restaurantes caros, viajar... Pero todo eso tenía precio.

-¿Cómo te las arreglaste para sobrevivir cuando te fuiste?

-Ya te lo dije. Con mis ingresos. No necesito que me mantenga ningún hombre. Y tampoco necesito que ni tú ni tu madre me sobornéis para tomar mis decisiones.

Claramente sorprendido, Dimitri se llevó una mano a la mejilla en que aún sentía la bofetada de Olivia.

-Al parecer, me la merecía -murmuró.

-¡Te merecías mucho más que eso!

Los ojos de Dimitri destellaron peligrosamente, pero asintió.

-Te pido disculpas. Sin embargo, eso no explica por qué estás empeñada en irte. Anoche parecías totalmente dispuesta a seguir divirtiéndote conmigo durante un periodo indefinido.

-Y ahora quiero irme a casa -murmuró Olivia.

-Lo que pretendes es sacarme más dinero, ¿verdad? Sí -dijo Dimitri cuando ella abrió la boca para protestar—. No has tocado el dinero que te he enviado estos años porque no sabías que estaba allí, y ahora lo que pretendes es que aumente la sustanciosa cantidad que ya ha aceptado tu abogado...

-¡No quiero tu dinero!

-¿En serio? En ese caso, llámalo y díselo.

-No sé qué hora es en...

-Excusas.

-¡De acuerdo! -rabiosa, Olivia descolgó el teléfono e hizo la llamada. En cuanto Paul descolgó le dio instrucciones para que no aceptara ni un penique de Dimitri.

-¿Te ha obligado a hacer esto? -preguntó el abogado, perplejo-. Si te ha seducido con el propósito de...

-Puede que sí o puede que no -espetó ella-. Ya me da igual. Sólo quiero verme libre de él lo antes posible. Por lo que a mí se refiere, todo lo que lleve el sello Angelaki está contaminado y resulta venenoso -cuando colgó el teléfono le temblaban las manos-. ¿Satisfecho? -dijo mientras se volvía hacia Dimitri-. Ya no puedes acusarme de que me casé contigo por tu dinero ni de que quiero divorciarme ahora por el mismo motivo.

-Entonces, ¿por qué te casaste conmigo? -preguntó él, enfadado.

¡Sí tú no lo sabes, yo no pienso decírtelo!

Dimitri se quedó muy quieto mientras la miraba a los ojos.

-¿Por amor?

La ternura con que pronunció aquella palabra hizo que Olivia sintiera que su corazón estaba a punto de romperse.

-Por amor -asintió con profunda tristeza-. Es terrible cuando el amor muere.

De manera que era eso, pensó Dimitri. Olivia lo había amado en otra época, tal vez al principio de su relación. Mientras estuvieron casados la notó extrañamente inquieta pero, desde que huyó, el paso del tiempo debía haber apagado por completo sus sentimientos por él. Al menos ya sabía la verdad y podía actuar en consecuencia. Pensaba ocuparse de que Olivia lamentara haberle dado la impresión de que su amor había renacido.

-Así no vamos a llegar a ningún lado -dijo en tono cortante-. El hecho es que no puedes irte porque de lo contrario estarías rompiendo tu promesa.

Olivia lo miró sin ocultar su desprecio.

-¡No prometí quedarme a vivir aquí!

-No, pero aceptaste que simularías estar enamorada de mí hasta que Eleni renunciara a ser la próxima señora de Angelaki, y los amantes no viven en casas separadas si están casados y están rehaciendo su relación.

Olivia trató de ignorar las náuseas que empezaba a sentir. La actitud de Dimitri resultaba implacable e intimidante. ¿Cómo podía pretender que se quedara y se acostara con él mientras ella se moría por dentro?

-¡No puedes obligarme a eso! --exclamó, consternada.

-Puedo y lo haré. Hiciste una promesa y pienso ocuparme de que la cumplas.

-¡No puedo soportar estar cerca de ti!

Dimitri apoyó las manos en los hombros de Olivia como si tuviera intención de reducir a polvo sus huesos.

-Si quieres librarte alguna vez de esta farsa de matrimonio, sólo lo conseguirás cumpliendo tu promesa.

-No puedo seguir simulando. Me enferma la mera idea de que vuelvas a tocarme...

-En ese caso, debo felicitarte por tu interpretación hasta la fecha. Casi me habías convencido de que disfrutabas de cada momento.

-Suéltame -dijo Olivia, ya sin apenas energía.

-No. No vas a librarte de mí así como así.

—Por favor, Dimitri...

-Nada me gustaría más que ver cómo te vas -espetó él-, pero tienes un trabajo que hacer. Pero voy a facilitarte las cosas. Seguirás viviendo aquí y saldremos a menudo juntos y volveremos a casa juntos. Este lugar es un semillero de cotilleos y Eleni averiguará muy pronto que raramente nos separamos...

-No pienso pasar todo el día contigo...

Harás lo que yo diga. Por las noches...

-¡No pienso dormir contigo!

-No recuerdo que nos hayamos dedicado precisamente a dormir -dijo Dimitri con ironía-, pero estoy de acuerdo. Dormirás en mi cuarto para mantener las apariencias y yo iré a dormir a otro sitio.

-¿A qué sitio? -preguntó Olivia, que no pudo evitar pensar en Athena.

-¿Qué más da? -replicó Dimitri, impaciente-. Hazlo y me ocuparé

de que mis abogados trabajen a marchas forzadas. Pronto te verás libre de mí. Y yo de ti, por supuesto.

Si no hubiera dado su palabra... Olivia tuvo que reconocer que Dimitri la tenía atrapada en una situación imposible.

-No tengo otra elección -murmuró, y salió corriendo del salón para no romper a llorar delante de él.

Capítulo 9

EL BARCO se alejó de la costa en que Olivia había encontrado y perdido su felicidad en dos ocasiones.

El contraste entre cómo se sentía en aquellos momentos y cómo se había sentido el día anterior era demasiado doloroso como para pararse a pensar en ello.

Dimitri detuvo el motor cuando llegaron a una de las playas en las que tanto habían disfrutado en el pasado. Con un estremecimiento, Olivia vio cómo saltaba al agua.

-Toma mi mano -ordenó Dimitri.

-No.

Decidida a ser totalmente independiente, Olivia se levantó y se dispuso a saltar del barco sin ayuda.

-Eleni puede vernos desde la casa -dijo él secamente-. Toma mi mano.

Olivia obedeció de tan mala gana que cuando saltó ambos perdieron el equilibrio y acabaron en el agua. Dimitri la sujetó con firmeza. Con demasiada firmeza.

Por un instante, Olivia estuvo a punto de besarlo. ¿Cómo podían engañarla sus instintos de aquella manera?

Pero Dimitri no se lo pensó dos veces. Se puso en pie sin soltarla, la besó con dureza y enseguida se apartó.

-Eso bastará -murmuró.

Olivia se encaminó hacia la orilla y se concentró en escurrir su pelo. No sabía qué tenía planeado Dimitri, pero de pronto supo que no iba a poder pasar el día allí con él, a la vista de la casa. No pararía de exigirle que se comportaran como amantes y ella no estaba en condiciones de hacerlo.

-Me niego a pasarme el día sentada en la playa mientras representas tu papel de amante esposo para la pobre Eleni. No soy un objeto que puedas dedicarte a exhibir. ¡Y no quiero que me manosees más que lo estrictamente necesario! Así que haz el favor de llevarme a otro sitio.

Dimitri masculló una maldición.

-¿A dónde quieres ir?

-No sé. Cualquier sitio me va a parecer el infierno -espetó Olivia-. Pero ya que parece que tenemos que estar juntos, preferiría ir a las montañas. Así podré sentarme en la ladera contraria a la que ocupes tú.

-Tienes razón -dijo Dimitri, sorprendiéndola-. Yo también preferiría no tener que tocarte. Lo mejor será que volvamos a casa, nos

cambiemos y busquemos otro lugar al que ir.

El trayecto de regreso tuvo lugar en medio de un terrible silencio. Cuando desembarcaron, sin ocultar su malhumor, Dimitri dijo:

-Mírame.

-No -replicó Olivia.

Sin darle tiempo a reaccionar, él la tomó por los brazos y la miró a los ojos.

-Lo único que tienes que hacer es dejar que te tome por la cintura y apoyar la cabeza en mi hombro mientras caminamos hacia la casa. Si crees que estoy disfrutando de esto más que tú te equivocas. Por fin he descubierto lo que realmente eres. Una mujerzuela con el corazón de hielo que sólo busca satisfacer sus egoístas necesidades.

-Y tú eres un machista además de un miserable fanfarrón que desconoce por completo lo que es el amor o la decencia —replicó Olivia sin ocultar su desprecio-. Además empiezo a pensar que en el fondo odias a las mujeres, porque sólo sabes traicionarlas y hacerlas sufrir.

Dimitri se limitó a rodearla con un brazo por la cintura mientras subían hacia la casa desde el puerto.

Cuando llegaron, Olivia comprobó con alivio que Eleni no andaba por allí. Cuando Dimitri preguntó, le dijeron que había salido hacía un rato con un joven que había ido a buscarla en un coche deportivo. Parecía que la treta estaba funcionando y Olivia rogó para que así fuera.

Tras cambiarse de ropa se reunió con Dimitri en la entrada del garaje.

-¿Consideras necesario que volvamos a salir? -preguntó altivamente.

-De lo contrario no saldríamos. Preferiría encerrarme en mi despacho a revisar el correo -replicó Dimitri—. Pero estoy dispuesto a hacerlo para librarme de ti cuanto antes. Y ahora entra en el coche.

Una vez en marcha, Olivia lo miró de reojo. La granítica expresión de Dimitri le hizo comprender que la hostilidad que había entre ellos había alcanzado proporciones épicas.

Miró con tristeza por la ventanilla, sin apenas fijarse en el paisaje. Le dolía la cabeza a causa de la tensión que estaba teniendo que soportar. Si aquella horrenda situación se prolongaba iba a enfermar.

-¿A dónde vamos? -murmuró.

-No tengo ni idea.

-Pues busca rápidamente algún lugar en que parar -dijo Olivia en tono imperativo-. No quiero pasarme el día metida en el coche contigo.

-Sólo estoy matando el tiempo. Si se te ocurre algo, dímelo —replicó Dimitri en tono sarcástico.

-Me basta con cualquier colina, mientras tú te sientes en un lado y yo en el otro.

Dimitri encendió la radio. Los suaves acordes de una triste canción de amor resonaron en el coche. Olivia tuvo que cerrar los ojos con fuerza para contener las lágrimas. Incapaz de contener sus emociones, apagó la radio y se dejó caer contra el respaldo del asiento, desolada.

Dimitri la miró de reojo y lamentó haberlo hecho. Las pestañas de Olivia estaban húmedas a causa de las lágrimas, al igual que su mejilla. No entendía por qué la afectaba tanto su aflicción, pero así era. Quería tomarla en sus brazos y tranquilizarla, decirle que todo iría bien... cuando en realidad sabía que faltaban pocos días para que se separaran para siempre.

¿Y su venganza? Pretendía lograr que Olivia dependiera de él, que llegara a rogarle que la amara. Luego pensaba rechazarla para que supiera de primera mano lo que suponía el sufrimiento de ser abandonado. Pero no podía hacerlo. Sus sentimientos y emociones eran demasiado confusos, demasiado intensos. Olivia lo estaba destruyendo lentamente. Todos sus instintos le decían que debía interrumpir cuanto antes aquella farsa.

-Olivia... -dijo con voz ronca.

Ella volvió la cabeza hacia el otro lado. Dimitri calculó rápidamente dónde estaban y giró con el coche en la siguiente curva. Debían buscar una estrategia para acabar con aquello de la manera más rápida y menos dolorosa posible.

Parecía que Eleni estaba empezando a perder la obsesión por él y estaba seguro de que pronto dejaría de ser un problema.

Eso significaba que podía arriesgarse a que Olivia tomara un avión para irse aquella misma tarde. Al pensar aquello, su corazón se contrajo violentamente en su pecho a la vez que su cabeza parecía estallar. Frenó en seco y una nube de polvo rodeó el coche.

-¿Qué pasa? -gritó Olivia a la vez que se llevaba una mano al pecho-. ¿Qué diablos haces? ¿Por qué has frenado así?

Dimitri se volvió hacia ella, aturdido por sus sentimientos. Enfadada, con sus grandes ojos azules fijos en él, Olivia estaba preciosa. Instintivamente, alzó una mano para acariciarla.

-¡Mantén tus manos alejadas de mí! -exclamó ella a la vez que se la apartaba de un manotazo-. ¿A qué ha venido ese frenazo en seco?

Su boca delicada y sensual estaba hecha para ser besada... Dimitri notó cómo aumentaba el calor entre sus piernas y apartó la mirada. Necesitaba pensar, hablar con ella... convencerla.

El riesgo que iba a correr su orgullo era incalculable, pero si no lo hacía nunca se perdonaría a sí mismo.

—Lo siento -dijo, nervioso—, pero he tenido una idea.

-Espero que implique una separación inminente.

A continuación, Olivia masculló una maldición y se cruzó de brazos mientras esperaba a que Dimitri siguiera conduciendo.

Él necesitó unos momentos para despejar su mente antes de arrancar el coche, aunque volvió a detenerlo donde terminaba el sendero.

-Creo que deberíamos hablar -dijo con calma.

-Ah, ¿sí? En primer lugar no me fío de ti -replicó Olivia-. En segundo lugar, ya es un poco tarde. Y, en tercer lugar, no tengo nada que decir.

-Pero yo sí, y creo que te voy a sorprender.

Una rápida mirada a su rostro reveló lo que Olivia había temido al escuchar su tono seductor.

-Quédate ahí sentado y sorpréndete a ti mismo -dijo a la vez que abría la puerta del coche-. Yo voy a caminar. Sola.

El movimiento del cuerpo de Olivia mientras se alejaba hizo que Dimitri dejara de respirar por unos momentos. Su actitud era orgullosa, con su bella cabeza ligeramente alzada sobre su esbelto cuello. El movimiento de sus brazos y piernas resultaba casi infantil en su enfado, algo que hizo que el corazón de Dimitri se encogiera mientras la miraba.

No había mujer como Olivia. Aturdido, contempló su melena rubia agitada por la brisa y se dispuso a utilizar todas las armas que tenía a su alcance para persuadirla de que se quedara.

Cuando llegó a lo alto de una pequeña colina Olivia se encontró contemplando un pequeño teatro circular griego, parecido al de Epidauros pero más pequeño. No estaba tan bien conservado y la hierba crecía libremente por todas partes, aunque la parte central seguía intacta.

Su corazón dio un vuelco. Iba a echar mucho de menos todo aquello. Probablemente, en un día o dos estaría de regreso en Londres, lejos de allí, lejos de Dimitri…

El dolor que sintió en el corazón la dejó sin aliento y tuvo que sentarse. Todo había sido tan perfecto… Dimitri, el amor que había creído compartir con él, aquel maravilloso e intenso cielo azul, las fabulosas vistas, la increíble historia del lugar…

-Quiero que me escuches, Olivia.

Ella parpadeó y volvió la mirada hacia Dimitri, que se hallaba en la pista del teatro, igual que él día que fueron a Epidauros y le dijo

que la amaba… poco antes de que ella lo descubriera con Athena.

Miró con frialdad su morena cabeza. No podía decir nada que la afectara. Ya no.

-Da lo mismo que no me ames -dijo Dimitri con el rostro alzado hacia ella. Olivia se puso tensa. Parecía que le estaba rogando—. El hecho es que… -suspiró a la vez que abría los brazos en un gesto de impotencia-… no voy a poder soportar que te vayas.

¡Mentiroso! Olivia volvió la cabeza, tensa. ¿Qué pretendía? ¿Acaso necesitaba media hora de sexo? Le habría gustado dejarlo plantado allí, hablando solo, pero de pronto se sintió agotada. Que dijera lo que quisiera. No iba a suponer ninguna diferencia.

-… y cuando he comprendido que en un día o dos te habrás ido…

«Qué listo», pensó Olivia, que volvió a mirarlo para ver su expresión. Se fijó con desprecio en la inclinación de su cabeza, en su voz, extrañamente indecisa. Habría sido un gran actor. De no conocerlo como lo conocía, casi la habría convencido con su tristeza.

Le dejó continuar para comprobar hasta dónde estaba dispuesto a llegar con su farsa.

-Es cierto, Olivia. No puedo vivir sin ti. Haz lo que quieras y vive donde quieras, pero que no sea demasiado lejos, por favor. Deja que te vea de vez en cuando, deja que te demuestre que… -el pecho de Dimitri subió y bajó compulsivamente-. Te amo más profundamente de lo que jamás habría imaginado que se pudiera amar, Olivia. Deja que te ame, que te cuide -cuando se arrodilló en el suelo ella se quedó mirándolo como hipnotizada-. Te quiero con cada célula de mi cuerpo, con cada aliento, con cada pensamiento que cruza mi cabeza. Quiero que seas la madre de mis hijos…

Incapaz de soportarlo más, Olivia se puso en pie de un salto y se encaminó de vuelta al coche. Ya era demasiado tarde, pensó con tristeza. Dimitri estaba haciendo su declaración en el momento equivocado, y le dolía que le estuviera declarando su amor, que tuviera el descaro de ofrecerle la oportunidad de ser la madre de sus hijos.

Sin apenas fijarse por donde iba, tropezó con tan mala fortuna que acabó en el suelo y se dio un golpe en la cabeza. Dimitri apareció al instante a su lado y la tomó entre sus brazos.

¡Suéltame! -protestó ella a la vez que lo empujaba.

-Estás herida -Dimitri pasó una dedo por su frente y ella dio un respingo, pero olvidó de inmediato su dolor al fijarse en su expresión. ¿Por qué parecía tan desolado? No tenía sentido-. ¿Te duele algo más?

«El corazón», pensó Olivia, pero tuvo que morderse el labio para reprimir un sollozo de autocompasión.

-Quiero volver -murmuró-. No puedo seguir así. He alcanzado mi límite.

-Por supuesto -Dimitri tragó con esfuerzo y la miró como si el mundo estuviera a punto de llegar a su fin-. Te amo, Olivia -añadió roncamente.

Ella volvió la cabeza y miró a lo lejos sin decir nada. Al cabo de un momento, Dimitri la ayudó a levantarse.

—Hay un botiquín de primeros auxilios en el coche -dijo.

Olivia se apartó de él y se encaminó hacia el coche.

Cuando Dimitri se acercó a donde se había sentado con el botiquín en el regazo, lo ignoró y siguió dándose crema de caléndula en la frente. El silencio oprimió su pecho como si le hubieran puesto un gran peso encima. Alzó brevemente la mirada para ver por qué seguía allí Dimitri, mirándola sin decir nada, y se quedó sin aliento.

Su rostro parecía muerto. La vitalidad y el dinamismo que solía haber en él se habían esfumado por completo. El brillo había desaparecido de sus ojos negros, que parecían totalmente apagados. Su boca se había transformado en una alicaída línea.

-Tú conduces -murmuró Dimitri.

Olivia parpadeó mientras él ocupaba el asiento de pasajeros. Luego se levantó, totalmente desconcertada. No entendía a qué venía aquella repentina transformación... a menos que se debiera a que Dimitri hubiera llegado a la conclusión de que su matrimonio con Eleni era ya inevitable.

Hasta que llegaron de vuelta a la mansión no volvieron a hablar.

-Voy a reservarte un vuelo para que regreses a Inglaterra esta misma tarde -dijo él cuando Olivia detuvo el coche—. Mi avión está en París, así que tendrás que regresar en un vuelo comercial.

—Bien —entumecida a causa de la tristeza, Olivia bajó del coche. Para su sorpresa, Dimitri ocupó de inmediato el lugar tras el volante-. ¿A dónde vas?

-No creo que eso sea asunto tuyo —replicó él, y a continuación pisó el acelerador a fondo.

Consternada, Olivia contempló cómo se alejaba. Y en un momento de inspiración supo a dónde se dirigía. Iba a ver a Athena, la madre de su hijo, que había permanecido a su lado todos aquellos años.

Su expresión se volvió dura como el granito. Buscó en su bolso las llaves del coche que le había ofrecido Dimitri al llegar y se encaminó con paso firme hacia el garaje.

Mientras le mentía diciéndole que la amaba, Dimitri no había tenido la más mínima intención de dejar a Athena.

Pero le esperaba toda una sorpresa, porque pensaba enfrentarse a

él en casa de su amante para obligarle a reconocer que todo lo que había dicho no había sido más que una sarta de mentiras.



Capítulo 10

ATHENA acarició la frente de Dimitri, pero el ceño de éste siguió fruncido. Su dolor era demasiado profundo, inalcanzable.

Cuando había llegado, tambaleándose casi como un borracho a causa del torbellino que tenía en la cabeza, se había visto por un momento en el espejo y había entendido la expresión de consternación de Athena al verlo. El amor y Olivia eran los causantes de su estado.

En aquellos momentos, tras haber consumido dos vasos de vino con intención de sosegarse un poco, estaba sentado a los pies de Athena en el jardín, mientras el pequeño Theo jugaba feliz con unos cochecitos.

Cálida y cariñosa como siempre, Athena no hizo preguntas y esperó a que él hablara. Pero Dimitri no sabía por dónde empezar. Su futuro parecía totalmente sombrío y deprimente. Habría sido capaz de hacer cualquier cosa por Olivia, de darle lo que quisiera... Pero ella lo había rechazado.

Angustiado, apoyó la cabeza sobre las rodillas de Athena y cerró los ojos. Ella apoyó una mano en su rostro para acariciarlo, pero de pronto de quedó bruscamente quieta.

Cuando Dimitri alzó la cabeza vio con asombro que Olivia se encaminaba hacia ellos. Parpadeó, pensando que debía tratarse de una alucinación, porque Olivia no podía saber dónde vivía Athena. Pero no había duda de que era ella la que avanzaba hacia él con el rostro rojo de ira.

-¡Qué bonita escena! -exclamó en tono desdeñoso-. ¡Seguro que a ella también le dices que la quieres!

-Sí -fue todo lo que logró decir él.

-¡Vives en un mundo de fantasía, Dimitri! Pareces creer realmente que mientras estás con una mujer la amas , pero cuando cinco minutos después te vas con otra también crees amarla. ¡No es normal! -espetó-. O sabes muy bien lo que haces, en cuyo caso eres el ser más despreciable que hay sobre la tierra, o no, en cuyo caso lo que necesitas es un psiquiatra...

-No necesito ningún psiquiatra -murmuró él-. Te quiero. Es así de sencillo.

Olivia pareció conmocionada. Miró a Athena y otra vez a Dimitri.

-¿Eres capaz de decir eso delante de ella? ¡No puedo creer que las mujeres griegas acepten la infidelidad tan fácilmente!

-No la aceptamos -dijo Athena-. ¿Qué tratas de decir, Olivia?

Los ojos de Olivia se llenaron de lágrimas ante la delicadeza del tono Athena.

-¡Lo amaba! -sollozó—. ¡Él lo era todo para mí! Y cuando volví a verlo tras tres años de separación supe que eso no cambiaría nunca. Luego, sin dejar de simular que me quería, me ha mentido y me ha engañado descaradamente. ¡Me odio por llorar a causa de un canalla como él! -añadió a la vez que miraba a Dimitri-. ¡Me has roto el corazón! Espero que alguna mujer te haga alguna vez el daño que me has hecho tú...

Cuando rompió a llorar de un modo inconsolable, Athena se levantó rápidamente y la acompañó al interior de la casa mientras hacía señas con una mano para que Dimitri se quedara donde estaba.

-Este es el baño -dijo con delicadeza mientras señalaba la puerta-. Refréscate un poco para que podamos hablar. Dimitri no es la clase de hombre que crees...

-¡Más vale que te quites la venda de los ojos! ¡Seguro que te ha tomado el pelo como a mí!

Mientras abría el grifo, Olivia miró a Athena en el espejo. Era mayor de lo que parecía de lejos. Debía tener unos cuarenta y cinco años, y ya asomaban algunas canas en sus sienes. Probablemente era buena en la cama, pensó con amargura mientras se lavaba la cara.

Cuando se estaba secando vio en el reflejo del espejo una foto de Athena con Dimitri. No, no era Dimitri...

Giró en redondo y se acercó a la foto. El que aparecía en ella con Athena era Theo, el padre de Dimitri, y ambos se miraban con mutua adoración. Miró rápidamente a su alrededor. En una estantería había otra foto de Theo, que miraba a la cámara con la típica expresión de arrobo de un enamorado.

Cuando salió del baño tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para poder tragar. Había fotos por todos lados. De Theo en la playa, riendo. De Theo en su barco. De Theo...

Asombrada, se volvió hacia Athena.

-¿El padre de Dimitri? -susurró sin apenas voz.

Athena sonrió y acarició una de las fotos.

-Mi querido Theo -dijo con suavidad.

Aquello fue demasiado para Olivia. Salió al jardín y se encaró con Dimitri, que la miró con expresión de cautela.

-¿De quién es el niño? -preguntó.

Él frunció el ceño.

-No puedo decírtelo.

-Pero yo sí -dijo Athena-. Es el hijo de Theo. Pero Marina no debe enterarse. No queremos que sufra. Espero que no le cuentes nuestro secreto. Sería demasiado cruel.

Conmocionada, Olivia tuvo que esforzarse para mantenerse en pie.

Al parecer, la falta de ética de Dimitri no conocía límites.

-¡No os creo! -espetó-. ¿Acaso es una tradición griega heredar la querida del padre?

Dimitri parpadeó. Despacio, muy despacio, una sonrisa distendió su rostro y, de pronto, Athena y él rompieron a reír como si aquello fuera lo más gracioso que habían escuchado en su vida.

Olivia no tuvo más remedio que sentarse, desolada. ¿Cómo se atrevían a reírse de ella de aquel modo?

Al ver su expresión, Dimitri dejó de reír.

-Athena no es mi querida. Jamás hemos sido amantes...

-Os vi -murmuró Olivia-. Athena estaba a punto de dar a luz y tú la acompañabas al coche...

-¡Así que fue eso! -exclamó Dimitri de pronto-. ¿Cómo nos encontraste? -añadió con el ceño fruncido.

-Me trajo tu madre -contestó Olivia, tensa.

-¿Mi... madre? -Dimitri y Athena se miraron, consternados.

-Sí —Olivia los miró con gesto desafiante-. Se dedicó a decirme que tenías una querida desde el día que la conocí pero no le hice caso. Finalmente, tus misteriosas llamadas de teléfono me hicieron sospechar y ella se ofreció a guiarme hasta la casa de tu querida.

-¿Y eso sucedió el día que te fuiste? —preguntó Dimitri.

-¡Por supuesto! -exclamó Olivia a la vez que daba un puñetazo sobre el muro bajo en el que se hallaba sentada. Hizo una mueca de dolor y Dimitri prácticamente saltó para tomarla de la mano, pero la fulminante mirada que le dedicó ella hizo que se detuviera en seco.

-¿Por qué no me dijiste lo que habías visto? -preguntó con delicadeza—. Podría haberte explicado...

-¡Pero no te habría creído! Vi lo cariñoso que te mostrabas con Athena y para mí fue obvio que era la madre de tu hijo... Oh -Olivia ya se sentía totalmente confundida-. Pero es el hijo de Theo... No entiendo nada...

-Te aseguro que es el hijo de Theo -dijo Athena-. Jamás he querido a otro hombre en mi vida. ¿Por qué no resolvéis esto en privado? -sugirió mientras el pequeño Theo corría a abrazarse a sus rodillas con expresión ansiosa.

Olivia se llevó una mano a la boca a la vez que se levantaba.

-¡Lo siento! Lo último que querría sería disgustar al niño...

Olivia le dedicó una cálida sonrisa.

-No te preocupes. Yo me ocupo de él ahora. Vosotros marchaos. Y explícaselo todo, Dimitri. Y me refiero a todo -añadió antes de besarlo en la mejilla.

Dimitri le devolvió el beso y luego se volvió hacia Olivia.

-¿Puedes concederme una hora para tratar de aclarar las cosas? -preguntó, sin apenas atreverse a respirar.

Cuando ella asintió, se sintió como un hombre al que acabaran de conmutar la cadena perpetua.

Con el corazón en un puño, condujo hasta el templo dedicado a Afrodita, donde se sentaron sobre la base de una columna caída.

-Empezaré hablándote de Athena. Es del mismo pueblo que mi padre -dijo Dimitri cuando Olivia lo miró con gesto interrogante-. Mi padre nunca dejó de ser un hombre sencillo que amaba la tierra y que se sentía feliz con su gente y sus viejos amigos.

-Hizo mal amando a Athena -dijo Olivia-. Estaba casado.

Dimitri suspiró.

-Papá se casó con mamá sólo porque sentía que debía hacerlo.

-¿Qué quieres decir?

-Cuando empezaron a salir juntos ella lo adoraba, pero era demasiado posesiva y, al darse cuenta de que no la amaba, mi padre decidió romper la relación. Bebió más de lo debido para darse valor y, sabiendo lo que se proponía, mi madre lo sedujo. Cuando mi padre comenzó a cortejar a Athena, mamá le dijo que estaba embarazada. Papá era un hombre de honor y se casó con ella.

-De manera que Marina consiguió lo que quería -dijo Olivia.

-Pero sabiendo que había arruinado la vida de mi padre.

Olivia suspiró.

-Qué triste.

-Pagó por ello -dijo Dimitri con expresión compasiva-. Al principio volcó su amor en mí, pero aquello no bastó. Mi padre nunca dejó de amar a Athena. Cuando su matrimonio se volvió insoportable, acudió a ella en busca de consuelo. Se adoraban mutuamente y fueron felices. Ya la has visto, Olivia. Athena tiene el rostro de una persona cálida y encantadora que se vio involuntariamente atrapada en la vida de un hombre casado. Jamás le pidió a mi padre que se divorciara. Se conformaba con las cosas tal y como eran, y cuando mi padre murió yo me hice cargo de su seguridad.

Olivia lo miró atentamente mientras trataba de desenmarañar la historia.

-El día que fuimos a Epidauros y me dijiste que me amabas cuando estábamos en el teatro, recibiste varias llamadas misteriosas...

Dimitri asintió.

-Athena había acudido al hospital con dolores de parto. Resultaron ser falsos y bromeé con ella diciendo que era la reina del drama. Pero al día siguiente, cuando nos viste juntos, fueron muy reales. Aquel día nació el pequeño Theo -sonrió orgulloso al pensar en su hermanastro-.

Athena estaba sola y había perdido al hombre al que amaba más que a nada en el mundo. Necesitaba mi apoyo...

-Por supuesto -interrumpió Olivia-. ¿Pero por qué no me lo contaste?

-Le había prometido a Athena que no se lo diría a nadie. Mi madre me acusó en una ocasión de ser el amante de Athena; ella sabía dónde vivía y creo que un día vio mi coche en su puerta. Yo no pude decir nada. No quería hacer daño a mi madre, que ya era muy infeliz. Creo que cuando te conoció y vio lo feliz que eras conmigo se sintió muy celosa. Envidiaba la intensidad de nuestro amor. Pero ahora que vuelve a ser amada su amargura ha desaparecido.

Al ver lo apesadumbrada que parecía Olivia la tomó de la mano y notó que estaba temblando.

-¿Me estás diciendo que te dejé porque estabas siendo amable y cariñoso con la amante de tu padre? -preguntó, consternada. Pero cuando miró a Dimitri éste supo que sus dudas habían regresado-. No sé si atreverme a creerte. Dijiste... ¡dijiste que nuestro matrimonio estaba basado en el sexo y que eso era todo!

-Cuando dije eso estaba hablando de ti. Había llegado a la conclusión de que eso era lo único que sentías...

-¡Eso no es cierto! —protestó Olivia, indignada-. ¡Siempre te he amado!

-Quiero la verdad, Olivia. Basta de mentiras y simulaciones. ¿Acaso has olvidado tu nota de despedida? En ella decías que cuando ya no había amor en un matrimonio no merecía la pena seguir. No puedes negar esas palabras. Quedaron grabadas a fuego lento en mi corazón.

Dimitri no se atrevió a creer la ternura que captó en la mirada de Olivia cuando contestó.

—No me refería a «mi» amor cuando escribí esa nota, sino al tuyo, Dimitri. En aquellos momentos me pareció que su significado era evidente, pero ahora comprendo que no era así. Creía que amabas a Athena, no a mí. No podía confiar en ti, y eso hizo que mi vida se convirtiera en un tormento.

-Pero te equivocaste al dudar de mí.

-¡Deseo tanto que eso sea cierto! ¡Me niego a compartir el hombre al que amo! Debes creerme, Dimitri. Pase lo que pase entre nosotros, decidamos lo que decidamos, hay algo totalmente cierto y que debes saber. Te quiero con todo mi corazón. ¿Acaso no lo sabes? ¿Acaso no se nota?

Dimitri dudó.

—Quiero creerte. Más de lo que puedas imaginar -murmuró-. Pero cuando vivíamos juntos parecías tan distante en ocasiones... Cuando

volvía de algún viaje el sexo siempre era fantástico, pero parecías demasiado callada, casi reticente...

-Me sentía sola —replicó Olivia, seria-. Lo único que podía hacer era pasear e ir de compras. Parecía que el único propósito de mi vida consistía en ser tu esposa y, por bonita que fuera esa idea, no me bastaba.

Dimitri la rodeó con un brazo por la cintura.

-Lo siento. Pensaba que disfrutarías con tu vida de lujo...

-No si no podía disfrutarla contigo -Olivia suspiró-. Necesito mantener mi cabeza activa y tu madre no dejaba de contarme historias sobre lo que podías estar haciendo. Aunque nunca hayas querido creerlo, alimentó mis sospechas todo lo que pudo.

-Lo siento. Mi madre siempre te trataba bien cuando yo estaba delante y no podía imaginar lo que estaba pasando. Pero debes creerme cuando te digo que no ha habido otros amores en mi vida. Comía, dormía y soñaba contigo. Nunca he dejado de amarte, ni siquiera cuando te fuiste y te deseé el infierno. Cuando volví a verte apenas podía creer el anhelo que se apoderó de mi amargado corazón. Quise arrojar a tu abogado a los tiburones simplemente por que estaba contigo...

-Para mí no ha habido nadie después de ti -dijo Olivia a la vez que acariciaba con ternura la mejilla de Dimitri-. Ni nunca lo habrá -se mordió el labio-. ¿Y tú? Mencionaste a algunas mujeres...

-Sí, yo salí con otras mujeres. Hice el amor con tres, una vez con cada una, y fue un completo desastre. Siempre acababas apareciendo tú en mi mente, tentándome con tu seductora mirada, suspirando como sólo tú sabes hacerlo -Dimitri ciñó con más fuerza la cintura de Olivia-. Supongo que también fue una manera de mantener a raya a Eleni, aunque a ella le dije lo que sentía por ti, que estaba obsesionado, que era adicto a ti-

-¿Y no le dijiste que me amabas?

-Ni siquiera podía admitirlo ante mí mismo. Sabía que ya no podía tenerte y que debía resignarme. Reconocer mi amor por ti me habría destrozado.

Olivia apoyó la cabeza contra el hombro de Dimitri.

-Apenas sabía lo que estaba haciendo cuando me fui -confesó-. Piensa en lo que había visto, Dimitri, en las medias verdades con las que no dejaba de obsequiarme tu madre. Hacía tiempo que me sentía muy insegura respecto a tu amor, y verte con Athena sólo sirvió para confirmar mis peores temores.

-Y yo hice demasiado el tonto. No debería haberte dejado sola tanto tiempo. Trataba de seguir trabajando como antes de casarme e

imaginaba que te sentías feliz gracias a la vida de lujos que podías permitirte.

-Yo sentía que ya no formaba parte de tu vida. Cuando te vi con Athena sentí una necesidad imperiosa de regresar junto a las personas que conocía y que me querían, junto a mis amigos. Necesitaba pensar y no podía hacerlo en la opresiva atmósfera que reinaba aquí. Tú estabas en Tokio, tu madre estaba deseando librarse de mí y... Lo cierto es que pensaba que tratarías de mentirme si te hacía enfrentarte a lo que había visto y que me sentiría tan desesperada por encontrar una salida a la situación que caería en la tentación de simular que en realidad no tenías una amante y un hijo. Soy tan débil en todo lo referente a ti...

-Pero yo habría podido hacerte ver la verdad -dijo Dimitri con tristeza-. Te habría enseñado las fotos de Athena y Theo y habría borrado todas tus dudas.

-Lo sé -Olivia agachó la cabeza-. A veces no soy nada racional en lo que a ti se refiere.

Dimitri le estrechó la cintura comprensivamente.

-Lo sé. A mí me sucede lo mismo contigo.

Olivia tragó con esfuerzo.

-¿Y dónde nos deja todo esto?

-¿Confías en mí ahora? —preguntó Dimitri, y ella asintió-. Estoy totalmente comprometido contigo y siempre lo he estado. Lamento mis prolongados viajes de negocios sin ti. Ahora sé cuánto te necesito y, o me acompañas a mis viajes... o tendré que aprender a delegar más en otros —apoyó una mano bajo la barbilla de Olivia y le hizo volver el rostro para que lo mirara-. Te amo y tú me correspondes, y quiero que pasemos el resto de nuestra vida juntos. Pero nunca volveremos a guardar silencio respecto a nuestras dudas y preocupaciones. Aunque no creo que vaya a haber más en el futuro.

La sonrisa que iluminó el rostro de Olivia reveló tal felicidad que Dimitri fue incapaz de contenerse y la besó con toda la pasión de que era capaz.

Un rato después, cuando por fin se apartaron unos centímetros el uno del otro, Olivia susurró:

-¿Y Eleni?

-Encontrará a algún otro, seguro. Seremos amables con ella. Organizaremos una fiesta e invitaremos a un montón de jóvenes para que la adoren.

-¿Y tu madre?

-Ahora está feliz con Nikos, y yo me alegro por ella. Creo que pronto volverá a ser la mujer que recuerdo de niño -dijo Dimitri,

satisfecho—. Seguro que el amor hará que aflore lo mejor que lleva dentro. En cuanto a ti, habrá que buscarte alguna ocupación para que…

Olivia sonrió a la vez que apoyaba una mano sobre el pecho de Dimitri.

—Creo que la maternidad podría tenerme realmente ocupada.

-Oh, querida -murmuró él a la vez que la estrechaba entre sus brazos-. Pero antes nos tomaremos un año libre. Me acompañarás a todas partes. Serás mi secretaria personal. Después podremos tener hijos. De momento -añadió mientras comenzaba a bajarle la cremallera del vestido-, nos dedicaremos a mejorar nuestra técnica.

Olivia sonrió, se puso en pie y dejó que el vestido se deslizara hasta el suelo. Dimitri gimió y la tomó por la cintura para estrecharla contra sí. Ella acarició amorosamente su oscura cabellera. Niños, pensó, feliz. Niños preciosos, de ojos oscuros y pelo negro…

-Ámame -susurró, abrumada por tanta felicidad-. Sólo ámame durante el resto de nuestras vidas, como voy a hacer yo, Dimitri.

Epílogo

¡TODO el mundo en la playa debe pensar que estamos locos! -Olivia rió, totalmente colorada a causa del esfuerzo.

—Calla y salta, mujer —murmuró Dimitri, con la mirada puesta en la línea de llegada.

Pero Olivia estaba riendo demasiado. Sus tobillos estaban unidos por una corbata atada en torno a ellos mientras avanzaban por la arena. Finalmente, Olivia se desequilibró y cayeron juntos en la arena.

¡Ja! -exclamó un triunfante Lukas, emocionado al ver que podía ganar la carrera de tres piernas con su hermana Helen-. ¡Somos los mejores! ¡Hurra!

Dimitri rió y simuló lanzarse por el pie de su hijo, pero éste era demasiado ágil y se alejó para tocar la cinta que sostenía su orgullosa abuela, Marina, y su segundo abuelo, Nikos.

-¡Sois los ganadores! -exclamó Marina a la vez que alzaba con orgullo las manos de sus nietos.

Olivia y Dimitri se pusieron en pie, riendo.

¿Y qué ha pasado con Eleni? -preguntó Olivia a ¡a vez que miraba por encima de su hombro.

-Está besuqueándose con Vangelis. ¡Y eso que están casados! ¡Puaj! -dijo Lukas con todo el desprecio de un niño de diez años que sabía que ganar una carrera el día de su cumpleaños era mucho más importante que besarse.

-Pensarás de otro modo dentro de cinco años -dijo Athena mientras avanzaba a saltitos unida por el pie a su hijo Theo, que ya era más alto que ella

-¡Nunca! -declaró Lukas.

Dimitri apoyó una mano sobre el hombro de su hijo.

-Nunca digas nunca. Todo es posible. Si te pareces en lo más mínimo a mí, el amor te alcanzará de lleno algún día -miró amorosamente a Olivia, que rodeaba con un brazo a su rubísima hija Helen—. Y a partir de entonces vivirás en la gloria.

-Hmm... Lo siguiente es la carrera de sacos -dijo Lukas, dejando bien claro lo que pensaba de aquellas tonterías.

-Y luego a pasarse la naranja-anunció Helen, feliz-. Yo organizo los equipos.

Dimitri se animó al instante, pues sabía que aquel juego implicaba sostener una fruta bajo la barbilla y pasársela a la siguiente persona en la fila. Para lograrlo era necesario un contacto muy cercano y pensaba ponerse junto a Olivia para aprovecharse al máximo. Sonrió para sí. Después de todos aquellos años, aún le encantaba estar cerca de ella y

buscaba todo tipo de excusas posibles para tocarla.

-Los hombres y los niños contra las mujeres y contra mí -dijo Helen.

Olivia rió al ver la expresión decepcionada de Dimitri. Sabía lo que estaba pensando.

-Ten paciencia -murmuró.

-Al diablo con la paciencia. ¿Quieres compartir un saco conmigo?

-¡Bribón! ¡No tendríamos la más mínima oportunidad de ganar!

-¿A quién le importa ganar? -Dimitri estrechó a Olivia entre sus brazos a pesar de las protestas de ésta-. Te quiero -dijo.

—Y yo te quiero a ti —susurró Olivia.

-¡La carrera de sacos, mamá! -exclamó Lukas, con un gesto tan imperioso y parecido al de Dimitri que Olivia tuvo que reprimir una risa.

-¿Estás disfrutando de tu cumpleaños, querido? —preguntó mientras se metía obedientemente en el saco.

Afectuoso como siempre, Lukas besó impulsivamente a su madre y luego a su padre.

-¡Muchísimo! ¡El pastel es enorme, y es una suerte que hayan podido venir la abuela y Nikos, Eleni y Vangelis y Athena y Theo!

Olivia abrazó a su hijo y a Helen, una floreciente belleza de largas piernas a pesar de sus ocho años.

-Tu padre y yo somos los afortunados. El destino nos dio una segunda oportunidad y el resultado es esta encantadora familia.

Dimitri la besó.

-Ya están otra vez con los besos -dijo Lukas con un suspiro—. Será mejor que empecemos sin ellos, ¿no te parece, Helen?

-Desde luego -dijo la niña, pero sus ojos azules se encontraron con los de su madre y ambas sonrieron cálidamente, afirmando su creencia en la dicha del verdadero amor.